



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación

FORUM.COM

Por los
caminos
de la vida

– papeles de formación continua –

Abrimos
CAMINOS

Nº 203 - 24 de mayo de 2023

ÍNDICE

<u>Este número</u>	3
Por los caminos de la vida	
<u>Retiro</u>	4
Todos somos salesianos para el mundo	
<u>Formación</u>	15
Síntesis de la Fase Continental Europea del Sínodo sobre la Sinodalidad	
<u>Comunicación</u>	20
El humor en tiempos de cólera	
<u>Carisma</u>	27
Todo pertenece al amor	
<u>Pastoral</u>	38
Qué cristianismo crea futuro	
<u>La Solana</u>	51
Eleazar, la coherencia de la fe, herencia del honor	
<u>Educación</u>	53
La pregunta por la ética: más allá del tecnocientificismo	
<u>Por tu Palabra</u>	63
“Por esto que has dicho, vete, el demonio ha salido de tu hija”	
<u>El Anaquel</u>	67
Aprendizajes vividos ante el fenómeno de los abusos en la vida religiosa	
Artémides Zatti, un santo de la puerta de al lado	
<u>Historias de probada juventud</u>	81
En busca del verdadero camino	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]
Jefe de redacción: José Luis Guzón
Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

Por los caminos de la vida



s 24 de mayo y coincidiendo con la fiesta de María Auxiliadora echamos el cierre por este curso de nuestra publicación forum.com y lo hacemos mirando a los caminos del mundo. Así nos lo propone el retiro de este mes que nos propone una mirada misionera a partir de una de las intuiciones del Rector Mayor a la hora de formular la hoja de ruta tras el Capítulo General 28 cuando sentenció: “Es hora de más generosidad en la Congregación. Una congregación universal y misionera”. “Qué más misionera que Ella, que sin entender nada de lo que se le pedía, se puso enteramente al servicio de su Dios, no porque el plan de Dios entrara en los criterios de su plan ya trazado con José, sino porque se fío, se confió y se abandonó a su Dios”, escribe Faustino García Peña al presentar la dimensión misionera que trasluce en María.

Más allá de esta motivación, deja que te presente en este último número una forma sencilla de acceder a todos los números de nuestra revista –además del apartado de recursos de la página web de la inspección–. Los más de 200 números de nuestra edición están recogidos en la web publicaciones.salesianos.es en la que es posible hacer búsquedas a través de todos los artículos del histórico. Algo que también se puede hacer con el *Boletín Salesiano* de España y la revista de los historiadores salesianos.

Finalmente, permíteme que te recuerde que tienes a tu disposición nuestro correo electrónico: forum@salesianos.es para hacernos llegar cualquier comentario o sugerencia de cara al nuevo curso para cuando forum.com vuelva el próximo 24 de septiembre.

¡Buena lectura! ¡Buena fiesta de María Auxiliadora!

* *Mateo González Alonso*

Todos somos salesianos de Don Bosco para el mundo

Faustino García Peña, SDB

1. Oración inicial

D.: En el nombre del Padre...

T.: Amo, Señor, tus sendas, y me es suave la carga
(la llevaron tus hombros) que en mis hombros pusiste;
pero a veces encuentro que la jornada es larga,
que el cielo ante mis ojos de tinieblas se viste,

que el agua del camino es amarga..., es amarga,
que se enfría este ardiente corazón que me diste;
y una sombría y honda desolación me embarga,
y siento el alma triste hasta la muerte triste...

El espíritu débil y la carne cobarde,
lo mismo que el cansado labriego, por la tarde,
de la dura fatiga quisiera reposar...

Mas entonces me miras..., y se llena de estrellas,
Señor, la oscura noche; y detrás de tus huellas,

con la cruz que llevaste, me es dulce caminar

D.: Oh Señor, que por medio de señales inequívocas
indicaste a nuestro Padre los jóvenes
como primeros y principales
destinatarios de su misión,
haz que también nosotros,
llamados a idéntica obra de salvación,
reafirmemos con el corazón y con las obras
la misma predilección,
haciéndonos educadores

atentos y disponibles de los jóvenes,
que les ayuden a descubrir en su vida
tu presencia salvadora.

2. Presentación del tema

Enlace del vídeo: <https://youtu.be/6K-uZiO-zvU>

Duración del vídeo: 9' 29"

Un saludo

Quiero comenzar este encuentro, saludando a cada uno de vosotros. Es la primera vez que se me ofrece la ocasión de compartir unas reflexiones acerca de un tema muy sensible para la Congregación en nuestros días y que, personalmente, me toca muy de cerca. “Todos somos salesianos de Don Bosco para el mundo”, tal como nos decía Don Ángel en la *Hoja de Ruta* tras el CG28. Aunque nuestro origen salesiano esté muy localizado, nuestra pertenencia es mundial, como nos señalaba el Rector Mayor. Es una realidad que se hace cada vez más evidente en nuestros días.

Agradezco la oportunidad que se me ha ofrecido. Es una ocasión que me permite hacer un pequeño balance de mis, ya, 28 años de misionero. Salí, para los que no me conocéis, de la que fue Inspectoría de Madrid en 1995, el mismo año de mi ordenación sacerdotal.

Miro atrás, y percibo que el tiempo pasa veloz. Miro adelante, y realizo que ya va quedando menos. Cuántas cosas, experiencias, vivencias, lecciones que compartir. No pretendo hacer esto en este momento, pero sí “charlar” con vosotros sobre aquello que la misión me ha enseñado y que lo considero como lección de vida salesiana misionera. No esperéis de mí una relación temática, un texto bien documentado. Es una reflexión personal, que se inspira de de lo oído, lo visto, lo contemplado, lo compartido y lo vivido a lo largo de estos años: 21 en África francófona del Oeste y 7, hasta el presente, en el África del Norte, en Túnez para ser más exacto.

Aprovecho una semana de vacaciones en febrero para “centrarme”, reflexionar y escribir. Y pongo la fecha del 15 de febrero, no porque litúrgicamente se celebre San Faustino, sino porque esta fecha significa, desde el 2019, mucho para mí. El 15 de febrero de 2019, César Antonio Fernández cumplió el sueño de su vida: entregar enteramente su vida por Aquel que un día le llamó a seguirle, y por aquellos que le fueron confiados. Aquel día, fue el “broche de oro” de su don total. A él no le quitaron la vida. El la dio. Ya la había dado desde su primer “sí”, el 16 de agosto de 1963. Con él pude compartir vida, misión y “visión”. Y cuánto abundó en él el celo pastoral salesiano...; cuánto actuó a través de él el Dios Pastor. Orgullosa, como tantos otros, de haber conocido y convivido con un salesiano misionero de tanta altura humana y “divina”. Una gracia del buen Dios que nos mimas a través de aquellos que nos da como hermanos.

Quiero que estas líneas, este rato, que comparto con vosotros sea un homenaje a César, pues de él aprendí también, lo que significa ser misionero. Le cito a él, pero también recuerdo a José Santiago Herrero, Ramón Moya, Tim, Gregorio Calama, José Javier Peña, Fernando Hernández, Valerio, Santos Marcos, José Ramón Guinea... por no citar que aquellos que ya se nos han ido, y con los que compartí una parte del camino. Tantos otros, que continúan entre nosotros, también han dejado huella en mi camino. De ellos también aprendí y aprendo.

Termino este saludo describiendo brevemente la presencia salesiana en Túnez, pues sirve de introducción a lo que sigue. Actualmente somos seis salesianos, repartidos en dos casas salesianas, formando una única comunidad canónica. Nuestra misión - además de nuestra disponibilidad dada a la diócesis para cualquier eventual servicio - se desarrolla en dos colegios (todos musulmanes), dos oratorios (todos musulmanes), una parroquia (todos...cristianos, evidentemente, pero con algún que otro musulmán que se “acerca” para rezar con nosotros o ver cómo rezamos) y un servicio pastoral en una segunda parroquia. No llamo tanto vuestra atención sobre los sectores que animamos, sino sobre los destinatarios a los que nos damos. Os describo también la configuración de la comunidad: Domenico (italiano, el director, en Túnez desde septiembre 2013), Bachir (siariano, que llegó en enero del 2020), José Antonio Vega (español, conocido de muchos de vosotros, y aquí desde enero del 2021), Dieudonné (congoles, presente desde septiembre 2022), Dany (libanés, recientemente llegado, en enero de 2023) y un servidor, por aquí, desde mayo del 2016.

Misión desplegada en un mundo árabe, entre musulmanes. Seis salesianos, y cinco nacionalidades diferentes. Cada uno, con experiencias misioneras muy variadas en la forma y en el tiempo. No pretendo erigir nuestra presencia en comunidad ejemplar, pero sí en ejemplo de comunidad que hace visible lo que el Rector Mayor nos invita a ser durante este sexenio, en el séptimo punto de la *Hoja de Ruta ya citada*: **“Es hora de más generosidad en la Congregación. Una congregación universal y misionera”**.

Cuando en su momento leí esta propuesta, me sentí muy identificado. Es una idea que rondaba mi cabeza en 2014. Una “locura”, digamos, que vino a mi pensamiento viviendo la experiencia del Capítulo General 27. Recuerdo que en uno de los encuentros de reflexión de grupo, tuve la “brillante” idea de decir que en nuestros días, tendríamos que estar más disponibles a trabajar fuera de los límites marcados por la circunscripción de una Inspectoría, eliminando “fronteras”.

La universalidad y globalización actuales – evidenciadas de manera particular a través de las redes sociales, de los medios de comunicación y de la facilidad con la que se viaja en nuestros días facilitando el intercambio cultural – nos empujan a atravesar las fronteras. Ciertamente, es necesario organizarse y establecer una estructura inspectorial, regional, pero esta circunstancia que limita estructuralmente no debería establecer límites mentales. Hoy estamos llamados a “salir”, como nos dice el Papa Francisco, como nos invita a hacer el Rector Mayor y como, desde el inicio de la Iglesia, nos lo mostró la primera comunidad cristiana, los primeros discípulos. Efectivamente, la universalidad de nuestra misión y de nuestra Congregación nos ofrece un camino siempre nuevo a explorar bajo el impulso y la inspiración del Espíritu Santo. Es un momento propicio para no poner fronteras a nuestro celo apostólico, mostrando la disponibilidad para anunciar y ser profetas allí donde sea necesario, mostrando en toda ocasión la vocación “a amar sirviendo” a la que cada uno de nosotros ha sido llamado. Evidentemente, no sin hacer antes el discernimiento requerido para dar el paso.

No me refiero simplemente a superar fronteras “territoriales”, sino también las culturales. Qué importante es, a mi punto de vista, abrirse a otras culturas y hacer la experiencia de vivir y convivir con hermanos de otras culturas. Entre otras cosas, hacer esta experiencia evitaría tantos conflictos en la vida fraterna, pues nos daría la posibilidad de mirar más allá de lo conocido, de lo “establecido” en nuestra propia lógica y experiencia. Una enorme riqueza por descubrir que nos permitiría vencer el miedo a considerar al otro como alguien que amenaza mis seguridades y mis convicciones, mi manera de leer el carisma salesiano y el Evangelio, mi manera de afrontar la misión y de vivirla, mi manera de pensar y de percibir la realidad. A veces, nos sentimos tan “agustito” en nuestra *casa* (= ciudad, provincia, Inspectoría, país), ya bien instalados y seguros de lo que sabemos y hacemos, que preferimos encerrarnos con cerrojos bien consistentes para que otros no entren, haciéndonos prisioneros de nosotros mismos: nadie entra... y nadie sale.

La historia de la Iglesia no tendría historia, no sería una historia que contar, si los primeros discípulos no se hubieran dejado empujar por la fuerza de la experiencia de Pentecostés que le “echó” de casa. Nuestra Congregación no sería lo que es hoy, si Don Bosco no hubiera arriesgado, enviando aquel primer grupo de 10 misioneros, cuando no eran aún tantos, y cuando tantas necesidades y frentes misioneros le desafiaban aún en su propia tierra, su propia *casa*.

Salir...sin miedos a confrontarse abiertamente a otras culturas, no para afrontarse a ellas, sino para caminar juntos, dando testimonio de comunión y haciendo visible la universalidad del Evangelio, aunque el otro no comparta nuestra misma fe.

Hay una imagen que me ha interpelado fuertemente, siguiendo las noticias con ocasión del terremoto demoledor de Turquía y Siria en este mes de febrero: el aeropuerto de Estambul repleto de gente que venía de otros países para ayudar a los damnificados. Yo me he dicho, si por motivos humanitarios uno es capaz de dejar su país, de renunciar a unas comodidades y de aventurarse en lo desconocido sin hacer cálculas del bienestar o de las seguridades que se pueda encontrar en una situación de catástrofe, ¿por qué encontrar – a veces – tantas trabas personales para prestarse disponible al servicio del Evangelio, al servicio de la Iglesia, de la Congregación, sabiendo que nos se trata sólo de una causa humanitaria, sino también divina?

Cuanto menos, pienso, deberíamos interpelarnos y un día preguntarnos, *¿y por qué no yo?* Grabado en mi recuerdo queda el testimonio que Santos Marcos, que en paz esté, compartió con nosotros en 1996 durante unos Ejercicios Espirituales en Togo. Contaba que llegando a los 50 se dijo “¿y por qué no dar un giro misionero a mi vida salesiana, dar una novedad a mi consagración, a mi vida?”... y allí se fue, al Togo, de donde la enfermedad le hizo volverse por obligación a España allá por el mes de mayo de 2015.

Partir... salir, sí, pero no sin antes retornar al punto de origen

En mi recuerdo queda la reflexión que me hice cuando el Cardenal Jorge Bergoglio fue elegido Papa. Me dije: qué fuerza la del Espíritu Santo y qué convicción la del llamado para que, sabiéndose ya en edad de la “jubilación” y, seguramente, habiéndose hecho ya un “plan de pensiones”, este hombre diga “sí” a una tal misión, complicándose la vida, justo en el momento en el que él preveía el descanso. Personalmente, su testimonio me interpeló fuertemente. Francisco dio el paso de “salir”, pero no antes de, mentalmente, volver al punto de partida, al origen de su “sí” al Pastor que en su día le llamó. Fue un fiarse del Pastor. Un acto de fe que, sin duda, se fue consolidando a lo largo de toda su historia vocacional y a cada vez que tuvo que decir “sí” a una nueva propuesta de misión.

Estar dispuesto a “salir” - de la comunidad, de la ciudad, de la provincia, de la Inspectoría o del país, donde se está después de tantos años – pone a prueba nuestra generosidad para la misión y la profundidad de nuestra fe, de confianza, de abandono en ese Dios que un día nos llamó. Tal vez sea esto lo que nos falta. En lugar de avanzar durante nuestra vida religiosa hacia un “sí” que se va despojando de nosotros mismos, evolucionamos hacia un “sí” que va poniendo resistencias a Dios, concediéndole cada vez menos espacio y menos grado de decisión. Es el gran riesgo: un “sí” que poco a poco se va vaciando, sin darnos cuenta, de Dios para llenarse cada vez más del “yo”. No damos a Dios - el origen de nuestra vocación - el suficiente espacio y libertad necesarios para hacer de nosotros un artífice de su plan de salvación, tal como El lo ha previsto para cada uno de nosotros. Le ponemos cotas - acotándonos nosotros mismos - privándole de la iniciativa que podría explotar al máximo las posibilidades y los dones con los que El ha sembrado nuestra vida y nuestro corazón. Al mismo tiempo, nos privamos de descubrir en nosotros mismos todo de lo que somos capaces, cuando sin miedos y sin tapujos adoptamos una actitud abierta de servicio entero a Dios.

Estamos en un mes muy salesianamente mariano. María, paradigma de cualquier vocación con corazón misionero. Qué más misionera que Ella, que sin entender nada de lo que se le pedía, se puso enteramente al servicio de su Dios, no porque el plan de Dios entrara en los criterios de su plan ya trazado con José, sino porque se fío, se confió y se abandonó a su Dios. Sin elucubraciones racionales, sin resistencias, sin cálculos mentales guiados por los criterios de seguridad, de estabilidad, de comodidad y de la lógica propia a una joven judía de un pequeño pueblo de Israel, ella se lanzó y salió de su plan, de su “tierra”, de sus “casa” para hacer la experiencia de recorrer los planes y los caminos desconocidos propuestos por su Dios.

Os invito a abundar en esta reflexión a través de algunas preguntas: *¿Analizo, evalúo de tanto en tanto el “estado de salud” de mi fe? ¿Sigo fiándome de mi Dios como lo hice con la sencillez, ingenuidad tal vez, y el entusiasmo de mi juventud? ¿Vuelvo de tiempo en tiempo a mi origen, a mi punto de partida, a mi “sí” del día de mi primera profesión? ¿Soy consciente de las resistencias internas y externas que encuentro en mi vida, en mi comunidad para “salir”? ¿Otorgo más espacio y grado de decisión a Dios o al contrario? ¿Le doy el espacio de libertad del que El tiene necesidad para hacer de mí un discípulo al servicio de su pueblo?*

No se podrá nunca estar al servicio de su Señor, con generosidad y abierto a cualquier plan de “salida”, si durante el camino vamos perdiendo nuestra condición de discípulo...

Caminar, avanzar... pero sin dejar de seguir a su Señor

Os lo comentaba en mi saludo, iniciando este rato de reflexión con vosotros: “Miro atrás, y percibo que el tiempo pasa veloz. Miro adelante, y realizo que ya va quedando menos”. Sí, sin duda es la experiencia de cada uno de nosotros. El tiempo pasa sin darnos cuenta y para nosotros, salesianos, aún más. Pienso. Las razones las conocemos bien: nuestra vida está bien ocupada... para bien o para mal. Mucho depende de la significatividad con la que la vivimos, del sentido que damos a lo que vivimos.

A mi punto de vista, esta significatividad depende mucho de la intensidad con la que vivimos nuestra vocación a ser discípulos del Dios que es Amor, siendo signos de su Amor.

Creo que la generosidad por la misión depende mucho del grado de identificación con esta vocación a ser discípulo. Una vocación que no cesa nunca de crecer. Una vocación que se aprende caminando... junto a su Señor y junto a los que el Señor ha querido sean compañeros de camino. Se trata de seguir a su Señor, sin querer cambiar los roles, haciéndose seguir por su Señor. No estaría mal, de vez en cuando, hacer el ejercicio mental de mirar adelante y atrás, y verificar quién sigue a quién.

El que siempre tiene presente la vocación de discípulo está siempre abierto a mirar, a ver, a escuchar, a contemplar, a convivir, a aprender, a descubrir, a arriesgar sin saberse o creerse enteramente formado, “hecho”, “acabado”. Dios sigue modelando su obra y, todo hay que decirlo, ¡Él es muy creativo! No se conforma con lo ya hecho, lo modela y lo remodela a su gusto, siempre con el objetivo de hacer una obra más bella.

Una pena, entonces, que el discípulo a veces se cierre a la iniciativa y a la creatividad de su Señor, cerrándose a nuevas posibilidades. Como con María, Dios abre nuevos caminos. Vericuetos, a veces. Más o menos transitables... pero no dejan de ser caminos trazados por El y que llevan al destino previsto y deseado por El. Un camino por el que nos hace descubrir nuevos paisajes, siempre misioneros. Paisajes que tal vez suscitan en nosotros una cierta duda, desdibujando de nuestra mente lo “ya visto”, lo “ya conocido”.

El discípulo, siempre de la mano de su Señor, mantiene la motivación, el deseo y la capacidad de aprender, de descubrir lo nuevo, de aprender de lo nuevo. Lo “nuevo” se traduce en experiencias, en estrategias y sectores pastorales, en destinatarios, en culturas y religiones, en compañeros de ruta. La novedad se antoja muy variada y diversificada. La apertura a esta novedad no se puede alcanzar, si nuestra identidad como discípulo se diluye, se desdibuja, porque el discípulo se erige a lo largo de los años, en maestro...o *maestrillo*, más bien.

El *maestrillo* lo sabe ya todo y ha perdido toda capacidad de sorprenderse, de descubrir la novedad, de acoger la novedad. El discípulo se deja sorprender por su Señor y acoge las *sorpresas* de su Dios. Os hablaba al inicio de César. Qué capacidad tenía para sorprenderse por todo. Era un alma abierta a su Señor, un pozo sin fondo para dejarse llenar por El, no sin antes vaciarse de sí. Ejemplo de misionero abierto a todo lo que se le pidiera, siempre dispuesto, siempre en camino. Había hecho la opción de ir siempre detrás de su Señor, de dejarse conducir por El. ¡Qué grande!

El discípulo no camina solo. Camina en grupo de discípulos. Nuestra vida salesiana no se puede entender en términos de “lobo solitario”. Lo sabemos bien. Por desgracia, sí, a veces vivimos en comunidad, pero faltos de fraternidad. Cada uno vive su discipulado en soledad. En un mundo que tiende al individualismo, a pesar de tanta red social que nos ayuda a estar conectados entre nosotros, estamos llamados a ser testigos de la comunión. Una comunión que no se define como conjunto de pensamientos, modos de vida, lógicas, ideologías o visiones afines. Pobres testigos seremos, si para trabajar como discípulos necesitamos estar siempre con personas, con hermanos que nos son afines. La comunión se convierte en testimonio válido y creíble, cuando en la diversidad – sea la que sea – somos capaces de garantizar la fraternidad, sin poner condiciones culturales o sociales, sin establecer fronteras.

Del otro, diferente a mí, puedo muy bien aprender algo nuevo. Puedo, sobre todo, salir de mí mismo, puedo alargar mi horizonte, mi campo visual y mental. El otro, diferente a mí, me abre a la universalidad, a otro “universo” diferente al mío, me enriquece y me completa. Si esta actitud no entra dentro de mi mentalidad como discípulo, poca novedad podrá el Señor obrar a través de mí. Menos opciones le doy para poder fecundar y hacer crecer lo que Él ha sembrado en mí. Imaginemos. Si cada miembro de la comunidad, cada discípulo, vive con intensidad en esta actitud de apertura: los frutos se multiplicarán.

Doy gracias a Dios, por la diversidad que me ha hecho vivir durante estos 28 años, con tantas experiencias culturales, al lado de tantos hermanos diferentes a mí. Mucho he aprendido, y tanto me queda aún por aprender. Cuando a veces veo o sé de las dificultades de entendimiento y de fraternidad que en algunas comunidades –religiosas o sociales– se dan, yo me digo que soy afortunado de haber vivido lo que he vivido y, al mismo tiempo, invitaría a esas personas, a esas comunidades a salir fuera de su “universo”. “Más allá”, en otros “mundos” existen otras maneras de ver y entender la realidad, existen otros parámetros para entender y establecer las relaciones, existen otras estrategias para dar respuestas a los problemas, existen otras lógicas para analizar las situaciones... existen otros hermanos diferentes a mí y, sin embargo, igualmente de buenos o mejores que yo, humana y salesianamente hablando.

Cuánta necesidad hay, creo, de cuestionarse a sí mismo, como hermano, como comunidad, como Inspectoría, mirando más allá de nuestras propias fronteras, preestablecidas o creadas por nuestros intereses, gustos, privilegios, comodidades o proyectos demasiados personales, perdiendo así la identidad de ser grupo de discípulos que camina siguiendo a su Señor.

Con el equipaje de mano...y poco más

Recuerdo aquella noche de octubre de 1995, noche que precedía mi viaje a Bobo-Dioulasso (Burkina Faso), en una habitación de la Inspectoría de Madrid. Yo miraba mi “maletita” y una cruz hecha con cáscara de coco que me habían regalado. Cierto, mi equipaje era mínimo. Hoy, lo es un poco más que “mínimo”, pero no mucho más tampoco.

Me sirvo de este recuerdo y de esta imagen para citar brevemente lo que considero elementos a llevar en un imaginario “equipaje de mano” para decir un “heme aquí”, respondiendo así a la campanilla del reloj que marca “la hora de más generosidad en la Congregación. Una Congregación universal y misionera”. Una mentalidad y una predisposición misionera que facilitaría “salir” de allí donde la mentalidad, el corazón, los planes y los prejuicios personales hubieran podido convertir la vida salesiana en una vida “sedentaria”.

Diez elementos que me parecen importantes. Con ello, no quiero decir que yo los tenga todos conmigo, pero son elementos de repertorio de lo que he visto y vivido durante estos años y al lado de tantos hermanos. Algunos difuntos, otros siempre presentes entre nosotros, sea en tierra de “misión”, sea en sus países de origen, donde volvieron por diferentes motivos. La lista podría ser completada. Cierto.

Me limito a citarlos, sin hacer demasiado comentario para suscitar vuestra reflexión y dialogo comunitario, si así lo consideráis oportuno.

Espacio suficiente

Sí, espacio para dar la posibilidad de dar entrada a la novedad que abre puertas, ventanas, que nos abre a nuevas experiencias, a lo desconocido incluso, sin conformarse con lo ya vivido y aprendido. La novedad que nos invita a mirar y observar con ojos muy abiertos y atentos, a escuchar con oídos limpios y sin tapones, a dialogar dejando al otro hablar, a pensar con otros parámetros y lógicas diferentes a los nuestros, a disfrutar de un “paisaje” diferente al que estamos acostumbrados a contemplar y con el que tan familiarizados podríamos estar.

Y hacer espacio exige tirar lastre. Material y mental. Saber despojarse de tantas cosas, actitudes e ideas que a veces nos impiden ser felices y, sobre todo, hacer felices a los demás. Hacer la opción de vivir la vida – a veces complicada - con sencillez y en la sencillez. Renunciar a tantas exigencias que, a veces, no son otra cosa que la prueba de las resistencias que establecemos para acoger la novedad. Se trata de quedarse con lo esencial, descubriendo lo esencial. ¡Eso basta!

Con la cruz...en el corazón

Sí, en el corazón. También se carga, pero no se trata de entenderla como una carga. No es una cruz que soportar y, menos aún, a rechazar. No es buscada, pero cuando llega, es una cruz que abrazar con el corazón.

La personal y la que nos es dada por las condiciones de la misión o de la vida fraterna. Cómo es difícil a veces seguir a nuestro Señor, y afrontar las dificultades que derivan de la vivencia de nuestra vocación.

Se trata de esa capacidad y actitud para acoger y saber llevar las contrariedades de la vida, de la vida comunitaria y de la misión, sin que nos impida mantener el “norte”, la fuerza y el coraje de seguir adelante, sin renunciar a nuestra misión de ser signos del amor de Dios. Es la capacidad de aceptar el sufrimiento sin huir de él, sin condicionar un “sí” a la ausencia de sacrificio.

Sin cruz, no seremos testigos. Sin cruz, no es posible ser discípulo. Lo sabemos bien. El día en el que renunciemos a la cruz, ese día habremos renunciado a nuestra condición de discípulo.

Con las semillas del Reino

Es algo que he aprendido sobre todo en esta experiencia presente de Túnez, en medio de un pueblo musulmán. La Iglesia no nos une, pero el Reino de Dios sí. Es el Reino de todos los creyentes, no de unos cuantos. Qué importante es saberse portador y sembrador de esas semillas del Reino que sembradas, o simplemente esparcidas, pueden germinar y dar fruto cuando menos lo piensas, y en terrenos que pudieran parecer inhóspitos.

A veces estamos demasiados acostumbrados a trabajar en terrenos que nos son, a priori, favorables. Nos llegamos a acostumbrar a tener delante de nosotros un “auditorio” más o menos receptivo, en el que sentimos que nuestra palabra o nuestra acción son acogidas en general o, al menos, no rechazadas. Nos sentimos reconocidos por el otro, por el entorno. Tal es nuestra adaptación a un terreno de esas condiciones, que consideramos imposible sembrar allí donde, también a priori, pensamos sea un terreno estéril.

Las semillas no son de nuestra propiedad. Nos han sido dadas. Dios no nos pide otra cosa que sembrar...con paciencia, y con la esperanza del que se sabe servidor y sembrador, poco más.

Con la Palabra de Dios en la vida, en el corazón (de nuevo)

Es una evidencia. Sin la Palabra que nos acompaña, nos guía y que busca ser anunciada, no se puede ser discípulo del que es la Palabra.

Es la Palabra anunciada, también, a través del silencio, con la presencia de la entre aquellos que no comparten nuestra misma fe. Un gesto, una palabra al oído, una sonrisa, un momento de escucha, una mirada de perdón y de bondad, un grito no dado, un apretón de manos, un decir con la mera presencia “estoy aquí por ti”... también es Palabra, no pronunciada pero, tal vez, oída y acogida con el corazón.

Un medio como en el que nos encontramos actualmente, me ha ayudado a dar más valor aún al testimonio que estamos llamados a dar. Me ha ayudado a tomar conciencia de manera más significativa que no sólo estamos llamados a anunciar la Palabra, sino sobre todo a visibilizarla a través de nuestra propia vida. Ser reflejo y espejo de la Palabra. No olvidaré lo que un día un padre de la escuela me dijo: “vosotros los cristianos, sois especiales, tenéis una *algo* especial, sois diferentes”... y en ningún momento yo le había hablado del Evangelio o de Jesús.

Con un mapa en blanco

¿A quién de nosotros dijeron el día de su profesión dónde sería enviado, con quién trabajaría y para quién, con qué responsabilidades?

El día de nuestra profesión se nos dio un “mapa en blanco”, y poco a poco Dios lo va trazando. ¿Por qué empeñarnos en trazarlo nosotros mismos? Además, se trata de un mapa sin escala prevista. Lo que en ese mapa imaginario marca un centímetro, puede corresponder a cientos de kilómetros. No imaginemos “radios a la redonda”. Dejemos a Dios la libertad de trazarlos.

Sin miedos, sin condiciones, sin fronteras, con flexibilidad y abiertos a lo desconocido y al desconocido, dejemos a Dios que sea el ingeniero de caminos y el cartógrafo.

Os invito a hacer un ejercicio personal. Trazad vuestro propio mapa (lugares, personas, destinatarios, hermanos, responsabilidades, con fechas...), tal como Dios lo ha trazado hasta el presente. En un ejercicio de confianza, en la oración, intentad atisbar hacia dónde Dios os llama y os lleva... nuevas rutas y paisajes que descubrir. Dadle gracias, y renovad vuestro sí, rezando el ángelus, rezando con la fórmula de la profesión.

Con una cuerda bien resistente

Sí, la cuerda con la que en todo momento estamos unidos a Aquel que nos invitó a subir o escalar montañas con El, o a recorrer un largo camino, o un desierto, o a descansar en un apacible remanso... o que hasta osó en algún momento lanzarnos para hacer “puenting” y hacernos vivir nuevas sensaciones (haciendo recurso a un término que tanto gusta hoy en día utilizar). Ese es nuestro Dios.

A veces da miedo, sí, pero simplemente para que nosotros renovemos nuestra confianza en El y en El nos abandonemos. Es la cuerda de una sólida vida interior, bien cuidada, “mimada”. Cada día. Es la cuerda que nos une también en cordada para, comunitariamente, recorrer el camino juntos, animando al más frágil o al que más ayuda necesita, siguiendo el ritmo más adecuado para todos. No se trata de llegar el primero o de querer mostrarse el más fuerte. Se trata de mantener la cordada, sabiendo que el que hace de guía es el que nos puso en el camino.

Con la protección necesaria para evitar quemaduras y llagas(y picaduras de mosquitos)

Así es. No estamos exentos de quemaduras y de llagas durante el camino. Más aún en nuestros días. Se trata de protegernos de todo tipo de piedra o “rayo solar” del desaliento, de la negatividad, de la desesperanza, del pesimismo, de la inseguridad.

Viendo los tiempos que corren –por cualquier lugar donde se vaya– no es difícil caer en una visión pesimista de nuestro mundo, de la sociedad, de los jóvenes. Con facilidad nos podemos “quemar”: expectativas no alcanzadas; resultados minios; insatisfacción por aquí y por allá; pandemias, sufrimientos y catástrofes de diferente tipo; gente infeliz; crisis económica, política, social... y un largo etc.

Pues, queridos hermanos, no nos queda otra que hacer recurso a lo que está a nuestro alcance: ese optimismo y esperanza basados en la resurrección, que nos empuja a creer y a descubrir la bondad escondida en todo ser humano, en toda sociedad, en toda cultura, en toda circunstancia adversa. Renovar cada día nuestra fe en la presencia del Jesús

resucitado que sigue en medio de nosotros hasta el final de nuestros días, será antídoto y protección para el alma. Muy salesiano, esto.

Con nuestro carnet de identidad

No, no el nacional. El salesiano. Ese carnet de identidad que resume nuestro espíritu y que tanto atrae a los que nos conocen. Es un pasaporte también. Cuántas veces, atravesando fronteras en África del Oeste, o siendo parado por los controles militares o de policía, ha bastado decir “Don Bosco” para poder seguir la ruta. Hasta bendiciones me han pedido en parecidos casos...y ahí estaba yo, dando una bendición a los aduaneros del aeropuerto o a los policías de la frontera.

Sí, orgullosos tenemos que sentirnos de tener un legado tan rico como el que Don Bosco nos dejó. Ese carisma, ese espíritu salesiano es ya profecía, es anuncio, si logramos encarnarlo con fidelidad.

Y qué decir, cuando somos fieles pedagogos del sistema preventivo que al mismo tiempo es nuestra espiritualidad. Aplicable en todo momento, campo pastoral, lugar o cultura. Sí, cierto, en algunos contextos suscita dudas, pero acaba siendo aceptado con gratitud.

Con el corazón del Buen Pastor

No hay más que decir. Se entiende. Estamos llamados a asimilar y encarnar el corazón del Buen Pastor, para ser buen pastor. No es otra cosa que intentar “ser bueno y pasar haciendo el bien”... mensaje tan simple, tan humano y tan divino que todo el mundo – cualquiera que sea la religión, la cultura o la situación social– entiende. Mensaje universal a transmitir sin hacer distinción de personas.

Ser buenos, “como el Padre Celeste, que hace salir el sol sobre malos y buenos”. Misión más universal y más “genérica” no puede existir. Es válida para todos. Ya Don Bosco no hizo una traducción salesiana de esta frase evangélica: “studia di farti amare”. Es cuestión de vivir nuestro “cuarto” voto, el de la bondad, que un no cristiano lo sabrá muy bien percibir, aunque no sepa que es reflejo del corazón del Buen Pastor. Poco importa, si nosotros sí somos conscientes de realizar nuestra misión del Buen Pastor.

Con el rosario en la mano

Acabo con la dimensión mariana. A través del rosario no pretendo otra cosa que evidenciar la importancia de sabernos de la mano de la Auxiliadora. Esa devoción que nos sostiene y esa presencia maternal que nos protege. María, ya lo he dicho antes, como paradigma de la actitud misionera, que con generosidad y disponibilidad total se abandona como servidora del Señor.

María pasa por todas partes. Es aceptada de todos. Recuerdo cómo en Bobo-Dioulasso, los musulmanes nos pedían en calendario de María Auxiliadora para tenerlo en sus casas. Una prueba más de su rol como Mediadora.

Con César comencé, y con César acabo. El hermano salesiano, Fabrice, que estuvo que estuvo al lado de él pocos segundos antes de morir, aquel 15 de febrero de 2019, cuenta que César sacó su rosario del bolsillo y a él se agarró... Pero yo me digo que, más bien, fue la Auxiliadora quien le agarró a él. Ella, en ese momento final del don de su vida, le

dio fe, fuerza y valentía. Hizo sentir su presencia materna a ese hijo suyo que tanto confió en Ella. ¡Qué grande!

Termino este rato pasado con vosotros, esta reflexión compartida, invitándoos a rezar juntos el Angelus, manera de renovar, con María, nuestra disponibilidad total a la voluntad de Dios y servirle allí donde El lo haya previsto para cada uno de nosotros. Gracias por vuestra escucha (o lectura). Un abrazo fraterno y mi oración.

FORMACIÓN

Síntesis de la Fase Continental Europea del Sínodo sobre la Sinodalidad¹

Secretaría del Sínodo

Introducción

La **pregunta fundamental** que guía todo el proceso sinodal es «¿cómo se realiza hoy, a diversos niveles (desde el local al universal) ese “caminar juntos” que permite a la Iglesia anunciar el Evangelio, de acuerdo con la misión que le fue confiada; y qué pasos el Espíritu nos invita a dar para crecer como Iglesia sinodal?»; tampoco podemos olvidar el lema que inspira los trabajos: **«comunión, participación y misión»**.

Sobre la base de esta doble premisa, el pueblo de Dios que peregrina en España (pastores, vida consagrada y laicos) ha llevado a cabo **la recepción del Documento de trabajo para la etapa continental** (DEC), «Ensancha el espacio de tu tienda» (Is 54,2). Este documento se ha dado a conocer a los grupos sinodales que participaron en la fase diocesana y han realizado aportaciones las diócesis, la vida consagrada, los movimientos y asociaciones laicales.

El Equipo Sinodal de la Conferencia Episcopal Española ha realizado **un esfuerzo de síntesis, siendo fieles a las aportaciones recibidas** e intentando reordenar las propuestas para integrarlas en el esquema que pidió la Secretaría General del Sínodo, respondiendo a las tres preguntas que se encuentran en el DEC (106).

Aunque **el tiempo** para la reflexión y el trabajo diocesano en esta etapa continental **ha sido corto y la participación menor** que en la fase anterior, la experiencia y el camino recorridos hasta el momento permiten afirmar que **la sinodalidad avanza en nuestra Iglesia**, pasando de concebirse como una teoría o un concepto abstracto, a entenderse como una realidad que favorece la comunión.

El proceso sinodal no ha llegado a su fin, sino que este modo de ser Iglesia debe continuar configurando todas nuestras acciones pastorales para hacer realidad la vocación de la Iglesia, que es la evangelización, el anuncio explícito de Jesucristo.

¹ Versión de la web de ‘Vida Nueva’.

1. ¿Qué intuiciones resuenan más fuertemente con las experiencias y realidades concretas de la Iglesia? ¿Qué experiencias parecen nuevas o iluminadoras?

El DEC ha sido acogido muy positivamente en nuestras distintas realidades eclesiales. Somos conscientes de que no estamos ante un documento magisterial y de que tampoco se trata de un documento definitivo, pero percibimos que recoge en esencia las esperanzas y preocupaciones del pueblo de Dios.

La **imagen bíblica de la tienda** nos parece muy sugerente e iluminadora como símbolo de lo que estamos llamados a ser: una Iglesia en salida, integrada por personas diversas y plurales que, desde el deseo de ser cada día más acogedora, pero sin olvidar el fundamento de la unidad, abra sus puertas y se haga presente, bajo la guía del Espíritu Santo, en aquellos espacios donde es necesaria.

Resuena como una intuición compartida la **valoración positiva de la propia experiencia del camino** realizado hasta ahora. Un camino que vamos recorriendo con ilusión, esperanza y alegría, aunque no faltan actitudes de escepticismo, miedo e incluso rechazo, por la novedad que significa en sí misma la experiencia de escuchar, dialogar y, en general, caminar juntos.

El proceso sinodal es **un don del Espíritu Santo**, verdadero protagonista de este camino, que nos llama a la escucha activa, al diálogo profundo y al discernimiento comunitario a través de la metodología de la **conversación espiritual**; por eso, puede ayudarnos eficazmente en la tarea de abordar la solución de algunas de las carencias que observamos en la Iglesia.

Intuimos también que, para caminar juntos, es necesaria en cada uno de los miembros de la Iglesia una continua **conversión personal**, desde el encuentro con Jesucristo, la escucha de la palabra de Dios, la oración y los sacramentos, destacando la centralidad de la eucaristía.

El proceso sinodal está ayudando a tomar conciencia de la **dignidad común de todos los bautizados** (cf. LG 32) y la necesidad de revitalizarla, para crecer en corresponsabilidad y sentido de pertenencia a la Iglesia. Todo esto se percibe con mayor fuerza en el laicado, pero también aparece en los pastores y en la vida consagrada.

Sigue resonando con intensidad la invitación a ser **una Iglesia en salida**, en el contexto de la secularización que vivimos en Europa y en España, lo cual nos lleva a priorizar el **Primer Anuncio**. Además, se subraya el anhelo de una Iglesia misionera, de puertas abiertas, donde se escuche el grito de los más pobres y vulnerables, sin olvidar el clamor de la tierra.

Una experiencia novedosa ha sido la gran coincidencia en la **importancia del ecumenismo y del diálogo interreligioso**, que amplía el espacio de nuestra tienda, la Iglesia.

Se aprecia también el valor de la **religiosidad popular** y el papel fundamental que debe tener la **pastoral familiar**, así como la **pastoral de los mayores y ancianos**.

En líneas generales, el proceso sinodal está siendo una luz del Espíritu Santo que nos alienta a crecer en fidelidad creativa, caminando juntos, desde la escucha activa, para que vayamos pasando de una Iglesia de mantenimiento a una Iglesia misionera.

2. ¿Qué tensiones o divergencias sustanciales surgen como particularmente importantes? En consecuencia, ¿cuáles son las cuestiones e interrogantes que deberían abordarse y considerarse en las próximas fases del proceso?

El DEC nos invita a imaginar la Iglesia como tienda del encuentro, espacio de acogida, familia, casa y hogar de todos. Esta definición expresa dinamismo, flexibilidad, apertura, aunque también fragilidad. Lo hemos experimentado en este «tiempo de gracia» y ello nos ha permitido identificar tensiones en el camino recorrido.

Detectamos que las mismas **polarizaciones existentes** en la sociedad laten en el seno de la Iglesia: la polarización entre diversidad y unidad y necesidad de diálogo (entre nosotros, a nivel ecuménico y con la sociedad); la polarización entre tradición y renovación (particularmente en la liturgia y en el lenguaje); la polarización entre Iglesia piramidal e Iglesia sinodal (que se manifiesta en nuestras estructuras).

El trinomio «**comunión, participación y corresponsabilidad**» aparece repetidamente en las aportaciones, admitiéndose que existen impedimentos para crecer en ellos, particularmente por las resistencias de algunos pastores y la pasividad de algunos laicos. Se detecta con fuerza la tensión del clericalismo que lleva a confundir el servicio con el poder. Un primer paso para abordarlo es la formación en los seminarios y noviciados y la que reciben los laicos.

Nos duelen las distancias que se aprecian entre los miembros del pueblo de Dios de distintas vocaciones; también la soledad con la que viven su vocación algunos hermanos sacerdotes y religiosos. Ello nos lleva a insistir en la necesidad de conocernos para amarnos, escucharnos para comprendernos, acompañarnos para crecer en comunión.

Gracias al camino recorrido en estos meses podemos afirmar que **la sinodalidad va tomando forma** poco a poco en la vida de nuestras Iglesias particulares, aunque no faltan divergencias sobre su comprensión y actuación, que se expresan en desconfianza, escepticismo, miedo, desinterés, confusión e incluso obstaculización. Se manifiesta un deseo de participación real del pueblo de Dios en la vida y en la toma de decisiones en la Iglesia, que se topa con evidentes **limitaciones estructurales**. De ahí la petición de que los organismos sinodales no sean meramente consultivos, sino lugares donde las decisiones se tomen sobre la base de procesos de discernimiento comunitario.

Al mismo tiempo que señalamos haber realizado una escucha atenta y profunda que se convierte en acogida, enraizada en la Palabra y en el seguimiento de la voz del Espíritu Santo, también asumimos **la dificultad —y, en ocasiones, el rechazo— al encuentro con lo diverso, lo diferente**, especialmente cuando puede causar escándalo o incomodidad.

Desde esta perspectiva de la acogida, se mencionan cuestiones muy diferentes: las situaciones de pobreza y exclusión social, las personas con discapacidad o con diversidad funcional, el mundo de la inmigración, las personas con diversas situaciones familiares, afectivas o sexuales, o aquellos que se alejaron de la Iglesia o que nunca formaron parte de ella.

También se expresa la tensión entre el sentido de pertenencia a la Iglesia y la propia realidad personal o, más en general, la separación entre la fe y la vida. Esta situación nos cuestiona sobre la relación entre acogida y fidelidad a la doctrina y magisterio de la Iglesia.

El **escándalo de los abusos sexuales** también provoca tensión: reconocer el mal causado, reparar a las víctimas, aumentar la protección y avanzar hacia una total transparencia, son algunos aspectos importantes que hemos de seguir cuidando para sanar esta herida y reconstruir la confianza y la credibilidad de la Iglesia.

Muy relevante resulta el contraste que se expresa en relación con el **papel de la mujer**: se manifiesta de modo recurrente el deseo de que se le tenga en cuenta en la vida de la Iglesia, pero en la práctica no está siendo así y está costando mucho avanzar en esta dirección.

Asimismo, se reitera insistentemente la **escasa participación de los jóvenes** en el proceso sinodal y en la vida de la Iglesia. Nos sentimos interpelados a preguntarnos por el motivo de su ausencia, a aprender a escucharles, a modificar el modo de comunicar el mensaje del Evangelio, que ha de ser creativo, comprensible, integrador y generador de diálogo intergeneracional.

Finalmente, siendo cierto que se precisa y demanda una mayor formación litúrgica, también es clara la llamada a que se muestre **la relación de la liturgia con la vida**, de tal modo que se encarne en nuestra realidad personal y comunitaria, por medio de una renovación de las formas y del lenguaje que propicien una mayor participación de todo el pueblo de Dios.

3. Mirando lo que surge de las dos preguntas anteriores, ¿cuáles son las prioridades, los temas recurrentes y las llamadas a la acción que pueden ser compartidas con las Iglesias locales de todo el mundo y discutidas durante la primera sesión de la Asamblea Sinodal en octubre de 2023?

La **participación** en el proceso sinodal nos ha hecho sentirnos llamados a la acción — desde la conciencia de la propia vocación y la complementariedad con el resto de vocaciones—, en un doble sentido.

En primer lugar, respecto a la «forma», partiendo de la positiva experiencia que estamos viviendo, resulta imprescindible en el momento presente **estructurar la sinodalidad**. Hemos de lograr que cale en nosotros —obispos, sacerdotes, diáconos, vida consagrada y laicos— y en nuestras parroquias y comunidades de referencia la necesidad de caminar juntos, de escucharnos, dialogar y de discernir a la luz del Espíritu sobre las diferentes cuestiones que se nos suscitan, desde un correcto entendimiento de lo que es y significa la sinodalidad. Este camino compartido permitirá reforzar y mejorar los espacios sinodales existentes, ir superando algunas de las tensiones que se han percibido en el proceso —como el clericalismo, las divisiones internas, los prejuicios, la ausencia de diálogo— y, al mismo tiempo, generar comunión entre nosotros y mostrar nuestra unidad allí donde nos hacemos presentes.

En segundo lugar, respecto al «fondo», urge resituarse en el momento presente la **misión** de la Iglesia en el mundo en un contexto secularizado. Resulta necesario revitalizar el papel de la Iglesia en el espacio público y renovar su compromiso con la justicia, los procesos de construcción de la paz y la reconciliación, los derechos humanos, el cambio social, el mundo de la cultura, del trabajo y la cuestión ecológica. En definitiva, seguir avanzando hacia una Iglesia en salida con una clara identidad misionera en todos sus proyectos, propuestas y acciones.

En coherencia con esto, vemos que no se trata de cambiar la misión ni el ser de la Iglesia, sino de actualizarla, de que cada uno de nosotros la hagamos propia en el momento presente, en función de nuestra condición y responsabilidad y desde una **espiritualidad de comunión**. En este sentido, se perciben con fuerza como prioridades específicas que han de ser objeto de ulterior discernimiento en la Asamblea Sinodal las siguientes:

1. Potenciar la **acogida en nuestras comunidades**, particularmente a los bautizados que no participan activamente de la vida de la Iglesia y a cuantos se sienten excluidos por su procedencia, situación afectiva, orientación sexual u

otros motivos. Hemos de buscar que las comunidades eclesiales sean espacios integradores desde los que acompañemos a los hombres y mujeres de hoy en sus anhelos y necesidades, compartiendo con ellos la belleza de la fe que profesamos.

2. Impulsar la **corresponsabilidad**, real y efectiva, del pueblo de Dios, superando el clericalismo, que empobrece nuestro ser y misión, y potenciando el acompañamiento por parte de sacerdotes, miembros de la vida consagrada y laicos. En este sentido, es importante promover los ministerios laicales.
3. Reconocer definitivamente el **papel de la mujer en la Iglesia** y fomentar su participación, plena y en condiciones de igualdad, desde la común dignidad bautismal, en todos los niveles de la vida eclesial y, en particular, en el gobierno de las instituciones, invitándose a un discernimiento sin miedo.
4. Favorecer el acompañamiento de **los jóvenes** en el momento y circunstancias que cada uno de ellos vive y buscar el modo de articular su **integración y participación en nuestras comunidades eclesiales** como prioridad pastoral, suscitando asimismo procesos catequéticos con niños y adolescentes.
5. Dinamizar la **formación integral** en las cuestiones fundamentales de nuestra fe, específicamente en materia de doctrina social de la Iglesia y moral — también sobre la propia sinodalidad— de tal forma que anime a una mayor coherencia de vida y conduzca a una mayor presencia pública evangelizadora y transformadora de la realidad social.
6. Fomentar el **diálogo** con el mundo y la cultura, con otras confesiones religiosas y con la increencia, mejorando la capacidad de escucha y también la comunicación, desde la crítica constructiva en el seno de la propia Iglesia y hacia la sociedad actual.
7. Cuidar la **liturgia** a través de la formación, de la actualización del lenguaje y de una mayor comprensión de sus ritos y contenidos, como expresión de una fe viva, consciente y activa.

En definitiva, estamos convencidos de que la clave y fundamento de todas nuestras acciones, anhelos y propuestas debe ser la conversión personal y comunitaria y la comunión con Cristo, entre nosotros y con nuestros hermanos. Es fundamental el encuentro con Jesucristo, que nos lleva a un cambio personal que, posteriormente, influye en la renovación de la vida comunitaria y en la transformación de la sociedad. La comunión es previa a la participación y nos anima a la misión.

Sabemos que estas prioridades encierran grandes desafíos para la Iglesia y exigen un profundo discernimiento que permita unir renovación con tradición, actualización del mensaje evangélico con la fidelidad a Jesucristo. En cualquier caso, todo cuanto estamos experimentando y viviendo con este proceso sinodal, con independencia del resultado final del ejercicio de discernimiento que ha de llevarse a cabo en las siguientes fases, resulta muy valioso en sí mismo para la Iglesia en España, por los frutos que está generando.

Pedimos al Espíritu Santo que ilumine a todos y, en particular, a cuantos participarán en la Asamblea continental europea y en la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, para que sepamos responder a lo que él espera de todos y cada uno de nosotros en esta hora del mundo y de la Iglesia.

El humor en tiempos de cólera Sobre los chistes, los límites y la «súbita transformación de una ansiada espera»²

Dani Alés³

**“Analizar el humor es como diseccionar una rana:
a nadie le interesa, y la rana acaba muerta”
E. White**

Todo el mundo ríe, pero no de lo mismo, no igual, no siempre y no con cualquiera. El mismo chiste, enunciado de manera idéntica por la misma persona, nos puede hacer más o menos gracia según el contexto en el que lo escuchemos. La broma con la que una vez llorábamos de risa de pronto parece que nos aburre. Aquel humorista que tanto nos gustaba ahora resulta que ya no nos divierte. No existe el chiste universal, el cómico unánime, la broma definitiva. Esgrimir algunos de los motivos, en el contexto de una sociedad preocupada por los límites del humor, es la intención de este artículo.

Todo el mundo ríe, decimos. El humor ha sido descubierto en cada cultura humana conocida⁴. Salvo en el caso de personas con cierto tipo de trastorno neurológico, la experiencia amable de la risa es lugar común entre individuos de todas las culturas a lo largo del tiempo.

No lo es, sin embargo, el modo de interpretar los mecanismos que operan en esa risa, la construcción del relato humorístico, la relación de la sociedad con lo cómico y, en general, todos los elementos que orbitan en torno al humor. Hablar de humor es, pese a la premisa feliz del asunto, adentrarse indefectiblemente en un vasto laberinto de perspectivas, variantes, discrepancias e imprevisibles controversias. Es muy posible que la discusión en torno al humor y lo cómico sea tan antigua casi como reír. Que sepamos, los filósofos llevan analizando el asunto más de dos mil años. Como señala Henri Bergson en su celebrado ensayo sobre la risa, «los más grandes pensadores desde Aristóteles han afrontado este pequeño problema que siempre se hurta al esfuerzo, se escurre, se escapa, se yergue en impertinente desafío a la especulación filosófica»⁵. En esta línea, la filósofa

² Artículo publicado en la revista ‘Sal Terrae’, núm. III (2023), págs. 7-19.

³ Doctor en Teoría de la Literatura y cómico de *stand-up*. Director del Congreso Nacional de Comedia.

⁴ N. CARROLL, *Humour. A Very Short Introduction*, Oxford: Oxford University Press, 2014, 11.

⁵ H. BERGSON, *La risa*, Madrid: Alianza, 2016, 35.

Alenka Zupancic concluye que «la comedia es un tema de investigación sumamente complejo, no solo por las numerosas técnicas y procedimientos involucrados, sino también porque tal proceso está en constante movimiento»⁶ y, por tanto, «resulta tan difícil puntualizarla en conceptos y definiciones».

La profusa bibliografía en torno al humor nos ha dejado un sinfín de sugerentes trabajos. La teoría de la ignorancia (primero Platón⁷, luego Quintiliano, Baudelaire o Bergson), a partir de la idea de lo ridículo en el hombre que no es capaz de observarse a sí mismo; la teoría de la mimesis (Aristóteles, seguido por Cicerón, Hobbes y Alexander Bain), donde la comedia es «la imitación de los peores»⁸, no en un sentido moral, como se entendía en el medievo, sino estético; la teoría del juego (Tomás de Aquino⁹), donde el hombre necesita reposo para el alma, y este reposo lo logra a través del juego, hay una razón de bien en lo lúdico; la teoría del placer (Juan Luis Vives¹⁰) donde la risa es la huella de la alegría y el gozo¹¹; la teoría del castigo (Ben Jonson), donde «la función primaria [de la comedia] es corregir faltas más que provocar la risa»¹²; la teoría del escarnio (Descartes), donde «la irrisión o burla es una especie de gozo mezclado con odio»¹³; la teoría de la gloria súbita (Hobbes), donde la risa «es el resultado directo de la percepción de que la otra persona es inferior a uno mismo»¹⁴; la teoría del ingenio (Locke¹⁵), asociándolo al tipo de habilidad intelectual que provoca la risa, y en cuya misma línea se sitúan Cicerón o Schopenhauer; la teoría de la expectativa defraudada (Kant¹⁶), que abordaremos más adelante; la teoría del triunfo (Hegel), donde la risa «expresa una seguridad, un gozo del alma, la felicidad del individuo de verse representado por encima de la contradicción, de hallarse seguro antes el espectáculo de la ruina de los grandes ideales»¹⁷; la teoría de la incongruencia (Schopenhauer¹⁸, aunque la idea inicial de la conexión entre el absurdo y el humor viene de Horacio¹⁹ y, tiempo después, en Kierkegaard²⁰); la teoría del Satanismo (Baudelaire²¹), donde la risa es uno de los más claros signos satánicos del hombre, marca de un orgullo propiamente diabólico y consecuencia del pecado original; la teoría de la sorpresa (Darwin²²), la teoría del alivio (Herbert Spencer, Nietzsche, también Freud y, en cierto modo, ya planteado por Tomás de Aquino), desde una perspectiva más bien fisiológica; la teoría de la compensación (Nietzsche²³) donde la utilidad de la risa es la de compensar el dolor; la teoría de la regresión (Freud²⁴), donde la risa es uno de los mecanismos de defensa que usa el Yo para protegerse de la ansiedad y la frustración; la teoría del automatismo (Bergson), la teoría de la cultura (Jardiel

6 A. ZUPANCIC, *Sobre la comedia*, México: Paradiso, 2012, 23.

7 PLATÓN, *Filebo*, Madrid: Alianza, 2001 (78) y *La república*, Madrid: Alianza, 2003 (214).

8 ARISTÓTELES, *Poética*, Madrid: Alianza, 2003, 56.

9 TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, Madrid: La editorial católica, 1955, II-II, 322.

10 JUAN LUIS VIVES, *El alma y la vida e Introducción a la sabiduría*, Madrid: Austral, 56.

11 En esta misma línea, el teólogo jesuita FRANCISCO SUÁREZ reafirmaba este punto en sus estudios sobre Aristóteles (*Commentaria una cum quaestionibus in libros Aristotelis de anima*, cap. V, 11 y ss.), estableciendo que la risa surge de la delectación y el gozo y que no hay nada que mueva a risa que al mismo tiempo no deleite.

12 BEN JONSON, *Every Man in his Humour*, London: Ernest Benn, 1966, 96.

13 RENÉ DESCARTES, *Las pasiones del alma*, Madrid: Edaf, 88.

14 THOMAS HOBES, *Leviatán*, Madrid: Alianza, 79.

15 JOHN LOCKE, *An Essay Concerning Human Understanding*, ed. Peter H. Nidditch, Oxford: Oxford University Press, 1998, 134.

16 IMMANUEL KANT, *Crítica del juicio*, Madrid: Austral, 2013, 416.

17 G. W. F. HEGEL, *The Philosophy of Fine Art*, London: Forgotten Books, 2012, 40.

18 ARTHUR SCHOPENHAUER, *El mundo como voluntad y representación*, Madrid: Alianza, 1998, vol. I, 215.

19 HORACIO, *Arte poética*, Madrid: Cátedra, 2010, 66.

20 SOREN KIERKEGAARD, *Concluding Unscientific Postscript*, New Jersey: Princetown Legacy Library, 2001.

21 CHARLES BAUDELAIRE, *Lo cómico y la caricatura*, Madrid: Visor, 1988, 39.

22 CHARLES DARWIN, *The Expresions of Emotions in Man and Animals*, New York: Penguin, 2002, 214.

23 FRIEDRICH NIETZSCHE, *Estética y teoría de las artes*, Madrid: Tecnos, 2004, 46.

24 SIGMUND FREUD, *El chiste y sus relaciones con el inconsciente*, Madrid: Alianza, 2008, 73.

Poncela), la teoría de la bisociación (Arthur Koestler), la teoría de la desdramatización (Michael Mulkay), la teoría del miedo (Ignatius Farray), etc.

En estas teorías destiladas durante siglos en torno al tema, solo hay un elemento en el que todas coinciden: no hay ninguna que no sea aburrida. Y además la rana acaba muerta.

Así las cosas, el debate sobre los usos humorísticos de la sociedad no pertenece solo al *olimp*o de la intelectualidad. Como todos sabemos, el humor es uno de esos temas frecuentes, universales y polémicos, como la gramática o las alineaciones de fútbol, sobre los que no hace falta tener una formación rigurosa o haberlo estudiado a fondo para poder manifestar opiniones significativamente enfáticas. Junto al bullicio de las conversaciones casuales, no faltan nunca los consabidos comentarios en torno a lo absurda que es la última decisión de la RAE, las delirantes decisiones del seleccionador nacional o el mal gusto de un cómico profesional al hacer cierta broma. La inmensa mayoría de la gente no titubea a la hora de compartir de manera entusiasta su criterio en lo concerniente al humor, el fútbol profesional o la lexicografía.

El motivo, entre otros muchos factores, probablemente esté relacionado con la proximidad del asunto. Todos hemos visto partidos de fútbol, todos nos hemos reído con un chiste, todos usamos la palabra: estos, de entre los nuestros, son asuntos muy nuestros. Se conoce el tema, se convive con él, se sabe de lo que se habla. Y nos sucede lo mismo que a los más insignes pensadores: tampoco nos ponemos de acuerdo.

Con el humor, y centrándonos en este caso solo en la unidad mínima lingüística con contenido cómico, es decir, el *chiste*, recordará enseguida mi lector haber escuchado alguna vez afirmaciones como las que siguen: *ese es buenísimo, ese es malísimo, yo no le veo la gracia, te vas a morir de risa, tienes que ver este vídeo, ¿cómo es que no te hace gracia?, ¿lo has pillado?, esa broma es muy vieja, a mí es que eso no me hace gracia, con ese tema no se bromea, te has pasado de la raya*.

Y hete aquí una de las curiosidades más inquietantes de la comedia: los chistes no son sino enunciados que trasladan una información que, de por sí, puede o no hacer gracia al receptor. Dicho de otro modo: los chistes no tienen gracia. Ninguno absolutamente contiene dicha *gracia* como un rasgo intrínseco, necesario, indefectible y esencial, sino que la comicidad surge siempre *en relación* a otra cosa.

Aterricemos en un ejemplo: va un caracol y derrapa. El del caracol que derrapa. ¿Es gracioso el chiste del caracol que derrapa? Diseccionemos esa rana. O ese caracol, en este caso.

El chiste del caracol que derrapa juega con la figura retórica de la paradoja a partir de dos conceptos que entran en conflicto. Por un lado, la idea del caracol, un molusco cuyo rasgo más significativo, junto con el de llevar auestas su propia concha, o sacar sus cuernos al sol (en realidad, tentáculos oculares), es que se desplaza muy despacio. Es decir: encarna el concepto de la lentitud. Por otro lado, la imagen de un derrape, acción que tiene que ver directamente con la velocidad. Sobre esta sencilla arquitectura retórica, la improbable asociación entre el lento caracol y la acción de derrapar produce, si se conocen todos los referentes, una sorpresa de la que podría emanar la risa.

Pero ¿qué pasa con la gente a la que no le hace gracia? ¿Es que no lo han cogido? ¿Es que no tienen sentido del humor? ¿Es que ya se lo sabían? ¿Acaso forman parte de una asociación de víctimas de los moluscos y se sienten ofendidos? Podría ser.

Podría ser que, efectivamente, el receptor del mensaje no sepa lo que es un caracol, o no esté familiarizado con lo que significa derrapar. Podría ser también que ya conocieran el chiste, por lo que la sorpresa no tendría lugar. Podría ser que ni siquiera hablen español, y no entendieran el código lingüístico. O podría ser que el contexto en el que se contase no fuera el adecuado: en medio de un funeral, en una reunión en la que el director de la

empresa anuncia nuevos recortes salariales, al acabar un maratón. Podría ser que incluso el emisor del mensaje fuese percibido de manera desfavorable: una persona que te acaba de robar, un jefe que siempre se hace el gracioso, un desconocido en un ascensor. Podría ser que simplemente la cabeza del receptor esté en otro lado por cualquier motivo. En ese caso, los *reidores* podrán afirmar que el chiste es gracioso, al mismo tiempo que a los que no les hizo gracia declararían que no lo es. En realidad, nunca lo fue, lo que pasa es que a algunos les hizo gracia (por la sorpresa, por la simpleza, porque se lo cuenta un sobrino pequeño por decimosexta vez), y a otros no.

Resulta muy interesante el concepto «hacer gracia», o «lo que a uno le hace gracia», por cuanto surge siempre de una manera inequívocamente espontánea, a veces incontrolablemente, incluso en conflicto con la propia voluntad de uno por no reírse. En ocasiones, la secreta relojería que entra en funcionamiento en la mente a propósito de una broma es tan sutil que uno no sabría decir de dónde viene, pero viene sin duda y, cuando llega, estalla en una de esas carcajadas por las que a veces uno no puede sino pedir perdón. De igual modo, lo que no hace gracia tampoco pertenece al ámbito de lo gobernable, y uno no sabe qué cara poner en esas situaciones en las que, aun entendiendo la retórica de la broma, incluso el motivo por el que alguien podría encontrar aquello gracioso, no surge la risa.

Se sabe que un chiste es un chiste porque contiene intención cómica, retórica humorística, incluso ciertos usos o fórmulas («Esto es uno que dice», «Se abre el telón») que nos sitúan y nos predisponen para interpretarlos como lo que son, esto es, para su hermenéutica. Es decir: pretende la comedia. Aquello a lo que coloquialmente solemos referirnos como «*la gracia* del chiste», y que sale a relucir en el momento de explicarlo. ¿Dónde está *la gracia*?, se preguntan algunos; yo no le veo *la gracia*. Todo chiste tiene su *gracia*, lo cual no significa que sea gracioso y mucho menos que nos haga gracia. Tanto es así que, en ocasiones, aquello que nos hace gracia ni siquiera es un chiste, ni siquiera lo pretendía: una caída de alguien, una paradoja, la trama ridícula de una anécdota...

Otro tema fecundo en opiniones es el de la calidad del chiste. Si un chiste es bueno o malo, mejor o peor que otro. Si bien la expresión «chiste malo» está tan extendida que casi se podría hablar de una categoría estética o incluso de una tipología (la categoría del chiste malo, frente a otros chistes de clase, como los de «se abre el telón», los chistes de oficina, los juegos de palabras o los de humor negro), en este caso sí que cabría tener en cuenta que, al tratarse de una construcción lingüística, existen herramientas suficientes para que, independientemente de que nos haga más o menos gracia, podamos valorarlo: la semiótica, la retórica, la pragmática... son algunas de ellas.

Imaginemos que asistimos a una sala de comedia y actúan tres cómicos. El primero pregunta si hay algún catalán en la sala. Nadie levanta la mano, y el humorista añade que eso es porque el espectáculo es de pago. El segundo en actuar es Leo Harlem y, entre otras cosas, cuando está hablando de lo bien que se come en Bilbao, afirma que «pinché el tenedor en el filete y se me cargó la batería del móvil». El último es Ignatius Farray. En un momento de su intervención, exclama: «Ahora ya da pereza matar a Barack Obama».

Independientemente de que nos haga o no nos haga gracia, la complejidad y la calidad de estos tres chistes es, a la luz de las herramientas adecuadas, fácilmente ponderable.

El primero de todos está construido sobre el cliché de que los catalanes son especialmente ahorrativos. Sin meternos en más consideración que el propio texto (a lo mejor el comentario está inserto dentro de todo un bloque de bromas acerca de Cataluña, o incluso como juego *metahumorístico* en donde el cómico lleva un rato bromeando con los clichés manidos que se utilizan a la hora de hacer humor, por poner dos ejemplos), desde el punto de vista heurístico vemos que se trata de una línea muy pobre, bastante básica, insultantemente previsible y nada original. Desde luego, se podría afirmar que no es la calidad deseable en un humorista profesional.

El segundo es un poco más complejo, aunque no demasiado. El cómico busca la comicidad a partir de la exaltación hiperbólica, es decir, exagerando extremadamente: en Bilbao se come muy bien, se come *tan bien* que si pinchas un tenedor ocurre algo. En este caso, y con un precioso y sutil juego metonímico entre la forma del tenedor y la de un enchufe, la energía de un filete se transmite a través del cubierto y recarga la batería de su teléfono. Si para Garcilaso son quejas y lamentos los que frenar pueden el curso de los ríos, para Leo Harlem es la excesiva proteína de un bistec, con los ecos sutiles a la idiosincrasia vasca de fondo, la que puede recargar una batería eléctrica.

El tercer caso es el más complejo, por lo tanto, el más difícil. Para el que no esté familiarizado con el tipo de escritura de Ignatius, el texto en sí puede provocar demasiada extrañeza: «Ahora ya da pereza matar a Barack Obama». ¿Dónde está *la gracia*? A riesgo de hacer que dicha *gracia* se desvanezca a fuerza de diseccionar esta rana, asomémonos más despacio. El tema, ya de por sí, no parece propio de una broma. Plantear el magnicidio de un presidente de Estados Unidos no es tema frecuente en la comedia. El concepto «matar a Barack Obama» podría remitir en cierto modo a ese paralelismo que se hizo muchas veces entre él y Kennedy cuando Obama llegó a la presidencia. Los dos fueron mandatarios enormemente carismáticos, podría decirse que incluso emblemáticos, en algunos aspectos elevados a la categoría de mito y, de algún modo, la promesa que representaba el segundo se fue desgastando y desinflando progresivamente. La ilusionante figura de Obama, que inicialmente podría percibirse como una amenaza para el *statu quo*, convirtiendo al presidente en objetivo potencial de un magnicidio, se habría apagado hasta el punto de convertirse en un presidente más del sistema americano, de manera que «ya da pereza matar a Barack Obama», enfatizado con el adverbio «ahora», que sugiere transformación, proceso y novedad. Esta podría ser una posible aproximación interpretativa del chiste donde, además, el hecho de juntar en una misma proposición los sintagmas «ahora ya da pereza» y «matar a Barack Obama» resultaría completamente original, inédito, sorprendente. El planteamiento de categorizar a un presidente americano no como guapo, blanco, mentiroso o competente, sino desde el punto de vista de su «asesinabilidad», lejos de ser tan solo una provocación, un ataque o un capricho sensacionalista, emergería aquí como una lúcida manera de presentar una visión sobre los valores y contravalores norteamericanos.

Independientemente de cuál de los tres casos nos resulte más gracioso, no cabe duda de que el último, a la luz de su misteriosa complejidad, es muy superior.

**“Tragedia es cuando yo me hago un corte en un dedo;
comedia es cuando tú te caes por una alcantarilla y te mueres”
Mel Brooks**

El debate en torno a los límites del humor, esto es, sobre aquello con lo que se puede o no se puede bromear, hasta dónde se puede bromear o de qué modo hacerlo, surge a partir de un hecho incuestionable: algunos chistes nos ofenden. Nace, por tanto, desde la incongruencia que se encuentra en que algo que se supone que habría de causarnos diversión, alivio, e incluso alegría, puede llegar a resultarnos hiriente y doloroso y, más allá de la risa, producirnos sufrimiento.

El conflicto, de hecho, emana de la propia naturaleza de la comedia. Una de sus definiciones más celebradas, atribuida a Mark Twain, señala aquello de que «comedia es tragedia más tiempo», es decir, el humor surge precisamente en el seno de una tensión dinámica, imprecisa, entre, por un lado, unos hechos dramáticos y, por otro, la distancia emocional que se agranda progresivamente conforme va pasando el tiempo. Los dos factores son decisivos a la hora de producir comedia. Si el referente trágico desde el que

se construye la broma es demasiado próximo (temporal o físicamente), la carga emocional nos puede resultar demasiado grande como para que la comedia funcione. De igual modo, si hay demasiada distancia, la falta de tensión provoca un absoluto desinterés, y el chiste, muy lejos de ofender, comete el peor pecado que se puede cometer en comedia: el de *aburrir*.

Todos hemos oído chistes de este tipo, y no necesariamente en boca de profesionales. Poco tiempo después de los atentados del 11 de septiembre no era difícil escuchar en algún foro toda una retahíla de ocurrencias, más o menos crueles, sobre torres que caen, aviones comerciales y material de oficina. Pese a la gravedad del drama al que aludían, en los círculos privados por los que circulaban solían tener bastante éxito, y prueba de ello es, precisamente, su proliferación.

No haberse reído de aquellos chistes que podrían considerarse demasiado crueles resultaría algo perfectamente comprensible. Quizá sería más interesante preguntarse por qué les hacen gracia a los que sí les hacen gracia. En estos casos, y partiendo de que el receptor conoce perfectamente la referencia (tiene noticia del atentado, ha visto imágenes, sabe lo que es un rascacielos, un avión y una oficina) la comicidad no alude tanto a la retórica del chiste como a la tensión desde la que se construye, el cierto grado de intolerabilidad asumible que plantea, la suficiente distancia desde la que ejercer «la impiedad de la risa»²⁵.

¿Qué habría pasado si ese mismo tipo de chistes se hubieran hecho en referencia a los atentados de Atocha? Los elementos son muy parecidos: un gran atentado y un número elevado de víctimas inocentes. De hecho, bastantes menos. Pero no habría funcionado igual: la distancia física y, por lo tanto, el vínculo emocional, sería demasiado cercano.

Ahora pensemos en la situación opuesta: hacer referencia a sucesos igualmente graves, pero sustancialmente más alejados de nosotros, como, por ejemplo, la pandemia de la peste negra del siglo XIV, o la tragedia de Numancia. El exceso de distancia, o sea, de vínculo, provocaría una enorme falta de tensión y nos aburriría. Todo aquello que aburre es imposible que nos haga gracia.

El día 12 de septiembre de 2001, durante una actuación privada de *standup comedy* en el famoso Friars Club de Nueva York, el cómico americano Gilbert Gottfried, al terminar su representación, dijo lo siguiente: «Y ahora les dejo porque tengo que coger un avión que hace escala en el Empire State». El público neoyorquino, pese a estar habituado a que sus humoristas bromeen con cualquier cosa, se quedó helado. Algunos de los presentes dieron completamente con la clave cuando, desde sus butacas, gritaron: «¡*Too soon!*!». Era demasiado pronto, y la tensión se rompió.

Han pasado más de veinte años y, aunque todavía hoy resulta complicado bromear con dicho atentado en la misma ciudad en la que tuvo lugar, ya no resulta tan extraño escuchar a algún cómico hacer alusión al tema, como cuando otro célebre cómico americano, Louis CK, a propósito de las devastadoras cifras de muertos por COVID, lo utilizaba como unidad de media: «¿Cuántos 11-S son una pandemia?»

El desafío del cómico, en este sentido, suele consistir en lograr acortar lo más posible dicha distancia para que la tensión sea mayor y, en consecuencia, la risa. Por eso la del humorista profesional es una vida en ese abismo borroso de asuntos no superados del todo, pero sí lo suficiente como para que la cuerda no se rompa. En ocasiones, el desafío parece buscar sin más la provocación o el escándalo, pero en realidad esta búsqueda es necesaria para alcanzar, en consonancia con la teoría del alivio de Herbert Spencer²⁶, la distensión explosiva que provoca la risa.

²⁵ BERGSON, 37.

²⁶ H. SPENCER, «The Physiology of Laughter», *MacMillan's Magazine*, vol. I, 1860, 58.

En este sentido, quizá una de las definiciones más interesantes sobre comedia es la que aporta Kant en su maravilloso *Crítica al juicio*, cuando dice que «el humor es la transformación súbita de una ansiada espera en nada». Como señala el filósofo Javier Gomá, interesa especialmente la palabra *nada*, el poder *nadificador*, es decir, *relativizador*, de la comedia. Frente a esta relativización, la comedia siempre entra en conflicto con el totalitarismo. No solo el totalitarismo político (el humor es siempre enemigo de las dictaduras), sino de cualquier tipo: el totalitarismo religioso (todo planteamiento ideológico rígido, inflexible, definitivo y que no acepte la duda), el totalitarismo del *ego* (la gente cuya personalidad es tan enfática que no soporta el cuestionamiento intrínseco que hay detrás de una broma a su costa), el totalitarismo de la muerte (su visión como algo sagrado, intocable, sobre lo que no se puede bromear, frente al humor negro, que es su contrapunto natural).

El cómico suele quejarse, precisamente, de que se anden poniendo límites al humor, de la censura, la criminalización y el aquellarre. Como afirma el célebre cómico americano Dave Chappell en uno de sus especiales de *stand-up* dirigiéndose al público, «sois las peores personas a las que he intentado hacer reír jamás». Lo que no entienden los cómicos es que los límites del humor juegan siempre a su favor: al igual que la ropa es necesaria, como afirma Bataille, para que exista el erotismo, la existencia de líneas rojas con las que bromear privilegia que, una vez rebasadas, suceda ese misterio que, como la poesía, es la comedia.

En esta época de «ligereza y excesiva modernidad»²⁷, el proceso civilizatorio de la sociedad ha llegado a un punto tal de refinamiento e hipersensibilidad que, junto con el amargo llanto de un permanente estado de ofensa, se escuchan las mismas voces lamentando eso de que ahora tengamos «la piel tan fina». Corren tiempos de cólera en este occidente nuestro tan usado, nubes grises de crispación y desencuentro, de incongruencia y tontería.

El legendario cómico George Carlin decía aquello de que el cómico tiene el privilegio de poder pasar los límites, pero también la obligación: en eso consiste el trabajo del bufón, como sabemos desde Aristófanes o Shakespeare. Dicho de otro modo: no puede no hacerlo. Ahora que los caracoles no derrapan, que aceptamos Boing 747 como material de oficina y que ya da pereza matar a Barack Obama, habrá que buscar otros límites con los que bromear para que, más allá de la ofensa, llegue esa risa pura «de manantial» de cuando nuestra ansiada espera se transforma en nada.

²⁷ GUILLES LIPOVETSKI, *La era del vacío*, Barcelona: Anagrama, 2003, vv.pp.

CARISMA

“Todo pertenece al amor”²⁸

Papa Francisco

«Todo pertenece al amor»²⁹. En estas palabras podemos recoger la herencia espiritual legada por san Francisco de Sales, que murió hace cuatro siglos, el 28 de diciembre de 1622, en Lyon. Tenía poco más de cincuenta años y, durante los últimos veinte años, había sido obispo y príncipe “exiliado” de Ginebra. Había llegado a Lyon después de su última misión diplomática. El duque de Saboya le había pedido que acompañara al cardenal Mauricio de Saboya a Aviñón. Juntos habrían rendido homenaje al joven rey Luis XIII, que regresaba a París, subiendo el valle del Ródano, luego de una victoriosa campaña militar en el sur de Francia. Cansado y con la salud deteriorada, Francisco se había puesto en camino por puro espíritu de servicio. «Si no fuera tan útil a su servicio que yo haga este viaje, tendría, ciertamente, muy buenas y sólidas razones para eximirme de él; pero, si se trata de su servicio, vivo o muerto, no me echaré atrás, sino que iré o me haré arrastrar»³⁰. Este era su carácter. Finalmente, cuando llegó a Lyon se alojó en el monasterio de las Visitandinas, en la casa del jardinero, para no causar demasiadas molestias y, al mismo tiempo, ser más libre para encontrarse con quien lo necesitara.

Poco impresionado desde hacía bastante tiempo por «las débiles grandezas de la corte»³¹, también había consumado sus últimos días llevando adelante el ministerio de pastor en una sucesión de compromisos: confesiones, coloquios, conferencias, predicaciones y las últimas, infaltables, cartas de amistad espiritual. La razón profunda de este estilo de vida lleno de Dios se le había hecho cada vez más nítida a lo largo del tiempo, y él la había formulado con sencillez y precisión en su célebre *Tratado del amor de Dios*: «Tan pronto como el hombre fija con alguna atención su pensamiento en la consideración de la divinidad, siente cierta dulce emoción en su corazón, que muestra que Dios es Dios del corazón humano»³². Es la síntesis de su pensamiento. La experiencia de Dios es una evidencia del corazón humano. Esta no es una construcción mental, más bien es un reconocimiento lleno de asombro y de gratitud, que resulta de la manifestación de Dios. En el corazón y por medio del corazón es donde se realiza ese sutil e intenso proceso unitario en virtud del cual el hombre reconoce a Dios y, al mismo tiempo, a sí mismo, su propio origen y profundidad, su propia realización en la llamada al amor. Descubre que la fe no es un movimiento ciego, sino sobre todo una disposición del corazón. A través de

²⁸ Carta apostólica ‘Totum amoris est’ del papa Francisco con motivo del IV Centenario de la muerte de san Francisco de Sales (Roma, 28 de diciembre de 2022).

²⁹ S. Francisco de Sales, *Traité de l’amour de Dieu, Préface*, ed. Ravier – Devos, París 1969, 336.

³⁰ Íd., *Lett. 2103: A Monsieur Sylvestre de Saluces de la Mente, Abbé d’Hautecombe* (3 noviembre 1622), en *Œuvres de Saint François de Sales*, XXVI, Annecy 1932, 490-491.

³¹ Íd., *Lett. 1961: À une dame* (19 diciembre 1622), en *Œuvres de Saint François de Sales*, XX (*Lettres*, X: 1621-1622), Annecy 1918, 395.

³² Íd., *Traité de l’amour de Dieu*, I, 15, ed. Ravier – Devos, París 1969, 395.

ella el hombre confía en una verdad que se presenta a la conciencia como una “dulce emoción”, capaz de suscitar un correspondiente e irrenunciable bien-querer por cada realidad creada, como a él le gustaba decir.

A esta luz se comprende cómo para san Francisco de Sales no hay mejor lugar donde encontrar a Dios y ayudar a buscarlo que en el corazón de cada mujer y hombre de su tiempo. Lo había aprendido desde su temprana juventud, observándose a sí mismo con fina atención y escrutando el corazón humano.

En el último encuentro de esos días en Lyon, y con el sentido íntimo de una cotidianidad habitada por Dios, había dejado a sus Visitandinas la expresión con la que posteriormente había querido que fuera sellada su memoria: «He resumido todo en estas dos palabras, cuando os he dicho: nada pedir, nada rehusar. No tengo más que deciros»³³. Sin embargo, no se trataba de un ejercicio de mero voluntarismo, «una voluntad sin humildad»³⁴, aquella sutil tentación del camino hacia la santidad, que la confunde con la justificación por medio de las propias fuerzas, con la adoración de la voluntad humana y de la propia capacidad, «que se traduce en una autocomplacencia egocéntrica y elitista privada del verdadero amor»³⁵. Mucho menos se trataba de un mero quietismo, de un abandono pasivo y sin afectos en una doctrina sin carne y sin historia³⁶. Nacía más bien de la contemplación de la misma vida del Hijo encarnado. Era el 26 de diciembre, y el santo hablaba a las hermanas en el corazón del misterio de la Navidad: «¿Veis al Niño Jesús en el pesebre? Acepta todas las inclemencias del tiempo, el frío y todo lo que su Padre permite le suceda. No está escrito que haya extendido alguna vez sus manos a los pechos de su Madre, se abandonaba totalmente a su cuidado y previsión, sin rehusar los pequeños alivios que ella le daba. Del mismo modo nosotros no debemos desear ni rehusar nada, sino aceptar igualmente todo lo que la Providencia de Dios permita que nos suceda, el frío y las inclemencias del tiempo»³⁷. Es conmovedora su atención en reconocer el cuidado de lo que es humano como indispensable. En la escuela de la encarnación había aprendido a leer la historia y a habitarla con confianza.

El criterio del amor

Por medio de la experiencia había reconocido el deseo como la raíz de toda vida espiritual verdadera y, al mismo tiempo, como lugar de su falsificación. Por eso, recogiendo a manos llenas de la tradición espiritual que lo había precedido, había comprendido la importancia de poner constantemente a prueba el deseo, mediante un continuo ejercicio de discernimiento. El criterio último para su evaluación lo había redescubierto en el amor. En esa última estadía en Lyon, en la fiesta de san Esteban, dos días antes de su muerte, había dicho: «El amor es lo que da valor a nuestras obras. Os digo más aún: una persona que sufre el martirio por Dios con una onza de amor, merece mucho, pues la vida es lo más que se puede dar; pero si hay otra persona que sólo sufre un golpe con dos onzas de amor tendrá mucho más mérito, porque la caridad y el amor son los que dan el valor a nuestras obras»³⁸.

Con sorprendente concreción había continuado ilustrando la difícil relación entre contemplación y acción: «Sabéis o debéis saber que la contemplación es mejor que la acción y la vida activa; pero si en esta hay más unión [con Dios], entonces es mejor que aquella. Si una hermana que está en la cocina manejando la sartén junto al fuego tiene más amor y caridad que otra, el fuego material no le quitará el mérito, al contrario, le ayudará y será más grata a Dios. Con bastante frecuencia se está tan unido a Dios en la

³³ Íd., *Entretiens spirituels, Dernier entretien*^[21], ed. Ravier – Devos, París 1969, 1319.

³⁴ Exhort. ap. *Gaudete et exsultate* (19 marzo 2018), 49: AAS110 (2018), 1124.

³⁵ *Ibid.*, 57: AAS110 (2018), 1127.

³⁶ Cf. *ibid.*, 37-39: AAS110 (2018), 1121-1122.

³⁷ S. Francisco de Sales, *Entretiens spirituels, Dernier entretien*^[21], ed. Ravier – Devos, París 1969, 1319.

³⁸ *Ibid.*, 1308.

acción como en la soledad. En fin, vuelvo siempre a la cuestión, donde se encuentre más amor»³⁹. Esta es la verdadera pregunta que disipa instantáneamente toda rigidez inútil o todo repliegue sobre sí mismo: interrogarse en todo momento, en toda decisión, en toda circunstancia de la vida dónde reside el mayor amor. No es casualidad que san Francisco de Sales haya sido llamado por san Juan Pablo II «doctor del amor divino»⁴⁰, no fue sólo porque escribió un magnífico *Tratado* sobre este tema, sino sobre todo porque fue testigo de ese amor. Por otra parte, sus escritos no se pueden considerar como una teoría redactada en un escritorio, lejos de las preocupaciones del hombre común. Su enseñanza, en efecto, nació de una escucha atenta de la experiencia. Él no hizo más que transformar en doctrina lo que vivía y leía en su singular e innovadora acción pastoral, gracias a una agudeza iluminada por el Espíritu. Una síntesis de este modo de proceder se encuentra en el *Prólogo* del mismo *Tratado del amor de Dios*: «Todo en la Iglesia es para el amor, en el amor, por el amor y del amor»⁴¹.

Los años de la primera formación: la aventura de conocerse en Dios

Nació el 21 de agosto de 1567, en el castillo de Sales, cerca de Thorens, de Francisco de Nouvelles, señor de Boisy, y de Francisca de Sionnaz. «Vivió a caballo entre dos siglos, el XVI y el XVII, recogió en sí lo mejor de las enseñanzas y de las conquistas culturales del siglo que terminaba, reconciliando la herencia del humanismo con la tendencia hacia lo absoluto propia de las corrientes místicas»⁴².

Después de la formación cultural inicial, primero en el colegio de La Roche-sur-Foron y después en el de Annecy, llegó a París, al colegio jesuita Clermont, que había sido fundado recientemente. En la capital del Reino de Francia, devastada por las guerras de religión, experimentó en poco tiempo dos crisis interiores consecutivas, que marcaron su vida de modo indeleble. Esa ardiente oración hecha en la Iglesia de Saint-Étienne-des-Grès, frente a la Virgen Negra de París, en medio de la oscuridad, le encenderá en el corazón una llama que permanecerá viva en él para siempre, como clave de lectura de su propia experiencia y de la de otros. «Señor, tú que tienes todo en tus manos y cuyos caminos son justicia y verdad, cualquier cosa que suceda, [...] yo te amaré, Señor [...], te amaré aquí, oh Dios mío, y siempre esperaré en tu misericordia, y siempre cantaré tus alabanzas. [...] Oh, Señor Jesús, tú siempre serás mi esperanza y mi salvación en la tierra de los vivientes»⁴³.

Eso había escrito en su cuaderno, recuperando la paz. Y esta experiencia, con sus inquietudes y sus interrogantes, para él siempre será iluminadora y le dará un singular camino de acceso al misterio de la relación de Dios con el hombre. Le ayudará a escuchar la vida de los demás y a reconocer, con fino discernimiento, la actitud interior que une el pensamiento al sentimiento, la razón a los afectos, y que de ese modo es capaz de llamar por nombre al “Dios del corazón humano”. Por este camino Francisco no corrió el peligro de atribuir un valor teórico a la propia experiencia personal, absolutizándola, sino que aprendió algo extraordinario, fruto de la gracia: a leer en Dios lo vivido por él y por los demás.

Aunque nunca haya pretendido elaborar un sistema teológico propiamente dicho, su reflexión sobre la vida espiritual tuvo una notable dignidad teológica. Aparecen en él los

³⁹ *Ibíd.*

⁴⁰ Carta a Mons. Yves Boivineau, Obispo de Annecy, con ocasión del IV centenario de la consagración episcopal de san Francisco de Sales (23 noviembre 2002), 3: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (20 diciembre 2002), p. 10.

⁴¹ S. Francisco de Sales, *Traité de l'amour de Dieu, Préface*, ed. Ravier – Devos, París 1969, 336.

⁴² Benedicto XVI, *Catechesis* (2 marzo 2011): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (6 marzo 2011), p. 11.

⁴³ S. Francisco de Sales, *Fragments d'écrits intimes*, 3: *Acte d'abandon héroïque*, en *Œuvres de Saint François de Sales*, XXII (*Opuscles*, I), Annecy 1925, 41.

rasgos esenciales del quehacer teológico, para el cual es necesario no olvidar dos dimensiones constitutivas. La primera es precisamente *la vida espiritual*, porque es en la oración humilde y perseverante, en la apertura al Espíritu Santo, que se puede tratar de comprender y de expresar al Verbo de Dios. Los teólogos se fraguan en el crisol de la oración. La segunda dimensión es *la vida eclesial*: sentir en la Iglesia y con la Iglesia. También la teología se ha visto afectada por la cultura individualista, pero el teólogo cristiano elabora su pensamiento inmerso en la comunidad, partiendo en ella el pan de la Palabra⁴⁴. La reflexión de Francisco de Sales, al margen de las disputas entre las escuelas de su época, y aun respetándolas, nace precisamente de estos dos rasgos constitutivos.

El descubrimiento de un mundo nuevo

Cuando finalizó los estudios humanísticos, continuó con los de derecho en la Universidad de Padua. Al regresar a Annecy ya había decidido la orientación de su vida, no obstante las resistencias de sus padres. Fue ordenado sacerdote el 18 de diciembre de 1593. En los primeros días de septiembre del año siguiente, por invitación del obispo, Mons. Claude de Granier, fue llamado a la difícil misión en el Chablais, territorio perteneciente a la diócesis de Annecy, de confesión calvinista, que, en el intrincado laberinto de guerras y tratados de paz, había pasado nuevamente a estar bajo el control del ducado de Saboya. Fueron años intensos y dramáticos. Aquí descubrió, junto con alguna rígida intransigencia que luego le hará reflexionar, sus aptitudes de mediador y hombre de diálogo. Además, se descubrió inventor de originales y audaces praxis pastorales, como las famosas “hojas volantes”, que se colgaban en todas partes e incluso se deslizaban debajo de las puertas de las casas.

En 1602 regresó a París, ocupado en llevar adelante una delicada misión diplomática, en nombre del mismo Granier y con instrucciones precisas de la Sede Apostólica, después de la enésima modificación del cuadro político-religioso del territorio de la diócesis de Ginebra. A pesar de la buena disposición por parte del rey de Francia, la misión fracasó. Él mismo escribió al Papa Clemente VIII: «Después de nueve meses, me vi obligado a dar marcha atrás sin haber concluido casi nada»⁴⁵. Sin embargo, aquella misión se reveló para él y para la Iglesia de una riqueza inesperada bajo el perfil humano, cultural y religioso. En el tiempo libre que los negociados diplomáticos le concedían, Francisco predicó ante la presencia del rey y de la corte de Francia, estableció relaciones importantes y, sobre todo, se sumergió totalmente en la prodigiosa primavera espiritual y cultural de la moderna capital del Reino.

Allí todo había cambiado y estaba cambiando. Él mismo se dejó tocar e interrogar tanto por los grandes problemas que se presentaban en el mundo y el nuevo modo de observarlos, como por la sorprendente demanda de espiritualidad que había nacido y las cuestiones inéditas que esta planteaba. En pocas palabras, percibió un verdadero “cambio de época”, al que era necesario responder con lenguajes antiguos y nuevos. Ciertamente, no era la primera vez que encontraba cristianos fervorosos, pero se trataba de algo distinto. No era la París devastada por las guerras de religión, que había visto en sus años de formación, ni la lucha encarnizada librada en los territorios del Chablais. Era una realidad inesperada: una multitud «de santos, de verdaderos santos, numerosos y que estaban en todas partes»⁴⁶. Eran hombres y mujeres de cultura, profesores de la Sorbona, representantes de las instituciones, príncipes y princesas, siervos y siervas, religiosos y religiosas. Un mundo que estaba sediento de Dios.

⁴⁴ Cf. *Discurso a la Comisión Teológica Internacional* (29 noviembre 2019): *L'Osservatore Romano* (30 noviembre 2019), p. 8.

⁴⁵ S. Francisco de Sales, *Lett.* 165: *À Sa Sainteté Clément VIII* (fines de octubre de 1602), en *Œuvres de Saint François de Sales*, XII (*Lettres*, II: 1599-1604), Annecy 1902, 128.

⁴⁶ H. Bremond, *L'humanisme dévôt: 1580-1660*, en *Histoire littéraire du sentiment religieux en France: depuis la fin des guerres de religion jusqu'à nos jours*, I, Jérôme Millon, Grenoble 2006, 131.

Conocer a esas personas y tomar conciencia de sus interrogantes fue una de las circunstancias providenciales más importantes de su vida. Así, días aparentemente inútiles e infructuosos se transformaron en una escuela incomparable para leer los estados de ánimo de esa época, sin nunca elogiarlos. En él, el hábil e infatigable controversista se estaba transformando, por la gracia, en un fino intérprete del tiempo y extraordinario director de almas. Su acción pastoral, las grandes obras (*Introducción a la vida devota* y *Tratado del amor de Dios*), la infinidad de cartas de amistad espiritual que fueron enviadas, dentro y fuera de los muros de los conventos y los monasterios, a religiosos y religiosas, a hombres y mujeres de la corte y a la gente común, el encuentro con Juana Francisca de Chantal y la misma fundación de la *Visitación* en 1610 resultarían incomprensibles sin este cambio interior. Evangelio y cultura encontraban de ese modo una síntesis fecunda, de la que derivaba la intuición de un método auténtico, maduro y listo para una cosecha duradera y prometedora.

En una de las primeras cartas de dirección y amistad espiritual que Francisco de Sales envió a una de las comunidades que visitó en París, mencionaba, con humildad, un “método suyo”, que se diferenciaba de los demás, con vistas a una verdadera reforma. Un método que renunciaba a la severidad y confiaba plenamente en la dignidad y capacidad de un alma devota, no obstante sus debilidades: «Me viene la duda de que a vuestra reforma también se pueda oponer otro impedimento: tal vez aquellos que os la han impuesto han curado la llaga con demasiada dureza. [...] Yo alabo su método, aunque no sea el que suelo usar, especialmente con respecto a espíritus nobles y bien educados como los vuestros. Creo que sea mejor limitarse a mostrarles el mal y a poner el bisturí en sus manos para que ellos mismos practiquen la incisión necesaria. Pero no descuidéis por ello la reforma que necesitáis»⁴⁷. En estas palabras se trasluce esa mirada que ha hecho célebre el optimismo salesiano, que ha dejado su huella permanente en la historia de la espiritualidad y que ha florecido sucesivamente, como en el caso de don Bosco dos siglos después.

Cuando regresó a Annecy, fue ordenado obispo el 8 de diciembre del mismo año 1602. El influjo de su ministerio episcopal en la Europa de esa época y de los siglos posteriores resulta inmenso. «Fue apóstol, predicador, escritor, hombre de acción y de oración; comprometido en hacer realidad los ideales del concilio de Trento; implicado en la controversia y en el diálogo con los protestantes, experimentando cada vez más la eficacia de la relación personal y de la caridad, más allá del necesario enfrentamiento teológico; encargado de misiones diplomáticas a nivel europeo, y de tareas sociales de mediación y reconciliación»⁴⁸. Sobre todo, fue intérprete del cambio de época y guía de las almas en un tiempo que tenía sed de Dios de un modo nuevo.

La caridad hace todo por sus hijos

Entre 1620 y 1621, es decir, ya al final de su vida, Francisco dirigió a un sacerdote de su diócesis unas palabras capaces de iluminar su visión de la época. Lo animaba a secundar su deseo de dedicarse a la escritura de textos originales, que lograran interceptar los nuevos interrogantes, intuyendo en ellos las necesidades. «Os debo decir que el conocimiento que voy adquiriendo cada día de los estados de ánimo del mundo me lleva a desear apasionadamente que la divina Bondad inspire a alguno de sus siervos a escribir según el gusto de este pobre mundo»⁴⁹. La razón de este estímulo la encontraba en la propia visión del tiempo: «El mundo se está volviendo tan delicado, que dentro de poco nadie se atreverá más a tocarlo, sino con guantes de seda, ni a medicar sus llagas, sino con

⁴⁷ S. Francisco de Sales, *Lett.* 168: *Aux religieuses du monastère des «Filles-Dieu»* (22 noviembre 1602), en *Œuvres de Saint François de Sales*, XII (*Lettres*, II: 1599-1604), Annecy 1902, 105.

⁴⁸ Benedicto XVI, *Catequesis* (2 marzo 2011): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (6 marzo 2011), p. 12.

⁴⁹ S. Francisco de Sales, *Lett.* 1869: *À M. Pierre Jay* (1620 o 1621), en *Œuvres de Saint François de Sales*, XX (*Lettres*, X:1621-1622), Annecy 1918, 219.

cataplasmas de cebolla; pero, ¿qué importa, si los hombres son curados y, en definitiva, salvados? Nuestra reina, la caridad, hace todo por sus hijos»⁵⁰. No era algo que se daba por sentado, ni mucho menos una rendición final frente a una derrota. Se trataba, más bien, de la intuición de un cambio que estaba en curso y de la exigencia, totalmente evangélica, de comprender cómo poder habitarlo.

La misma conciencia, además, la había madurado y expresado en el *Prólogo*, al introducir el *Tratado del amor de Dios*: «He tenido en cuenta la condición de las almas en estos tiempos, y además debía tenerla, porque importa mucho mirar la condición de los tiempos en que se escribe»⁵¹. Rogando, asimismo, la benevolencia del lector, afirmaba: «Y si encontrases el estilo un poco diferente del que he usado escribiendo a *Filotea*, y ambos muy diversos del que empleé en la *Defensa de la cruz*, debes saber que en diecinueve años se aprenden y se olvidan muchas cosas; que el lenguaje de la guerra no es igual que el de la paz, y que de una manera se habla a los muchachos principiantes y de otra a los viejos compañeros»⁵². Pero, frente a este cambio, ¿por dónde comenzar? No lejos de la misma historia de Dios con el hombre. De aquí el objetivo final de su *Tratado*: «Mi pensamiento ha sido tan sólo exponer sencilla y llanamente, sin artificios ni aderezos de estilo, la historia del nacimiento, progreso, decadencia, operaciones, propiedades, beneficios y excelencias del amor divino»⁵³.

Las preguntas de un cambio de época

En la memoria del cuarto centenario de la muerte de san Francisco de Sales, me he preguntado sobre su legado para nuestra época, y he encontrado iluminadoras su flexibilidad y su capacidad de visión. Un poco por don de Dios, un poco por índole personal, y también por la profundización constante de sus vivencias, había tenido la nítida percepción del cambio de los tiempos. Ni él mismo hubiera llegado a imaginar que en esto reconocería una gran oportunidad para el anuncio del Evangelio. La Palabra que había amado desde su juventud era capaz de hacerse camino abriendo horizontes nuevos e impredecibles en un mundo en rápida transición.

Es lo que también nos espera como tarea esencial para este cambio de época: una Iglesia no autorreferencial, libre de toda mundanidad pero capaz de habitar el mundo, de compartir la vida de la gente, de caminar juntos, de escuchar y de acoger⁵⁴. Es lo que realizó Francisco de Sales leyendo su época con ayuda de la gracia. Por eso, él nos invita a salir de la preocupación excesiva por nosotros mismos, por las estructuras, por la imagen social, y a preguntarnos más bien cuáles son las necesidades concretas y las esperanzas espirituales de nuestro pueblo⁵⁵. Por tanto, releer algunas de sus decisiones cruciales es importante también hoy, para vivir el cambio con sabiduría evangélica.

La brisa y las alas

La primera de dichas decisiones fue la de releer y volver a proponer a cada uno, en su condición específica, la feliz relación entre Dios y el ser humano. En definitiva, la razón última y el objetivo concreto del *Tratado* era precisamente ilustrar a los contemporáneos el encanto del amor de Dios. «¿Cuáles son —se preguntaba— los lazos habituales por los

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ *Id.*, *Traité de l'amour de Dieu, Préface*, ed. Ravier – Devos, París 1969, 339.

⁵² *Ibid.*, 347.

⁵³ *Ibid.*, 338-339.

⁵⁴ Cf. *Discurso a los obispos, sacerdotes, religiosos, seminaristas y catequistas*, Bratislava (13 septiembre 2021): *L'Osservatore Romano* (13 septiembre 2021), pp. 11-12.

⁵⁵ Cf. *ibid.*

cuales la Providencia divina acostumbra atraer nuestros corazones a su amor?»⁵⁶. Partiendo sugestivamente del texto de Oseas 11,4⁵⁷, definía tales medios ordinarios como «lazos de humanidad, o de caridad y amistad». «No cabe duda —escribía— de que Dios no nos atrae con cadenas de hierro, como a los toros y a los búfalos, sino mediante invitaciones, dulces encantos y santas inspiraciones, que son los *lazos de Adán y de la humanidad*, es decir, los propios y convenientes al corazón humano, que naturalmente está dotado de libertad»⁵⁸. Es a través de estos lazos que Dios ha sacado a su pueblo de la esclavitud, enseñándole a caminar, llevándolo de la mano, como hace un papá o una mamá con el propio hijo. Por consiguiente, ninguna imposición externa, ninguna fuerza despótica y arbitraria, ninguna violencia. Más bien, la forma persuasiva de una invitación que deja intacta la libertad del hombre. «La gracia —proseguía, pensando ciertamente en tantas historias de vida que había conocido— tiene fuerza, no para obligar, sino para atraer el corazón; ejerce una santa violencia, no para vulnerar, sino para enamorar nuestra libertad; obra fuertemente, mas con suavidad tan admirable, que nuestra voluntad no queda agobiada bajo tan poderosa acción; nos presiona, pero no sofoca nuestra libertad. Así, pues, en medio de toda su fuerza, podemos consentir o resistir a sus impulsos, según nos place»⁵⁹.

Poco antes había bosquejado dicha relación utilizando el curioso ejemplo del “ápodo”: «Hay cierta clase de pájaros, oh Teótimo, a los cuales Aristóteles llama “ápodos”, esto es, sin pies, porque, teniendo las piernas extremadamente cortas y los pies sin fuerza, no les sirven más que si realmente no los tuvieran. Por donde sucede que, si una vez caen a tierra, permanecen como clavados en ella, sin que puedan nunca por sí mismos recobrar el vuelo, porque, no pudiéndose valer de sus piernas ni de sus pies, no tienen medio ninguno para tomar impulso y lanzarse de nuevo al aire. Así, quedan allí inmóviles y hasta llegan a morir, si el viento propicio a su impotencia, soplando fuertemente sobre la faz de la tierra, no viene a arrebatarnos y levantarlos, como hace con otras cosas; porque entonces, si empleando ellos sus alas, corresponden a este impulso y primer vuelo que el viento les da, el mismo viento continúa ayudándoles, impeliéndoles cada vez más a volar»⁶⁰. Así es el hombre: hecho por Dios para volar y desplegar todas sus potencialidades en la llamada al amor, corre el riesgo de volverse incapaz de levantar el vuelo cuando cae a tierra y no acepta volver a abrir las alas a la brisa del Espíritu.

Esta es, pues, la “forma” a través de la cual la gracia de Dios se concede a los hombres: la de los preciosos y muy humanos vínculos de Adán. La fuerza de Dios no deja de ser absolutamente capaz de restablecer el vuelo y, sin embargo, su dulzura hace que la libertad de consentimiento no sea violada o inútil. Corresponde al hombre levantarse o no levantarse. Aunque la gracia lo haya tocado para despertarlo, sin él, esta no quiere que el hombre se levante sin su consentimiento. De esa manera obtiene su reflexión conclusiva: «Las inspiraciones, oh Teótimo, nos previenen, y antes de que hayamos pensado en ellas, experimentamos su presencia, mas después de haberlas sentido, a nosotros toca consentir, secundándolas y siguiendo sus impulsos, o disentir y rechazarlas: ellas se hacen sentir en nosotros y sin nosotros, pero no obtienen el consentimiento sin nosotros»⁶¹. Por lo tanto, la relación con Dios se trata siempre de una experiencia de gratuidad que manifiesta la profundidad del amor del Padre.

Ahora bien, esta gracia nunca hace al hombre pasivo, sino que lleva a comprender que estamos precedidos radicalmente por el amor de Dios, y que su primer don consiste precisamente en haber recibido su mismo amor. Pero cada uno tiene el deber de cooperar en su propia realización, desplegando con confianza las propias alas a la brisa de Dios. Aquí vemos un aspecto importante de nuestra vocación humana: «El mandato de Dios a

⁵⁶ S. Francisco de Sales, *Traité de l'amour de Dieu*, II, 12, ed. Ravier – Devos, París 1969, 444.

⁵⁷ «Con afecto humano [Vulg.: *in funiculis Adam*], con lazos de amor los atraía. Fui para ellos como quien alza a un niño hasta sus mejillas y se inclina hacia él para darle de comer».

⁵⁸ S. Francisco de Sales, *Traité de l'amour de Dieu*, II, 12, ed. Ravier – Devos, París 1969, 444.

⁵⁹ *Ibid.*, II, 12, 444-445.

⁶⁰ *Ibid.*, II, 9, 434.

⁶¹ *Ibid.*, II, 12, 446.

Adán y Eva en el relato del Génesis es ser fecundos. La humanidad ha recibido el mandato de cambiar, construir y dominar la creación en el sentido positivo de crear desde y con ella. Entonces, el futuro no depende de un mecanismo invisible en el que los humanos son espectadores pasivos. No, somos protagonistas, somos —forzando la palabra— *cocreadores*»⁶². Francisco de Sales lo comprendió bien y trató de transmitirlo en su ministerio de guía espiritual.

La verdadera devoción

Una segunda y gran decisión crucial fue la de haberse centrado en la cuestión de la devoción. También en este caso, el nuevo cambio de época había formulado no pocos interrogantes, tal como ocurre en nuestros días. Dos aspectos en particular requieren que sean comprendidos y revitalizados también hoy. El primero se refiere a la idea misma de devoción, el segundo, a su carácter universal y popular. Indicar, ante todo, qué se entiende por devoción es la primera consideración que encontramos al comienzo de *Filotea*: «Es necesario que conozcas, desde el principio, en qué consiste la virtud de la devoción, pues son numerosas las devociones falsas e inútiles y sólo hay una verdadera, que, si no la conoces, podrías sufrir engaño determinándote a seguir alguna devoción inconveniente y supersticiosa»⁶³.

La descripción de Francisco de Sales acerca de la falsa devoción, en la que no nos es difícil reconocernos, es amena y siempre actual, sin dejar fuera una pizca eficaz de sano sentido del humor: «El que se siente inclinado a ayunar se considerará muy devoto si no come, aunque su corazón esté lleno de rencor; y mientras por sobriedad no se atreve a mojar su lengua, no digo en vino, pero ni siquiera en agua, no temerá teñirla en la sangre del prójimo mediante maledicencias y calumnias. Otro se creará devoto porque reza diariamente un sinnúmero de oraciones, aunque después su lengua se desate de continuo en palabras insolentes, arrogantes e injuriosas contra sus familiares y vecinos. Algún otro abrirá su bolsa de buena gana para distribuir limosnas entre los pobres, pero no es capaz de sacar dulzura de su corazón perdonando a sus enemigos. Aquel perdonará a sus enemigos, pero no saldrá sus deudas si no es apremiado por la justicia»⁶⁴. Evidentemente, son los vicios y las dificultades de siempre, también de hoy, por lo que el santo concluye: «Todos estos son tenidos vulgarmente por devotos; nombre que de ninguna manera merecen»⁶⁵.

En cambio, la novedad y la verdad de la devoción se encuentran en otro lado, en una raíz profundamente unida a la vida divina en nosotros. De ese modo «la devoción viva y verdadera [...] presupone el amor de Dios; mejor dicho, no es otra cosa que el verdadero amor de Dios, y no un amor cualquiera»⁶⁶. En su ferviente imaginación la devoción no es más que, «en resumen, una agilidad o viveza espiritual por cuyo medio la caridad actúa en nosotros y nosotros actuamos en ella con prontitud y alegría»⁶⁷. Por eso no se coloca junto a la caridad, sino que es una de sus manifestaciones y, al mismo tiempo, conduce a ella. Es como una llama con respecto al fuego: reaviva su intensidad, sin cambiar su naturaleza. «En conclusión, se puede decir que entre la caridad y la devoción no existe mayor diferencia que entre la llama y el fuego; siendo la caridad fuego espiritual, cuando está bien inflamada, se llama devoción; así que la devoción nada añade al fuego de la caridad fuera de la llama que la hace pronta, activa, diligente, no sólo en la observancia de los mandamientos, sino también en el ejercicio de los consejos e inspiraciones

⁶² *Soñemos juntos. El camino a un futuro mejor*, Conversaciones con Austen Ivereigh, Simon & Schuster, Nueva York 2020, 4.

⁶³ S. Francisco de Sales, *Introduction à la vie dévote*, I, 1, ed. Ravier – Devos, París 1969, 31.

⁶⁴ *Ibid.*, 31-32.

⁶⁵ *Ibid.*, 32.

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ *Ibid.*

celestiales»⁶⁸. Una devoción así entendida no tiene nada de abstracto. Es, más bien, un estilo de vida, un modo de ser en lo concreto de la existencia cotidiana. Esta recoge e interpreta las pequeñas cosas de cada día, la comida y el vestido, el trabajo y el descanso, el amor y la descendencia, la atención a las obligaciones profesionales; en síntesis, ilumina la vocación de cada uno.

Aquí se intuye la raíz popular de la devoción, afirmada desde las primeras líneas de *Filotea*: «Casi todos los que hasta ahora han tratado de la devoción, se han dirigido a los que viven alejados de este mundo o, por lo menos, han trazado caminos que empujan a un absoluto retiro. Mi intención es instruir a los que viven en las ciudades, con sus familias, en la corte y, por su condición, están obligados, por las conveniencias sociales, a vivir en medio de los demás»⁶⁹. Es por ello que está muy equivocado quien piensa en relegar la devoción a algún ámbito protegido o reservado. Esta es, más bien, de todos y para todos, dondequiera que estemos, y cada uno la puede practicar según la propia vocación. Como escribía san Pablo VI en el cuarto centenario del nacimiento de Francisco de Sales, «la santidad no es prerrogativa de una clase o de otra; sino que a todos los cristianos se les dirige esta invitación apremiante: “¡Amigo, siéntate en un lugar más destacado!” (Lc14,10); todos están vinculados por el deber de subir al monte de Dios, aunque no todos por el mismo camino. “La devoción se ha de ejercitar de diversas maneras, según que se trate de una persona noble o de un obrero, de un criado o de un príncipe, de una viuda o de una joven soltera, o bien de una mujer casada. Más aún: la devoción se ha de practicar de un modo acomodado a las fuerzas, negocios y ocupaciones particulares de cada uno”»⁷⁰. Recorrer la ciudad secular manteniendo la interioridad y conjugar el deseo de perfección con cada estado de vida, volviendo a encontrar un centro que no se separa del mundo, sino que enseña a habitarlo, a apreciarlo, aprendiendo también a tomar de él una justa distancia; ese era el propósito del santo, y sigue siendo una valiosa lección para cada mujer y hombre de nuestro tiempo.

Este es el tema conciliar de la vocación universal a la santidad: «Todos los fieles, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre celestial»⁷¹. “Cada uno por su camino”. «Entonces, no se trata de desalentarse cuando uno contempla modelos de santidad que le parecen inalcanzables»⁷². La madre Iglesia no nos los propone para que intentemos copiarlos, sino para que nos alienten a caminar por la senda única y particular que el Señor ha pensado para nosotros. «Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él (cf. 1 Cor12,7)»⁷³.

El éxtasis de la vida

Todo ello condujo al santo obispo a considerar la vida cristiana en su totalidad como «el éxtasis de la obra y de la vida»⁷⁴. Pero no hay que confundirla con una fuga fácil o una retirada intimista, mucho menos con una obediencia triste y gris. Sabemos que este peligro siempre está presente en la vida de fe. En efecto, «hay cristianos cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua. [...] Comprendo a las personas que tienden a la tristeza por las graves dificultades que tienen que sufrir, pero poco a poco hay que

⁶⁸ *Ibid.*, 33.

⁶⁹ *Ibid.*, *Préface*, ed. Ravier – Devos, París 1969, 23.

⁷⁰ Epíst. ap. *Sabaudiae gemma*, en el IV centenario del nacimiento de san Francisco de Sales, doctor de la Iglesia (29 enero 1967): AA559 (1967), 119.

⁷¹ Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 11.

⁷² Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 11: AAS110 (2018), 1114.

⁷³ *Ibid.*

⁷⁴ S. Francisco de Sales, *Traité de l'amour de Dieu*, VII, 6, ed. Ravier – Devos, París 1969, 682.

permitir que la alegría de la fe comience a despertarse, como una secreta pero firme confianza, aun en medio de las peores angustias»⁷⁵.

Permitir que se despierte la alegría es precisamente lo que expresa Francisco de Sales al describir “el éxtasis de la obra y de la vida”. Gracias a ella «no sólo llevamos una vida civil, honesta y cristiana, sino también una vida sobrehumana, espiritual, devota y extática, es decir, una vida, bajo todos los conceptos, fuera y por encima de nuestra condición natural»⁷⁶. Nos encontramos aquí en las páginas centrales y más luminosas del *Tratado*. El éxtasis es el desbordamiento feliz de la vida cristiana, lanzada más allá de la mediocridad de la mera observancia: «No robar, no mentir, no cometer actos lujuriosos, orar a Dios, no jurar en vano, amar y honrar a los padres, no matar; todo esto es vivir según la razón natural del hombre. Mas dejar todos nuestros bienes, amar la pobreza, buscarla y estimarla como la más deliciosa señora, tener los oprobios, desprecios, humillaciones, persecuciones y martirios por felicidad y dicha, contenerse en los términos de una absoluta castidad, y, en fin, vivir en medio del mundo y en esta vida mortal en oposición a todas las opiniones y máximas mundanas y contra la corriente del río de esta vida, con habitual resignación, renunciaciones y abnegaciones de nosotros mismos, todo esto no es vivir humana, sino sobrehumanamente; no es vivir en nosotros, sino fuera de nosotros y sobre nosotros. Y porque nadie puede salir de este modo sobre sí mismo si el Padre Eterno no le atrae, por eso este género de vida debe ser un raptos continuo y un éxtasis perpetuo de acción y de operación»⁷⁷.

Es una vida que, ante toda aridez y frente a la tentación de replegarse sobre sí, ha encontrado nuevamente la fuente de la alegría. En efecto, «el gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida»⁷⁸.

A la descripción del “éxtasis de la obra y de la vida”, san Francisco añade dos observaciones importantes, válidas también para nuestro tiempo. La primera se refiere a un criterio eficaz para el discernimiento de la verdad de ese mismo estilo de vida y la segunda a su origen profundo. En cuanto al criterio de discernimiento, él afirma que, si por un lado dicho éxtasis comporta un auténtico salir de sí mismo, por otro lado, no significa un abandono de la vida. Es importante no olvidarlo nunca, para evitar peligrosas desviaciones. En otras palabras, quien presume de elevarse hacia Dios, pero no vive la caridad para con el prójimo, se engaña a sí mismo y a los demás.

Volvemos a encontrar aquí el mismo criterio que él aplicaba a la calidad de la verdadera devoción. «Cuando se ve a una persona que en la oración tiene raptos por los cuales sale y sube encima de sí misma hasta Dios, y, sin embargo, no tiene éxtasis en su vida, esto es, no lleva una vida elevada y unida a Dios, [...] sobre todo, por medio de una continua caridad, creedme que todos estos raptos son grandemente dudosos y peligrosos». Su conclusión es muy eficaz: «Estar sobre sí mismo en la oración y bajo sí mismo en las obras y en la vida, ser angélico en la meditación y bestial en la conversación [...] es una señal cierta de que tales raptos y tales éxtasis no son más que ardides y engaños del espíritu maligno»⁷⁹. Se trata, en definitiva, de lo que ya recordaba Pablo a los corintios en el himno a la caridad: «Aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres

⁷⁵ Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013),6: AAS105 (2013), 1021-1022.

⁷⁶ S. Francisco de Sales, *Traité de l'amour de Dieu*, VII, 6, ed. Ravier – Devos, París 1969, 682-683.

⁷⁷ *Ibid.*, 683.

⁷⁸ Exhort. ap. *Evangelii gaudium*,2: AAS105 (2013), 1019-1020.

⁷⁹ S. Francisco de Sales, *Traité de l'amour de Dieu*, VII, 7, ed. Ravier – Devos, París 1969, 685.

y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada» (1 Co 13,2-3).

Por tanto, para san Francisco de Sales la vida cristiana nunca está exenta de éxtasis y, sin embargo, el éxtasis no es auténtico sin la vida. En efecto, la vida sin éxtasis corre el riesgo de reducirse a una obediencia opaca, a un Evangelio que ha olvidado su alegría. Por otra parte, el éxtasis sin la vida se expone fácilmente a la ilusión y al engaño del Maligno. Las grandes polaridades de la vida cristiana no se pueden resolver la una en la otra. En todo caso, una mantiene a la otra en su autenticidad. De ese modo, la verdad no es tal sin justicia; la satisfacción, sin responsabilidad; la espontaneidad, sin ley; y viceversa.

Por otra parte, en cuanto al origen profundo de este éxtasis, él lo vincula sabiamente al amor manifestado por el Hijo encarnado. Si, por un lado, es verdad que «el amor es el primer acto y el principio de nuestra vida devota o espiritual por el cual vivimos, sentimos y nos movemos» y, por otro lado, que «nuestra vida espiritual consiste toda en nuestros movimientos afectivos», está claro que «un corazón que no tiene afecto, no tiene amor», como también que «un corazón que tiene amor, no puede estar sin movimiento afectivo»⁸⁰. Pero el origen de este amor que atrae el corazón es la vida de Jesucristo: «Nada urge y aprieta tanto al corazón del hombre como el amor», y el culmen de dicha urgencia es que «Jesucristo murió por nosotros, nos ha dado la vida con su muerte. Nosotros sólo vivimos porque Él murió; murió por nosotros, para nosotros y en nosotros»⁸¹.

Es conmovedora esta indicación que, más allá de una visión iluminada y no evidente de la relación entre Dios y el hombre, manifiesta el estrecho vínculo afectivo que unía al santo obispo con el Señor Jesús. La verdad del éxtasis de la vida y de la acción no es genérica, sino que se manifiesta según la forma de la caridad de Cristo, que culmina en la cruz. Este amor no anula la existencia, sino que la hace brillar de una manera extraordinaria.

Es por ello que, con una imagen muy hermosa, san Francisco de Sales describía el Calvario como «el monte de los amantes»⁸². Allí, y sólo allí, se comprende que «no se puede tener la vida sin el amor, ni el amor sin la muerte del Redentor; mas, fuera de allí, todo es o muerte eterna o amor eterno, y toda la sabiduría cristiana consiste en elegir bien»⁸³. De esta manera puede cerrar su *Tratado* remitiendo a la conclusión de un discurso de san Agustín sobre la caridad: «¿Qué hay más fiel que el amor, no al servicio de la vanidad, sino de la eternidad? En efecto, tolera todo en la vida presente, porque cree todo lo referente a la vida futura, y sufre todo lo que aquí le sobreviene, porque espera todo lo que allí se le promete; con razón nunca desfallece. Así, pues, perseguid el amor y, pensando devotamente en él, aportad frutos de justicia. Y cualquier alabanza que vosotros hayáis encontrado más exuberante de lo que yo haya podido decir, muéstrase en vuestras costumbres»⁸⁴.

Esto es lo que nos deja ver la vida del santo obispo de Annecy, y que se nos entrega nuevamente a cada uno. Que la celebración del cuarto centenario de su nacimiento al cielo nos ayude a hacer de ello devota memoria; y que, por su intercesión, el Señor infunda con abundancia los dones del Espíritu en el camino del santo Pueblo fiel de Dios.

⁸⁰ *Ibíd.*, 684.

⁸¹ *Ibíd.*, VII, 8,687.688.

⁸² *Ibíd.*, XII, 13, 971.

⁸³ *Ibíd.*

⁸⁴ *Discursos*, 350, 3:PL39, 1535.

Qué cristianismo crea futuro⁸⁵

Cristina Inogés

En su libro *La justicia crea futuro*⁸⁶, dice Moltman: *Las personas conservadoras no tienen futuro, porque están incapacitadas para el cambio. Desean que todo permanezca tal como está para ellos [...] Pero quien solo desea prolongar su presente en su futuro pierde las nuevas posibilidades que el futuro le ofrece, ahogando, junto con esas posibilidades, el propio futuro.*

Esta cita, que no se refiere directamente al cristianismo, me hizo pensar mucho cuando la leí hace ya muchos años. Y, al empezar a preparar esta ponencia, me venía constantemente a la mente.

*La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años*⁸⁷.

Francisco nos invita a la alegría del cambio, a no tener miedo porque la guía del cristiano, que es el evangelio, es una guía alegre.

Introducción

¿Somos los últimos cristianos? Se preguntaba en 1997, Jean Marie Roger Tillard, op, en una conferencia pronunciada durante su participación en un congreso en el colegio Universitario Dominicano de Ottawa⁸⁸. ¿Podemos seguir hoy formulando esa misma pregunta?

Saber claramente qué cristianismo crea futuro, sería tener una clave, mejor dicho *la* clave con la solución a muchos problemas que tenemos ahora. Esa clave no la tengo, pero sí

⁸⁵ Intervención en la XXXIII Semana de Teología Pastoral del Instituto de Teología Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid.

⁸⁶ Moltman, J., *La justicia crea futuro. Política de paz y ética de la creación en un mundo amenazado*, Sal Terrae, Santander 1992, p. 12.

⁸⁷ Francisco, Exhortación apostólica, *Evangelii Gaudium*, n. 1.

⁸⁸ Cfr. <https://archive.org/details/sommesnouslesder0000till> En este enlace puede consultarse y descargarse el texto.

tengo claro que el cristianismo que crea futuro deberá ser un cristianismo cada vez más “des-eclesializado” -al menos mientras tengamos y seamos esta Iglesia actual-, porque la Iglesia con su estructura de difícil dominio, su visión narcisista de sí misma como meta y no camino, que es lo que siempre debió ser, ha terminado por ahogar la frescura, la fuerza subversiva y transgresora del cristianismo original.

Cuando se pasa y emplea mucho tiempo hablando con personas de toda clase, se ve claramente que ni Dios, ni el evangelio son los problemas para creer. El problema es la Iglesia, esta forma de Iglesia que tenemos ahora. E insisto en resaltar, como suelo hacer siempre, que Iglesia somos todos.

Hay una evidente sed de Dios, hay muchas personas por el mundo que creen y no saben que creen y, sí, hay muchas personas que directamente no creen y otras que creen y siguen su camino en la Iglesia. Y también hay muchísimas personas que creen, que se han tomado una suerte de respiro eclesial porque, como decía Moltmann, *cuando la comunidad ahoga a las personas, entonces es mejor separarse de ella, pues donde no puede desarrollarse en libertad, tampoco hay verdadera comunión*. Separarse, no significa abandonar la Iglesia, la comunidad, ni siquiera muchas veces es salir físicamente, sino separarse del centro eclesiástico y quedarse un tiempo “fuera del foco”, pero no fuera de la luz del Espíritu.

Muchos de nuestros contemporáneos se preguntan hoy por el futuro del cristianismo. Los números que lo acompañan no dan para ser optimistas, al menos en Occidente. Por nuestras coordenadas europeas, crece el número de los “sin religión”, especialmente en Francia, Alemania, y España.

Que estamos en un cambio de época es innegable y el cristianismo está en un momento de “evolución histórica” de considerables dimensiones que, podría apuntar hacia indicios positivos, si nos preocupásemos más de qué hemos hecho, nosotros cristianos, con el cristianismo, en lugar de estar buscando siempre a los culpables por otros lugares.

El hecho de ser más o menos numerosos los cristianos confesos en este momento, debería ser lo último que nos preocupara ya que, al acercarnos al evangelio, cuando Jesús busca algo con lo que comparar el reino de Dios, siempre acude a lo más pequeño para mostrar lo que es más grande, a lo más humilde para alejarlo del peligro del poder, y a lo menos numeroso para manifestar que la cantidad no es importante.

Una cosa es segura, el cristianismo que sea el que vaya a construir futuro, tendrá que sustituir el modelo de confrontación e imposición por el de la cooperación y la complementariedad. Ya no estamos en un mundo que admita lo que hasta hace relativamente poco tiempo no se cuestionaba, ahora no podemos ofrecer lenguajes, metáforas, e imágenes de siglos pasados o, si quiera, que reflejen opresión⁸⁹. Soy consciente de que esto no es el cristianismo, sin embargo, en buena medida, en eso lo hemos transformado.

Estamos llamados a explorar, sin miedo y sin dramatismo, nuevas vías porque el cristianismo se encuentra hoy caminando en una civilización distinta de aquella en la que nació. Si la Revolución Francesa supuso ya un gran cambio en la sociedad donde había que ser cristiano, la revolución industrial y la revolución informática han pisado el acelerador de tal forma que la transformación del mundo nos ha hecho evolucionar más en estos últimos años, de lo que lo había hecho en muchos siglos precedentes. Y el cristianismo tiene que evolucionar para hacerse entender, para llamar la atención, para crear curiosidad en esa nueva realidad porque en ella debe vivir.

⁸⁹ McFague, S., *Modelos de Dios. Teología para una era ecológica y nuclear*, Sal Terrae, Santander 1994, 12.

El futuro del cristianismo está, sin la más mínima duda, al servicio de un mundo que se busca a sí mismo. La misión sigue siendo la de llevar la Buena Noticia y estamos en tiempo de discernimiento. Evidentemente no es por la institución por donde habrá que empezar, sino por la conversión de cada uno de los que queremos formar parte de la comunidad de Jesús y mantener una relación interior viva, vitalista, y transformante con él.

Benedicto XVI, escribió en la Carta encíclica *Deus caritas est que no se empieza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, una Persona, que da horizonte a la vida y con ello, una orientación decisiva*. Pues bien, para que ese encuentro pueda darse como tal, hay que dar el paso de un cristianismo transmitido de generación en generación, porque era lo habitual y, además de forma pasiva, a un cristianismo que implica una fe de libre elección que marca la pertenencia de forma totalmente libre y activa.

La fidelidad a la tradición recibida requiere creatividad porque la fidelidad que exige cambiar a lo largo de la vida, también requiere interés y cada vez un más profundo conocimiento de lo humano en el hombre para un ejercicio de adaptación permanente.

¿Qué futuro dejaremos a las generaciones venideras? Ninguno. Porque nuestro futuro será su presente y ellos tendrán su futuro, no el nuestro. Y ese futuro, el de cada uno, estará construido desde nuestra propia relación con Dios, desde y solo desde la Palabra. Porque el cristianismo que se vive o vivirá en comunidad, tiene un paso previo que, casi hemos olvidado: la relación personal y directa con Dios. Porque personal no significa individual y solitaria.

1. Reconocer y aceptar la realidad

a. Creo en Dios, pero...

Hay que empezar por reconocer y aceptar una realidad que pocos quieren ver en este momento y que, no mirarla, no hace que desaparezca.

Esa realidad es que, en este momento, hay más cristianos al menos en Occidente, fuera de la Iglesia y viviendo como cristianos, que dentro de ella. Estos cristianos no responden a la idea de “creo en Dios pero no en la Iglesia”. No, no es eso. Son cristianos de una fe cristiana profunda, una vivencia espiritual cristiana honda, y un compromiso cristiano en el servicio al prójimo tan intenso como silencioso. Lo que sucede es que ya casi no reconocen el cristianismo dentro de la que ha sido y, con toda seguridad, sigue siendo su casa, la Iglesia.

Esos cristianos, que no se han alejado de la práctica evangélica, siguen viviendo su cristianismo bajo formas que se empiezan a experimentar, que nos pueden ayudar a ver por dónde deberíamos plantearnos una evolución de la forma de exponer y transmitir ese cristianismo que, a fuerza de estar metido en normas, y leyes ajenas a él, ha perdido la frescura de su origen que, por otra parte, permanece en el evangelio.

b. Ni La opción benedictina⁹⁰, ni Dios no mola⁹¹

Dejo claro que no tengo nada en contra de estos dos libros ni de sus autores, y mucho menos de la propuesta de vida benedictina. Sin embargo, sí me preocupa un poco el

⁹⁰ Dreher, R., *La opción benedictina*, Ed. Encuentro, Madrid 2018

⁹¹ Lehner, U.L., *Dios no mola*, Homo Legens, Madrid 2019

desenlace que dan a las tesis que van planteando a lo largo de sus respectivos libros. Porque no podemos vivir siempre a la defensiva y, mucho menos, creando para vivir reductos apartados, llamémosles comunidad o como queramos. Y, tampoco, podemos ir de confesión en confesión como si viviéramos en un permanente ensayo y error hasta acabar dando con aquello que se acomoda a lo que a *mí* me gusta para vivir *mi* cristianismo. Esto no quiere decir que el cristianismo no tenga acentos que se puedan resaltar porque el cristianismo no es un monolito y es capaz de vivir en culturas y realidades muy diferentes⁹².

En la publicidad del primer libro al que hago referencia, *La opción benedictina*, leemos que *En un mundo como el actual, que sería semejante a aquel que vio el fin del Imperio romano con la llegada de los bárbaros, es necesario actuar del mismo modo que lo hizo en su día san Benito de Nursia al alejarse de Roma y dedicarse a, en palabras del filósofo Alasdair MacIntyre, «la construcción de nuevas formas de comunidad dentro de las cuales pudiera continuar la vida moral, de tal modo que moralidad y civilidad sobrevivieran a las épocas de barbarie y oscuridad que se avecinaban».*

En la publicidad del segundo libro, *Dios no mola*, leemos que *el teólogo alemán Ulrich L. Lehner se rebela contra esta imagen del Dios buenecito, guay, molón, y moderado de la posmodernidad, y reivindica el Dios verdadero de la Biblia; frente al Dios buenecito de los manuales de autoayuda, reivindica el Dios paradójico –iracundo y misericordioso al tiempo– del catolicismo; frente al Dios que nos recompensa por nuestros méritos, reivindica el Dios amoroso que nos ofrece el regalo inmerecido de la gracia; frente al Dios moralista, reivindica el Dios que nos saca de nuestro ámbito de comodidad y nos llama a la aventura, transformándonos.*

El segundo libro, sin campaña publicitaria alguna, pasó muy desapercibido; el primero, en cambio, con una excelente campaña publicitaria y de presentaciones a cargo de determinadas instituciones, gozó de gran aceptación. Pero, ni lo que cuenta el primero, ni el Dios de la autoayuda del segundo es el Dios que se dibuja y vive en todo el ámbito cristiano, tan diverso cultural como religiosamente hablando, ni ayudan a dibujar un futuro para el cristianismo porque, en ambos casos, asistimos a un replegarnos sobre nosotros mismos, al estilo de los cuarteles de invierno de las legiones romanas, en la creencia de que ya pasará la tormenta y, cuando el cielo vuelva a ser azul, podremos o bien volver a vivir lo de antes, o bien reinventarnos de alguna manera.

Sinceramente, creo que no es el camino para el futuro, como tampoco creo que cualquier tiempo pasado fuera mejor. Era el tiempo, la realidad, la sociedad, y el mundo que existía. Nada más. Lo malo es que hemos dado y damos demasiadas cosas por hechas, como si otro panorama nunca fuera a ser posible, sin embargo, la vida y la historia nos muestran que fijo y seguro en la vida hay poco.

¿Se imagina alguien a san Agustín pensando que el cristianismo y la Iglesia desaparecerían del norte de África? Él nunca se hizo ese planteamiento porque no cabía en su visión. Sin embargo, hoy en día, en el norte de África, ambas presencias son residuales, muy testimoniales por quienes allí viven su cristianismo, pero sumamente minoritarias. Y que el cristianismo haya desaparecido de esa zona, no significa que el cristianismo haya desaparecido del todo, ni en todo el mundo. Y mucho menos que vaya a desaparecer. Pese a todo, el mapa del cristianismo, cambiará.

2. Qué resetear del cristianismo

Cuando digo resetear, me refiero a recuperar, o a intentarlo al menos, el cristianismo como forma de vida que, en el origen del Maestro que nos lo enseñó, Jesús de Nazaret,

⁹² Solo hay que fijarse en la diversidad de vivencias que nos presenta Pablo en sus cartas

no tenía estructura religiosa alguna. Eso vino muy poco después con Pablo. A nosotros nos va a tocar repensar y resetear algunas cuestiones que tenemos oxidadas y, asumir que la tradicional mistagogía⁹³ no nos va a servir mucho porque ahora, la mayoría de las personas se mueve en el campo de las emociones y, las emociones requieren experiencias y no doctrinas.

a. La empatía

Con Victor Frankl, maestro antropológico donde los haya, de la búsqueda del sentido, repensamos la “empatía” que es el arte de habitar lo que la otra persona siente y padece, o siente y se alegra, de su mundo interior. La empatía, como deseo de verdadero encuentro, se presenta como promesa de salvación: la otra persona en lo bueno o en lo malo que esté viviendo, sabe que no está sola. Saberse amado, querido, respetado, escuchado sin mérito previo alguno, permite acariciar lo que “habitados de amor” genera de movimiento positivo en la persona⁹⁴. Empatizar, aunque no lo parezca en un principio, es el inicio de un proceso de humanización para ambas partes.

Empatizar es una de las formas de acariciar el alma más sutiles, y a la vez evidentes que podemos manifestar como cristianos. En un mundo cada vez más individualista y egocéntrico, dedicar tiempo sin tiempo a alguien, es decir, sin límites, es una gran apuesta y, en algunas ocasiones, la prueba de fuego a superar.

Como cristianos anteponeamos muchas consideraciones a lo que es sencillamente ponerse en el lugar de otra persona. Jesús, en el evangelio no realiza preguntas angustiosas, ni hace previas investigaciones. Está a la escucha, sencillamente y, desde esa escucha se mete en la piel de esa persona. Nuestra autobiografía cristiana es una historia de piel y tacto. De la forma en que tocamos a los demás, desde la forma en que fuimos tocados por el Creador. En definitiva, de la forma en que abrazamos. ¿Qué es un abrazo? Un lugar que aún no existía y que juntos encontramos y creamos⁹⁵.

b. La contemplación

Nosotros somos occidentales y, como me dijo un monje budista no hace mucho: para vosotros, occidentales, no hay camino religioso que no pase por el cristianismo. Y añadió algo que me hizo pensar. Dijo: Sería interesante que el cristianismo reflexionara sobre las razones que llevan a muchas personas a fijarse y practicar formas de meditación oriental, totalmente ajenas a vuestra cultura, cuando vosotros tenéis elementos en vuestro cristianismo y personas que podrían enseñar técnicas, formas, y sobre todo, la profundidad de la meditación y la contemplación.

Muy probablemente tengamos que ponernos manos a la obra y resetear también nuestra contemplación y meditación porque es una dimensión de la oración que perdimos en el siglo XVII y, parece ser, que es algo que muchos cristianos echan en falta.

Necesitamos un cristianismo que, poco a poco deje emerger a la Verdad, una Verdad que se muestra en un continuo desvelamiento... No me refiero al desvelamiento que se

⁹³ Iniciación al Misterio a través de enseñanzas orales, mitos y ritos, todo ello encaminado a transformar el estatuto religioso y existencial del que se inicia. Al final del proceso, el neófito goza de un estatuto totalmente diferente del comienzo, pues se ha transformado en otro. Cfr. Mircea, E., *Naissances mystiques*, Gallimard, París 1959

⁹⁴ Monteiro, A. P. en Inogés, C., *Susurros de pasión y ternura*, San Pablo, 2023 Madrid, prólogo.

⁹⁵ Toda una reflexión en este sentido la encontramos en Tolentino Mendonça, J., *A Mística do instante*, Ed. Paulinas, Lisboa, 2014.

produce en el misticismo de los éxtasis y los arrobamientos, me refiero al que transforma la vida tras el encuentro con Cristo resucitado.

Decía al principio que el cristianismo está en un momento de “evolución histórica”. Evolucionar no significa generar algo nuevo, es sencillamente, crecer en la dirección adecuada. Lo mismo que nosotros somos fruto de una evolución querida por Dios en la creación, el cristianismo tiene que evolucionar para hacerse visible en el mundo que vive. Esa evolución, por ejemplo, deberá verse en la forma en la que transmitimos lo esencial del cristianismo y que no responde ya a lo que el catecismo nos dice como respuestas inamovibles. Evolucionar es reformar, y reformar supone la conversión a nuevas formas de anunciar el mensaje originario de Jesús, formas que, de ningún modo tenemos exploradas.

El cristianismo que crea futuro debe ser un cristianismo que favorezca el paso a creyentes maduros en la fe, capaces de arriesgar, de plantearse muchos por qué, para qué, de qué, cómo... Sabiendo que no todo va a tener respuesta.

Por eso la verdad se muestra en un continuo desvelamiento, desde una contemplación que no abandona la cotidianidad de la vida, ni entra en un éxtasis de adoración y música celestial. Tiene que ser una contemplación que nos embarre las manos, los pies y me atrevería a decir que hasta el alma y que, a la vez, nos ilumine el camino por el que marchemos. Y, de paso, si aprendiéramos a valorar y escuchar lo mucho que tiene que decir la vida contemplativa cristiana, representada por esos miles de mujeres y hombres a los que parece que solo recordamos el Día de la Jornada Pro Orantibus, tal vez nos sorprendiera el descubrimiento. Pero, para que eso suceda, hay que dejar hablar a la vida contemplativa que tiene mucho que enseñarnos.

c. La libertad

Contaba Simone Weil que *había dos presos en celdas contiguas, que se comunicaban entre sí dando golpecitos en la pared. La pared es lo que los separa, pero también es lo que les permite comunicarse entre sí. Lo mismo vale para nosotros y Dios. Toda separación es un vínculo*⁹⁶.

Al principio de esta intervención decía que no podemos ofrecer de cara al futuro un cristianismo con lenguajes, metáforas, e imágenes de siglos pasados o, si quiera, que reflejen opresión. Tenemos que estar muy atentos a esas separaciones que hemos juzgado definitivas porque como dice Weil, toda separación es un vínculo abierto a la posibilidad de un cambio.

Para eso hay que sentirse cristianos libres, lo que no significa ir cada uno por un lado, sino ser coherentes con la vida evangélica frente a la vida cuadrículada de preceptos y normas, de leyes y tradiciones que pudieron tener su valor en su día y que, sin embargo, ahora como mucho resultan sorprendentes y no para bien.

Es la libertad de saber que la única ley suprema es el evangelio; la libertad que nos permite tomar conciencia de que tenemos algo que decirle al mundo de hoy -cada uno de nosotros-. Es la libertad de decir que la vida conducida desde la compasión, es muy diferente a la que sea hecha guiada por preceptos sociales o meramente religiosos.

Si todos los cristianos fuésemos capaces de vivir haciendo realidad la compasión seríamos capaces hasta de descubrir, poco a poco, que el sentido bíblico de la compasión es una actitud a la que podemos invitar a todas las personas. Se trata de ser sensibles al

⁹⁶ Weil, S., *Cuadernos (1941-1943)* Cfr. [HTTPS://HEREDEROSDELKAOS.BLOGSPOT.COM/2015/02/SIMONE-WEIL-1909-1943-CUADERNOS-1941.HTML](https://herederosdelkaos.blogspot.com/2015/02/simone-weil-1909-1943-cuadernos-1941.html)

sufrimiento de los otros y es algo importante vivir para el ser humano en sí. Es algo propio de las tradiciones bíblicas e históricas para toda la humanidad.

Hay que ayudar a descubrir que, desde la libertad de haber decidido profesar el cristianismo, lo que nos separa del sufrimiento ajeno, es el vínculo que nos puede unir con quien sufre. Su dolor es nuestro dolor y la vía para comunicarnos con esas personas, para acercarnos a ellas, porque *lo que hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis*⁹⁷. Todos somos el samaritano y el hombre herido, por supuesto también los salteadores. Pero todo esto solo podemos vivirlo desde la libertad de saber que la única ley suprema es el evangelio, y este vivido para todos y especialmente para y con los más pobres.

d. La humildad

Reseteemos también la humildad. Jesús, con toda humildad aprendió que su misión era universal por boca de una mujer cananea⁹⁸, es decir, extranjera y pagana para los judíos, ¿le condicionó eso algo para su misión?

Toda la Escritura se refiere a un presente que se dirige al futuro: cómo has de vivir, actuar, enfrentarte a los retos diarios. Esto, no deja de ser eso que tanto decimos, y no sé si vivimos, de “leer los signos de los tiempos”. No hay nada en las palabras de Jesús de Nazareth que nos hagan volver la vista a la nostalgia de un pasado mejor, a las cebollas de Egipto...

La Palabra de Dios es viva y eficaz. Ayuda al ahora y al mañana y sí, lo hace conociendo la realidad de ser “la” Palabra, pero también sabiéndose una simple palabra para muchos y sin la tentación de imponerse. La Palabra es diálogo con “quien sabemos nos ama”, como decía Teresa de Jesús y ese diálogo con quien ama, es la pedagogía para saber hablar y dialogar con los otros. No somos menos, pero tampoco somos más que nadie.

Hay una película de hace ya algunos años, de esas de pura evasión, *Men in black* -Los hombres de negro- que, en un momento de cierta confidencialidad entre los dos protagonistas, uno le dice al otro: “el individuo piensa, la masa es ignorante”. Recuerdo esta frase porque cuando basamos nuestro día a día y, en consecuencia nuestro futuro, paso a paso, en la relación con Dios previa a la relación con los demás, somos individuo; cuando basamos nuestro día a día y, en consecuencia nuestro futuro, paso a paso en las doctrinas, en la poderosa razón de porque sí, porque siempre se ha hecho así, el peligro del control, de decidir por el otro, de creer que solo nosotros somos los conocedores del auténtico mensaje de Jesús está ahí y, entonces, somos masa. La humildad nos hace personas, la soberbia, masa.

En definitiva, debería ser algo tan sencillo como volver a aprender a lavar los pies porque, entre el gesto de Jesús de lavar los pies y nuestro hoy, en algún punto nos perdimos y es obligado encontrar el gesto y encontrarnos nosotros de nuevo con el gesto.

Solo desde el abajamiento que supone lavar los pies, es decir, mostrando esa poderosa imagen que, sin duda, suscitará la curiosidad, desde esa humildad en definitiva, podremos encarar la siguiente cuestión a resetear.

⁹⁷ Mt 25,40.

⁹⁸ Mt 15, 21-28.

e. El profetismo

En este punto puede venir en nuestra ayuda Christian Bobin, filósofo francés recientemente fallecido y, en cuya obra, podemos aprender lo que es ver la realidad con ojos transformados en la profundidad de la certeza que da la experiencia vivida, y en la sencillez de la vida. Porque ser profetas no es ir siempre y solamente clamando y gritando. Muchas veces el profetismo es voz tan susurrante como implacable.

Lo vivencial, eso que nos toca afrontar en cada etapa de la vida, se presenta en este momento como un reto siempre visto por los profetas de calamidades como un peligro. Por ejemplo, en este momento, muchos profetas de esas calamidades no hacen más que advertir sobre los peligros del laicismo y del secularismo, dentro de una modernización imparable. Sin embargo, el problema que tenemos los cristianos en ese escenario es cómo entendemos esas realidades y cómo las queremos vivir, es decir, queremos que esa realidad del laicismo y el secularismo nos lleve a vivir una privatización de la religión, o queremos un pluralismo.

Aquí es donde debe entrar en juego el profetismo, y nombrar a Christian Bobin no es citar a un autor que me gusta mucho, es citar a una voz profética susurrante, tranquila, e insistente que ayuda a pensar desde un profetismo diferente y que comprendió que el cristianismo que crea futuro tiene que entender que hay que empezar por el principio y eso supone, por encima de morales y doctrinas, dar a conocer el contenido de la fe que es Jesucristo. Hay que evangelizar, antes que adoctrinar⁹⁹. Hay que ser profetas y testigos sin miedo a ir contracorriente de lo establecido, de lo admitido, de lo aprobado y tolerado¹⁰⁰.

El miedo es innato al ser humano y el miedo, que es lo contrario a la fe en la biblia, nos impide crecer como profetas. Al decir profetas me refiero a que debemos mostrarnos con un testimonio cristiano que no le tenga miedo al fracaso -Jesús encarnó el fracaso absoluto-, a la duda, a la incertidumbre, un profetismo que sea capaz de asumir que, en la vida nos caemos y nos levantamos solos o con ayuda de otros, pero, sobre todo, que nadie fracasa para siempre.

Pero ese profetismo susurrante tiene que ser a la vez transgresor, no tranquilizador por la sencilla razón de que su fuente, el evangelio, ayuda y serena, pero también cuestiona, provoca, y descentra.

El cristianismo que cree futuro tiene que tener el empuje profético de hacernos despertar del letargo en el que vivimos como cristianos, pero también como ciudadanos. Lo de mansos y humildes de corazón no hay que vivirlo al pie de la letra porque tampoco Jesús lo vivió.

Tenemos que aprender a ser profetas de esperanza con capacidad de escucha, de acogida, de acompañamiento, de apertura; aprender a ser equilibrados, sensibles, receptivos, abiertos... Nunca sabemos por donde soplará el Espíritu

Me atrevo a decir que es casi obligado ser profetas de esperanza o terminaremos por replegarnos más que los seguidores de *la opción benedictina* y los seguidores de *Dios no mola...*

Tenemos que ser capaces de dotar al cristianismo de un rostro nuevo que no rechace la cruz, pero que tenga siempre presente la verdad innegable de la alegría de la resurrección.

⁹⁹ Francisco, en *Praedicate evangelium*, ha situado el Dicasterio para la Evangelización, antes que el Dicasterio de Doctrina de la Fe

¹⁰⁰ Cfr. Congar, Y. M., *Vrai et fausse réforme dans l'Église*, Cerf, Paris 1950

Una resurrección que no es solo algo del más allá, sino que se da en la vida cotidiana, de forma más contenida por supuesto, pero que permite intuir que la muerte y el fracaso no son para siempre.

f. La mesa

Pregunta: ¿habrá que resetear la mesa? *La gran metamorfosis cristiana es transformar la mesa en un lugar integral, un espacio de apertura, donde se reinventan las identidades a partir de la universalidad del encuentro*¹⁰¹. Dice José Tolentino Mendonça, en su último libro publicado en Portugal. Lo que debemos resetear es cómo entendemos la mesa, la llamada a la mesa, los lugares que ocupamos en ella, y si todos tenemos cabida en ella.

Hay una gran dificultad -de hecho es un desafío ya- que es construir comunidad en esta sociedad individual e individualista-. El individuo como tal es una de las mayores bellezas de la cultura occidental y, a la vez vemos la tristeza de la soledad. La mesa puede ser un excelente lugar para volver a construir esa comunidad perdida, esa comunidad ansiada y deseada. Sin embargo, para eso, habrá que hacer algunos cambios.

Habrá que empezar a pensar en formas muy abiertas de comunicar el cristianismo, a quienes lo viven en contextos muy diferentes los habituales, juzgados siempre desde la moral sin conocerlos y, por tanto, casi siempre rechazados. La uniformidad no es característica del cristianismo (aunque siempre hemos tenido la tentación de caer en ella).

El respeto a la diversidad y la aceptación del otro, tal como sea, tal como es, es una dimensión del amor que nos ayuda a medir la autenticidad con la que vivimos como cristianos. Y no es algo solo entre personas, lo es también entre culturas y religiones. Será una buena forma de medir nuestra madurez en la fe que profesamos.

Un cristianismo inclusivo debe dar cabida a todos, porque ser uno en Cristo, no significa ser todos del mismo modo en Cristo, por la sencilla razón de que el *Verbo se hizo carne*¹⁰² y, en esa carne nos asumió a todos con todas nuestras diferencias, peculiaridades, diversidades, y variaciones... Sin moral represiva alguna.

Por supuesto, no haría falta decirlo, pero nunca se sabe, la presencia de la mujer en esa mesa no sirviendo al que sirve, sino sirviendo directamente ella misma, será casi la prueba de fuego, la definitiva que otorgue credibilidad a un cristianismo con futuro. No olvidemos lo que dice Adriana Valerio: *Las mujeres no son un elemento accesorio ni siquiera en las religiones, sino que, al contrario, constituyen el corazón latente y desvelan la identidad. La dignidad que las religiones confieren a la persona en cuerpo femenino, el papel que atribuyen a las mujeres en los ritos, en la gestión de lo sagrado, su visibilidad institucional y los derechos humanos reconocidos para ellas son las pruebas de fuego que demuestran la validez del mensaje de salvación y de verdad de la que las religiones se sienten portadoras*¹⁰³.

¹⁰¹ Tolentino Mendonça, J., *Metamorfose necessaria. Releer São Paulo*, Quetzal Editores, Lisboa 2022

¹⁰² Jn 1, 14a

¹⁰³ Valerio, A., *Donne e Chiesa. Una storia di genere*, Ed. Carocci, Roma 2016.

g. La transparencia

Este es el tema más espinoso porque, evidentemente, la transparencia atraviesa las dos realidades que más cuestionan el poder crear futuro honestamente: La realidad de los abusos y la formación en los seminarios.

Ambas realidades necesitan ser vistas con la nitidez de un cristal impoluto, sin la menor sombra. Ambas realidades no afectan solo a la Iglesia, sino al propio cristianismo. No podemos olvidar que quienes cometen abusos, sobre todo sexuales, pero también de otro tipo, los cometen en nombre de Dios y, para muchas personas, si esto pasa en la Iglesia en nombre de Dios, el cristianismo es así y lo permite. Y no es verdad. Sin embargo, si los que sabemos que no es cierto permanecemos callados, ¿qué futuro estamos contribuyendo a crear?

Un cristianismo que cree futuro gritará pidiendo justicia para todas las víctimas sí, pero especialmente para aquellas a las que la Iglesia no ha sabido proteger, a las que todavía no les da la debida credibilidad y se empeña en ocultar y, sobre todo, gritará para pedir el comportamiento en sus pastores, que sus pastores piden a otros. Habrá que recuperar la voz que clama, esperemos que no en el desierto.

Cuando Jesús arremete contra los mercaderes del templo, no lo hace contra unos hombres que desarrollan una simple actividad comercial. Lo hace contra toda una cadena de corrupción estructural que tenía en el templo su sede permanente. Todo era del templo y para el templo. Era un sistema corrompido.

Me atrevo a decir que es la cuestión que tenemos que resetear con más empeño, con más decisión, y más urgentemente. Aunque suene catastrofista -y no lo soy-, cada vez estamos más cerca de que la realidad de los abusos y su falta de transparencia, se nos lleve por delante sabiendo que podíamos haber actuado de otra manera y no lo hemos hecho.

Caminamos hacia una Iglesia sinodal. El camino está lleno de obstáculos que ponen quienes no son capaces de ver, porque no quieren verlo, que ya no nos queda otro camino que el sinodal si queremos tener futuro. En sinodalidad la transparencia es vital porque, de lo contrario, naceremos ya viciados y, sinceramente, no sé si podríamos sobrevivir a eso.

Tendríamos que tener la audacia, sobre todo en los seminarios que tan nula participación han tenido en el proceso sinodal, de recuperar uno de los más interesantes tratados de teología cristiana del siglo XX. Puede que alguien se sorprenda porque no es un libro escrito por ninguno de los muchos y grandes teólogos de ese siglo, pero tal vez por eso, pudiera ser leído con algo de interés. Se trata del libro de Tolkien, *La comunidad del anillo*¹⁰⁴. Ahí se cuenta que si un ser bueno se apropia del anillo del poder absoluto, el mal ganará disfrazado de virtud y esa es la razón por la que el anillo tiene que ser destruido.

No sé si sería aceptable la fórmula, pero no estaría de más recuperar un texto preñado de teología de la buena para hacer ver el peligro del poder absoluto. Parece ser que todo lo que se escribe al respecto de la necesidad de ser transparentes con los abusos en la Iglesia, de alejarnos del poder como forma de ser en ella, no sirve. Probemos entonces con la literatura fantástica. Probemos sin miedo con lo que haga falta, pero que el poder se pierda sin posibilidad de volver a ser recuperado.

Reseteando estas cuestiones y otras que iremos viendo necesarias, iremos encontrando el lugar que cada uno va a tener en la creación de un futuro que ahora vemos incierto, porque creemos que todo depende de nuestras fuerzas. Tampoco es cuestión de sentarnos a ver qué pasa y dejar que el Espíritu se las apañe solo. Podría hacerlo perfectamente, sin

¹⁰⁴ Tolkien, J.R.R., *La comunidad del anillo*, Minutauro, Barcelona 2012.

embargo, quiere darnos la oportunidad de resetarnos nosotros mismos en nuestro compromiso cristiano.

3. El futuro

Reseteadas algunas cuestiones, el cristianismo que cree futuro realmente no tendrá mucha novedad porque el cristianismo es novedad en sí mismo. Sus cuatro puntos fundamentales seguirán siendo parte esencial para crear futuro. Y habrá que insistir en algunos aspectos que sí, ahora abordamos, pero que habrá que hacerlo de otra manera.

El cristianismo no es algo del pasado, el cristianismo sigue aconteciendo en la historia, por lo tanto habrá que hablar y actuar consecuentemente con sus cuatro puntos fundamentales.

a. Encarnación

Si el misterio de la Encarnación continua formando parte de nuestra historia, Cristo seguirá entrando en ella de mil maneras inimaginables para nosotros ahora, pero tan válidas y ciertas como la que aconteció hace ya dos mil años. Y no solo seguirá entrando en la historia, sino que lo hará en diferentes culturas y, por tanto de maneras diferentes. Por supuesto no será una encarnación anunciada con trompetas, sino como es costumbre en Dios, será algo discreto que, casi seguro, pasará desapercibido al principio. Pero cuidado, algo o alguien diferente, distinto a nuestro entorno, en algún momento nos cuestionará y deberemos pensar, ¿acaso es un signo nuevo de la encarnación? Necesitamos recuperar la encarnación desde abajo para crear futuro.

Sí, la Encarnación seguirá siendo uno de los puntos esenciales del cristianismo porque lo dota de una gran originalidad al hacerse Dios hombre. Sin embargo, en otras religiones también los dioses se hacen hombres. Entonces, ¿qué aspecto de la encarnación debemos resaltar para llamar la atención, para subrayar verdaderamente su originalidad?

Un aspecto que sabemos que grandes pensadores cristianos nos han contado, como Ireneo de Lyon¹⁰⁵, por ejemplo, pero que siempre dejamos en un segundo plano. Este aspecto es que sí, Dios se hizo hombre por la encarnación para darle al hombre la posibilidad de ser Dios. Esto es lo que hay que resaltar porque ningún otro dios hizo regalo semejante al hombre. Aunque recordando también algo que, una mujer del siglo XIII dijo de forma muy clara: *Todos queremos ser Dios con Dios, pero, Dios lo sabe, pocos quieren ser hombres con su humanidad... apenas sabemos sufrir y padecer en todos los aspectos*¹⁰⁶. Es decir no nos vamos a librar de pasar por el sufrimiento que, libremente, Dios también eligió pasar. Aunque no nos guste.

¹⁰⁵ Cfr: Ireneo de Lyon, *AH V 16,2*: Que todo esto sea verdadero, quedó probado cuando el Verbo de Dios se hizo hombre, haciéndose él mismo semejante al hombre y haciendo al hombre semejante a él a fin de que, por esa semejanza con el Hijo, el hombre se haga precioso para el Padre. En los tiempos antiguos, en efecto, se decía que el hombre había sido hecho según la imagen de Dios; pero no se mostraba, pues aún era invisible el Verbo, a cuya imagen el hombre había sido hecho. [1168] Por tal motivo éste fácilmente perdió la semejanza. Más, cuando el Verbo de Dios se hizo carne (Jn 1,14), confirmó ambas cosas: mostró la imagen verdadera, haciéndose él mismo lo que era su imagen, y nos devolvió la semejanza y le dio firmeza, para hacer al hombre semejante al Padre invisible por medio del Verbo visible.

La cristología de las beguinas va en esta misma línea, aunque no es muy conocida por considerarse, todavía hoy al movimiento de las beguinas, como un movimiento herético. Cfr.

¹⁰⁶ Hadewijch de Amberes, *Flores de Flandes. Hadewijch de Amberes. Cartas. Visiones. Canciones*, BAC, Madrid 2001, p. 89.

b. Crucifixión

También la muerte, la crucifixión, sigue presente en la historia. La muerte es un paso más de la vida hacia la Vida. Y, conforme nos aproximamos a ese paso final, a ese parto final, aparecerá la noche oscura, la tentación del abandono, la duda que no cesa, y hasta alguna forma de descenso a los infiernos, a esos infiernos que nos hemos creado en vida muchas veces, y que ya hemos olvidado, pero que, en ese tiempo final aparecen con nitidez delante de nosotros. Y un signo de nuestra identidad cristiana será vivir, también nosotros, nuestra propia kénosis, nuestro vaciamiento, nuestra entrega. Esto, en un mundo que oculta el sufrimiento en el entorno cercano, que no acepta la fealdad de la muerte y también la esconde, no será fácil de mostrar, pero sí necesario porque sin muerte no habrá Pascua posible.

c. Resurrección

La resurrección también está en nuestra historia, sin embargo, será muy importante en un mundo donde todo debe ser contable y tangible, dejar de hablar de la resurrección de Cristo como algo histórico, como la resurrección de un Jesús al que todos veían y que se pasó cincuenta días apareciendo y comiendo con sus seguidores cada vez que quería. Esto hoy se interpreta como magia o reencarnación. La resurrección es otra cosa y debemos hablar de ella de otra manera. Incluso en las homilias.

La resurrección no es creer solamente que estamos llamados a compartir la inmortalidad de Dios, es ese continuo pasar de las muchas muertes que caben en la vida, a una vida más plena; pasar de la violencia de la muerte, a la vida del perdón y la ternura; pasar del silencio miedoso a la fiesta de la Palabra compartida; pasar de los obstáculos que nos empeñamos en crear, a la libertad que el amor implica. Es a partir de estos pasos como vamos viviendo en esta vida el paso, la Pascua, decisiva de cada uno de nosotros.

La resurrección no sabemos cómo es, sin embargo, sabemos que es, que es verdadera. La fe en la resurrección nos capacita para vivir de otra manera, nos lleva a descubrir que no estamos solos y que el destino humano no se escribe en la soledad, sino que el destino humano se escribe en la compañía de Dios y con la presencia de la gracia.

d. Pentecostés

Si la encarnación, la muerte, y la resurrección siguen presentes en la vida, Pentecostés no podría ser menos.

Quizá sea el punto más revolucionario para nosotros. Nuevos lenguajes de fe y para la fe, nuevas presencias en ámbitos que la tecnología nos reserva¹⁰⁷, pero también nueva presencia en el mundo de siempre. Saber contar de forma clara y sencilla, pero no simplista, será una clave. El mensaje debe ser el mismo solo que dicho de otra manera, al menos en su aspecto lingüístico, porque el mensaje tiene que ser creíble para ser un espacio de encuentro, de diálogo, de conocimiento mutuo, de respeto, y de reconciliación que tanta falta hace.

¹⁰⁷ Nuestra presencia será imprescindible en el metaverso.

Nuestros miedos nos atan y habrá que estar dispuestos a morir a esa pequeñez en la que nos sentimos seguros, a esa falta de valentía que nos permita hacer visible lo que cada vez hemos ido encerrando más entre muros y paredes.

Vamos a descubrir que no estamos condenados a caminar juntos, sino al contrario, estamos invitados a caminar juntos y a redescubrirnos prójimos mutuos que nos ayudamos con nuestros conocimientos, porque la formación es muy importante, pero también con nuestros fallos de los que aprendemos.

Tendremos que aprender a estar y no tanto a hacer. El retorno de muchos, la llegada de nuevas personas al cristianismo no se conseguirá con documentos, conciertos, apertura de puertas, o concentraciones juveniles. Crearemos futuro si nos atrevemos a estar fuera de los muros de las iglesias.

Escribía hace unos días un amigo en varias redes sociales una reflexión que terminaba así y yo la empleo para terminar: *Las modas, las ideas pasan; la fe permanece. Parece una idea demasiado sencilla. Pero es cierto que nadie entrega la vida a un pensamiento, y que la fe continua agavillando nuestro yo disperso y presa de mil reclamos. La fe, la esperanza, y la caridad. ¿Acaso necesitamos algo más para vivir?*¹⁰⁸

¹⁰⁸ @enlacalledesanblas 3-1-2023.

LA SOLANA

Eleazar, la coherencia de la fe, herencia del honor¹⁰⁹

Papa Francisco

En el camino de estas catequesis sobre la vejez, hoy encontramos un personaje bíblico — un anciano— de nombre Eleazar, que vivió en los tiempos de la persecución de Antíoco Epífanes. Es una bonita figura. Su figura nos entrega un testimonio de la relación especial que existe entre *la fidelidad de la vejez y el honor de la fe*. ¡Es un valiente! Quisiera hablar precisamente del honor de la fe, no solo de la coherencia, del anuncio, de la resistencia de la fe. El honor de la fe se encuentra periódicamente bajo la presión, incluso violenta, de la cultura de los dominadores, que intenta envilecerla tratándola como un hallazgo arqueológico, o vieja superstición, terquedad anacrónica, etc.

La historia bíblica —hemos escuchado un pequeño pasaje, pero es bonito leerlo todo— narra el episodio de los judíos obligados por un decreto del rey a comer carnes sacrificadas a los ídolos. Cuando es el turno de Eleazar, que era un anciano de noventa años muy estimado por todos y con autoridad, los oficiales del rey le aconsejan que haga una simulación, es decir que finja comer la carne sin hacerlo realmente. Hipocresía religiosa, hay tanta hipocresía religiosa, hipocresía clerical. Estos le dicen: “Pero haz un poco el hipócrita, nadie se dará cuenta”. Así Eleazar se habría salvado, y —decían aquellos— en nombre de la amistad habría aceptado su gesto de compasión y de afecto. Después de todo —insistían— se trataba de un gesto mínimo, fingir comer pero no comer, un gesto insignificante.

Es poca cosa, pero la respuesta tranquila y firme de Eleazar se basa en un argumento que nos llama la atención. El punto central es este: deshonorar la fe en la vejez, para ganar unos cuantos días, no es comparable con la herencia que esta debe dejar a los jóvenes, a enteras generaciones futuras. ¡Qué bueno este Eleazar! Un anciano que ha vivido en la coherencia de la propia fe durante toda la vida, y ahora se adapta a fingir el repudio, condena a la nueva generación a pensar que toda la fe haya sido una ficción, una cubierta exterior que se puede abandonar pensando que se puede conservar en la propia intimidad. Y no es así, dice Eleazar. Tal comportamiento no honra la fe, ni siquiera frente a Dios. Y el efecto de esta banalización exterior será devastador para la interioridad de los jóvenes. ¡La coherencia de este hombre que piensa en los jóvenes, piensa en la herencia futura, piensa en su pueblo!

Es precisamente la vejez —y esto es bonito para los ancianos— la que aparece aquí como el lugar decisivo, el lugar insustituible de este testimonio. Un anciano que, a causa de su

¹⁰⁹ Catequesis durante la audiencia general del miércoles, 4 de mayo de 2022.

vulnerabilidad, aceptara considerar irrelevante la práctica de la fe, haría creer a los jóvenes que la fe no tiene ninguna relación real con la vida. Les parecería, desde su inicio, como un conjunto de comportamientos que, si es necesario, pueden ser simulados o disimulados, porque ninguno de ellos es tan importante para la vida.

La antigua gnosis heterodoxa, que fue una insidia muy poderosa y muy seductora para el cristianismo de los primeros siglos, teorizaba precisamente sobre esto, es una cosa vieja esta: que la fe es una espiritualidad, no una práctica; una fuerza de la mente, no una forma de vida. La fidelidad y el honor de la fe, según esta herejía, no tienen nada que ver con los comportamientos de la vida, las instituciones de la comunidad, los símbolos del cuerpo. La seducción de esta perspectiva es fuerte, porque interpreta, a su manera, una verdad indiscutible: que la fe nunca se puede reducir a un conjunto de normas alimenticias o de prácticas sociales. La fe es otra cosa. El problema es que la radicalización gnóstica de esta verdad anula el realismo de la fe cristiana, porque la fe cristiana es realista, la fe cristiana no es solamente decir el Credo, sino que es pensar el Credo, es sentir el Credo, es hacer el Credo. Trabajar con las manos. Sin embargo, esta propuesta gnóstica es un “fingir”, lo importante es que tú dentro tengas la espiritualidad y después puedes hacer lo que quieras. Y esto no es cristiano. Es la primera herejía de los gnósticos, que está muy de moda aquí, en este momento, en tantos centros de espiritualidad, etc. Y vacía el testimonio de esta gente, que muestra los signos concretos de Dios en la vida de la comunidad y resiste a las perversiones de la mente a través de los gestos del cuerpo.

La tentación gnóstica que es una de las —digamos la palabra— herejías, una de las desviaciones religiosas de este tiempo, la tentación gnóstica siempre permanece actual. En muchas tendencias de nuestra sociedad y de nuestra cultura, la práctica de la fe sufre una representación negativa, a veces en forma de ironía cultural, a veces con una marginación oculta. La práctica de la fe para estos gnósticos que ya estaban en la época de Jesús, es considerada como una exterioridad inútil e incluso nociva, como un residuo anticuado, como una superstición enmascarada. En resumen, una cosa para los viejos. La presión que esta crítica indiscriminada ejerce en las jóvenes generaciones es fuerte. Ciertamente, sabemos que la práctica de la fe puede convertirse en una exterioridad sin alma — este es el peligro contrario—, pero en sí misma no lo es en absoluto. Quizá nos corresponde precisamente a nosotros, a los ancianos, una misión muy importante: *devolver a la fe su honor*, hacerla coherente que es el testimonio de Eleazar, la coherencia hasta el final. La práctica de la fe no es el símbolo de nuestra debilidad, sino más bien el signo de su fuerza. Ya no somos niños. ¡No bromeamos cuando nos pusimos en el camino del Señor!

La fe merece respeto y honor hasta el final: nos ha cambiado la vida, nos ha purificado la mente, nos ha enseñado la adoración de Dios y el amor del prójimo. ¡Es una bendición para todos! Pero toda la fe, no una parte. No cambiaremos la fe por unos cuantos días tranquilos, sino que haremos como Eleazar, coherente hasta el final, hasta el martirio. Demostraremos, con mucha humildad y firmeza, precisamente en nuestra vejez, que creer no es algo “de viejos”, sino que es algo de vida. Creer en el Espíritu Santo, que hace nuevas todas las cosas, y Él con gusto nos ayudará.

Queridos hermanos y hermanas ancianos, por no decir viejos —estamos en el mismo grupo— miremos, por favor, a los jóvenes. Ellos nos miran, no olvidemos esto. Me viene a la mente esa película de la postguerra tan bonita: “Los niños nos miran”. Nosotros podemos decir lo mismo con los jóvenes: los jóvenes nos miran y nuestra coherencia puede abrirles un camino de vida bellísimo. Sin embargo, una eventual hipocresía hará mucho mal. Recemos los unos por los otros. ¡Qué Dios nos bendiga a todos nosotros ancianos!

EDUCACIÓN

La pregunta por la ética: más allá del tecnocientificismo¹¹⁰

Adela Cortina¹¹¹

1. El pluralismo ético, no solo moral, en la España de los años setenta

El 17 de agosto de 2021 falleció Saturnino Álvarez Turienzo, un académico emblemático no sólo en la Universidad Pontificia de Salamanca de la que formó parte sustantiva durante más de tres décadas, sino también del mundo cultural de habla hispana desde que la sociedad civil española iniciara una transición ética hacia la democracia, aun antes de que la transición política se encarnara en las instituciones. El mundo de los valores morales y el de las formas de organización política están estrechamente vinculados, y no hubiera sido posible un cambio político sin el cambio moral que venía gestándose.

Álvarez Turienzo, especialista en S. Agustín, S. Juan de la Cruz o Fray Luis de León, amén de otros autores clásicos, ofreció una propuesta propia en el ámbito de la ética y la desarrolló sobre todo en el libro de 1983 *El hombre y su soledad. Una introducción a la ética* y en escritos posteriores¹¹². Sin embargo, los artículos que fueron prefigurando ese texto y anunciando sus preocupaciones de largo aliento vieron ya la luz en los años sesenta y setenta del siglo XX, conformando una voz peculiar en el contexto hispano de aquella época efervescente: la propuesta de una ética intrasubjetiva, una ética de la interioridad, en la línea de la tradición agustiniana¹¹³.

Si podía decirse en aquellos años sesenta y setenta que la sociedad española estaba forjando un deseable pluralismo moral, también se estaba gestando un pluralismo ético, y la posición de Álvarez Turienzo representaba una de las relevantes propuestas, ligada a una tradición secular.

En efecto, en 1991 Javier Muguerza publicó un volumen en la editorial alemana Alber, que llevaba por título *Ethik aus Unbehagen* y recogía textos de un número reducido de

¹¹⁰ Selección del artículo publicado en 'Cuadernos Salmantinos de Filosofía', vol. 49 (homenaje al profesor Saturnino Álvarez Turienzo), 2022, pp. 465-480.

¹¹¹ Catedrática Emérita de Ética y Filosofía Política Facultad de Filosofía de Universidad de Valencia Valencia/España

¹¹² Saturnino Álvarez Turienzo, *El hombre y su soledad. Una introducción a la ética*, Salamanca, Sígueme, 1983.

¹¹³ Para un ilustrativo resumen de las principales aportaciones de Álvarez Turienzo a la reflexión filosófica ver Enrique Bonete, "Recuerdos y aportaciones del Profesor Saturnino Álvarez Turienzo", que será publicado por Carmen Paredes próximamente.

autores españoles¹¹⁴. El subtítulo del libro “25 Jahre ethische Diskussion in Spanien” era bien expresivo de la intención del editor, que no era sino la de dar a conocer a un público alemán el trabajo que se había venido desarrollando en España en el campo de la ética durante el último cuarto de siglo a través de algunas voces representativas de una excelente noticia: en nuestro país había ido surgiendo un conjunto de propuestas de filosofía moral que neutralizaba cualquier intento de monismo ético, cualquier intento de pensamiento ético único.

Atendiendo a la clásica distinción entre la moral de la vida cotidiana y la ética filosófica que reflexiona sobre ella, España era ya un país moralmente pluralista en el nivel de la vida cotidiana, pero también era plural en el metanivel de la reflexión ética, en el metalenguaje de la filosofía moral. El pluralismo, siempre enriquecedor, era una realidad no sólo en la moral de la vida corriente, propiciando una ética cívica, sino también en el ámbito de la ética filosófica¹¹⁵. Si la ética cívica podía configurarse sobre el célebre entreveramiento entre una ética de mínimos de justicia y una ética de máximos de vida buena, que Rawls caracterizaría como “una concepción moral-política de justicia” y “unas doctrinas comprensivas del bien”, también en España dialogaban distintas propuestas de ética filosófica, componiendo un valioso pluralismo ético¹¹⁶.

Desde la introducción al citado volumen recuerda Muguerza el cambio de tercio que se produjo en esos últimos veinticinco años. Ya autores de la talla de Unamuno, Ortega o Zubiri se habían ocupado de cuestiones morales con excepcional solvencia, pero fue José Luis Aranguren quien publicó en 1958 aquel texto titulado *Ética*, que abrió las ventanas de la filosofía moral para que entraran nuevos aires en el mundo hispano¹¹⁷. Kantismo, utilitarismo, fenomenología, marxismo, filosofía analítica se daban cita en el conocido libro de Aranguren, aunque el propio autor reconocía sin ambages su especial deuda con Aristóteles, Sto. Tomás y Zubiri. Y, ciertamente, es en esos años sesenta y setenta del siglo pasado cuando se fue fraguando un rico pluralismo de corrientes éticas que entraron en un diálogo al que se sumaron el existencialismo ético, la Teoría Crítica de la Escuela de Fráncfort, la Teoría de la Preferencia Racional, la Lógica de las Buenas Razones, el reconstructivismo rawlsiano o la ética del discurso¹¹⁸.

En este contexto era importante dar a conocer al mundo filosófico internacional la vitalidad española, desconocida en exceso, a través de algunos textos de autores representativos de distintas corrientes, textos que ellos mismos seleccionarían como expresivos de su propia posición. El primero de esos autores era José Luis Aranguren, el segundo, Saturnino Álvarez Turienzo, un autor que, según decía Muguerza con acierto, estaba preparado para renovar con su bagaje la enseñanza de la ética¹¹⁹; un autor con voz propia en aquella academia polifónica. ¿Cuál es el texto que Turienzo consideró en ese tiempo como más expresivo de su perspectiva ética?

El título del texto en la publicación alemana era “Die Geschicke des ethischen Subjekts” y había aparecido en la revista *Iglesia Viva* en 1977, aunque en una versión más amplia, con el rótulo “Para que haya pregunta moral”¹²⁰. Según Álvarez Turienzo, ésa era y sigue siendo, a fin de cuentas, la gran pregunta de la ética, la pregunta por la especificidad de lo moral, por ese sujeto ético que constituye su núcleo. Una pregunta difícil de responder en aquel tiempo porque el neopositivismo lógico y la filosofía analítico-

¹¹⁴ Javier Muguerza, *Ethik aus Unbehagen. 25 Jahre ethische Diskussion in Spanien*, Alber Freiburg/München, 1991.

¹¹⁵ Adela Cortina, *Ética mínima. Introducción a la ética*, Tecnos, Madrid, 18ª edición, aumentada con un apartado inicial titulado “El largo camino de la ética”, pp. 13-45, escrito desde el confinamiento obligado por la pandemia. Ver especialmente para este punto cap. 1.

¹¹⁶ Adela Cortina, *Ética mínima*, cap. 3; John Rawls, *Liberalismo político*, Crítica, Barcelona.

¹¹⁷ José Luis L. Aranguren, *Ética*, en *Obras Completas*, 2, Trotta, Madrid, 1994, pp. 159-502.

¹¹⁸ Para todo ello ver también Javier Muguerza, *La razón sin esperanza*, Taurus, Madrid, 1977; *Desde la perplejidad*, FCE, Madrid 1990.

¹¹⁹ Muguerza 1991, p. 12.

¹²⁰ Álvarez Turienzo, “Die Geschicke des ethischen Subjekts”, en Javier Muguerza, *Ethik aus Unbehagen*, pp.47-69; “Para que haya pregunta moral”, en *Iglesia Viva*, nº 73, 1977.

lingüística reducían el saber racional a la forma de conocimiento que se obtiene a través de los métodos de la ciencia natural, que recurren a la descripción de hechos y a su comprobación a través de la verificación. Con un método semejante es imposible acceder a lo que una tradición socrática y agustiniana, también kantiana, entiende como núcleo de lo moral: la interioridad, la autognosis sobre lo que debe hacerse o sobre lo que el hombre es, el autoconocimiento, la persona, la libertad¹²¹.

Una interioridad que, en el caso de Turienzo, irá vinculándose a la experiencia de la soledad, hasta el punto de llegar a afirmar que “El encuentro con la soledad y la experiencia de la misma va al unísono con el encuentro y la experiencia de ser hombre. La soledad define el lugar interior, el ámbito del existir personal. El ahondamiento en la interioridad se mide por la experiencia de la soledad: existir auténtico y experiencia de la soledad se corresponden. No sabe de autenticidad quien no sabe de soledad”¹²².

Ciertamente, la imposibilidad de acceder a ese mundo íntimo que es el núcleo de la ética, y con él, según Turienzo, de la filosofía y las Humanidades, es fruto de un *impedimento epistemológico*, propio de los años setenta del siglo pasado y que ha revivido con fuerza en nuestros días, transitando de la epistemología a la ontología, bajo la forma de “naturalización de la ética”¹²³. El discurso de la naturalización de la ética ha logrado tal implantación en el mundo académico que el propio Habermas se conforma con llamar a su propuesta “naturalismo débil” en un afán de seguir la tónica de la opinión pública académica; una denominación que es injusta con la fortaleza de su teoría de la acción comunicativa, de su pragmática universal y de su filosofía reconstructiva¹²⁴. ¿Cuál es el núcleo del problema?

2. La ética no es una ciencia, afortunadamente, ni tampoco tecnociencia

Como bien dice Enrique Bonete en su excelente artículo “Ciencias sociales y disolución del ‘hombre interior’ (Aproximación al pensamiento ético de S. Álvarez Turienzo)”, publicado en el volumen de homenaje que *Cuadernos Salmantinos de Filosofía* dedicó a Turienzo en 1990, uno de los temas que más interesó a Turienzo fue el de las implicaciones que ha supuesto el desarrollo de las ciencias sociales para la ética como disciplina filosófica y como realidad antropológica¹²⁵. En efecto, para responder a la pregunta por la especificidad de lo moral y de la ética, es preciso –considera Turienzo– aclarar dos cuestiones: ¿qué se entiende por “pensar”? y ¿qué lugar corresponde a la moral en esa situación?¹²⁶

Con respecto a la primera pregunta, la respuesta del neopositivismo lógico es clara: el pensar se identifica con la ciencia, que trata de describir objetos o de explicarlos, no de comprender el sentido, menos aun de prescribir. La racionalidad objetiva produce enunciados sobre todo aquello que se puede decir, porque el mundo de lo objetivo es la totalidad de lo que puede expresarse racionalmente. Con lo cual no queda lugar para ningún otro saber que, como es el caso del filosófico, pretenda fundamentar objetos de la realidad. El libro de los hechos del mundo no contiene la pregunta por sus fundamentos. La genial aportación kantiana, según la cual, el ámbito de la racionalidad

¹²¹ Álvarez Turienzo, “Die Geschicke des ethischen Subjekts” en Muguerza, 1991, p. 62.

¹²² Álvarez Turienzo, *El hombre y su soledad*, p. 85. La bibliografía que Turienzo recoge en este texto sobre el tema de la soledad es sumamente valiosa.

¹²³ Para una crítica rigurosa al intento de naturalizar la ética, ver Jesús Conill, *Intimidad corporal y persona humana. De Nietzsche a Ortega y Zubiri*, Tecnos, Madrid, 2019. El texto une a la crítica una propuesta de acceso a la intimidad que supera las barreras del naturalismo y de la introspección monológica.

¹²⁴ Jesús Conill, *Intimidad corporal y persona humana*; César Ortega, “¿Naturalizar la idea de justicia? Una respuesta crítica desde la teoría moral de Jürgen Habermas”, *Pensamiento*, vol. 72, nº 273 (2016), pp. 827-848.

¹²⁵ Enrique Bonete “Ciencias sociales y disolución del ‘hombre interior’ (Aproximación al pensamiento ético de S. Álvarez Turienzo)”, *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, nº XVII (1990), pp. 23-37.

¹²⁶ Álvarez Turienzo, 1977, en Muguerza 1991, p. 61.

es más amplio que el del conocimiento científico y abarca tanto al uso práctico de la razón como a la reflexión filosófica, queda arrumbada como si fuera una propuesta irracional, situada fuera del mundo.

En cuanto a la segunda cuestión, en este contexto sería posible acudir a los científicos que describen el mundo objetivo desde las distintas ciencias humanas, es decir, desde la psicología, la sociología o la antropología social. Con todo ello, desde un punto de vista epistemológico, la ética filosófica se reduciría a una ciencia de las costumbres, de los mecanismos psicológicos del sujeto o, por otra parte, a una “filosofía de la ciencia moral”. En ambos casos se trataría de un saber teórico, que pretende describir hechos, pero carece de vigor práctico¹²⁷.

Esta posición de neutralidad ante lo moral, propiciada por el neopositivismo lógico, la filosofía analítico-lingüística y en nuestros días por las corrientes naturalistas que tratan de explicar los fenómenos humanos desde lo que puede ser verificado en la naturaleza, se sustenta al menos sobre dos prejuicios, que se resisten a toda autocrítica y, por tanto, se resisten a convertirse en juicios racionales.

Uno de ellos es el temor a que la ética filosófica prescriba lo que se debe hacer, asumiendo el papel del moralista. Ésta es una preocupación muy extendida, que dio pie a la distinción entre tres niveles del lenguaje, que distintos autores interpretaron de forma diferente: moral, ética y metaética¹²⁸.

El otro prejuicio dogmático consiste en el afán de reducir a ciencia objetiva toda posibilidad de conocimiento racional, con la convicción de que cuanto rebase esos límites no es sino subjetivismo, irracionalidad, arbitrariedad, oscurantismo. El prestigio que las ciencias habían ido cobrando frente a las Humanidades reforzaba este prejuicio, que hoy sigue ganando terreno con el avance de las tecnociencias en todos los ámbitos de la vida humana. La ideología del transhumanismo tiene su base en estas creencias, y lo considero ideología porque rebasa con mucho los límites de lo verificable y falsable y, sin embargo, se mantiene como un dogma que defiende los intereses inversores de grupos poderosos contra toda evidencia¹²⁹. Si, según se dice, las ciencias pretenden basarse en la evidencia, la crisis sanitaria, social y económica causada por la pandemia de la Covid-19 y el desastre mundial provocado por la invasión rusa de Ucrania son evidencias insoslayables de nuestra vulnerabilidad, que falsan radicalmente las balandronadas del transhumanismo y del posthumanismo¹³⁰. Por eso, a mi juicio, se hace necesario practicar la crítica de la ideología para desenmascarar los intereses que subyacen a esos nuevos dogmas, como también al mundo de las plataformas y las redes sociales, que causan incluso basura tecnológica sin que apenas se saque a la luz esa evidencia.

Con todo esto quedan sin respuesta las grandes preguntas que dan sentido a la existencia de un saber llamado filosofía moral o ética: ¿por qué hay moral y por qué debe haberla? ¿En qué consiste la especificidad de lo moral y cuál es su fundamento, si es que muestra alguna especificidad?

Para que estas preguntas sean posible Turienzo dialoga en sus escritos con los más destacados representantes del afán de convertir la ética en ciencia, como es el caso de Schlick o Reichenbach y desmonta con habilidad sus argumentos¹³¹. Su repulsa del cientcismo coincide con la de un buen número de autores, entre ellos, Apel y Habermas y con mis propias críticas a esa postura miope. Pero fue difícil desacreditar al científicismo, por una parte, porque en cuanto una ciencia cobra relevancia en el mundo del saber cae en la tentación de explicar toda la realidad con su método, tachando de

¹²⁷ Ibid, p. 62.

¹²⁸ Adela Cortina, *Ética mínima*, cap. 3.

¹²⁹ Adela Cortina, “Los desafíos éticos del transhumanismo”, *Pensamiento*, vol. 78 (2022), pp. 471-483.

¹³⁰ Adela Cortina, *Ética cosmopolita*, Paidós, Barcelona, 2021, cap. 2.

¹³¹ Álvarez Turienzo, 1977, pp. 62 y 66.

irracional aquello que es incapaz de abarcar. Pero también por la preponderancia que ha ido cobrando el saber científico en el mundo académico y en la vida cotidiana, tanto el de las ciencias sociales como el de las ciencias naturales, como muestra el ascenso del naturalismo. Cada vez más las gentes ven la salvación en las ciencias, con la eficacia de las vacunas, y presuntamente de las tecnociencias.

En lo que hace al científicismo contemporáneo, que hunde sus raíces en el positivismo de Comte y Mach, consiste, según Habermas, “en la actitud de que una filosofía científica debe proceder como las ciencias mismas *intentione recta*, es decir, tener el objeto ante sí (y no puede asegurarse de sí misma reflexivamente)”¹³². La ciencia no es ya sólo una forma de conocimiento posible, sino que se hace necesario identificar el conocimiento con la ciencia. Como apunta Apel, esto comportará la escisión entre teoría y praxis, conocimiento y decisión, reservando para la teoría y el conocimiento científico toda posible racionalidad, mientras que las decisiones morales quedan relegadas al ámbito subjetivo de las preferencias irracionales¹³³. Desde esta perspectiva no hay legitimidad alguna para criticar las normas del mundo moral y político, como también ha denunciado el Racionalismo Crítico desde Popper y Albert, se hace impracticable el acceso a la interioridad del sujeto, y también –como recuerda Álvarez Turienzo perdiendo fuerza ese ámbito del saber que es el de las Humanidades frente a las Ciencias Naturales y a las Ciencias Sociales, cuando en algún momento ocuparon el primer puesto en la jerarquía del saber. Esta decadencia tiene unas repercusiones nefastas para nuestras posibilidades de abordar con altura humana los desafíos presentes, que reclaman un fortalecimiento de las Humanidades como también Turienzo subrayó. La decadencia de este tipo de saber cuenta con una breve historia.

3. Las ciencias naturales ocupan el primer puesto en el pódium de la jerarquía de los saberes

Es ya un lugar común afirmar que la conferencia pronunciada por Charles Percy Snow en 1959 sobre “Las dos culturas y la revolución científica” fue un punto de inflexión en la relación entre ciencias y Humanidades¹³⁴. En su conferencia Snow entendía el término “cultura” en dos sentidos, y con el primero de ellos se refería al desarrollo intelectual, al cultivo del entendimiento, al sentido en que Coleridge hablaba de “*cultivation*” o de “armonioso desarrollo de aquellas cualidades humanas y facultades que caracterizan a nuestra humanidad”¹³⁵. Incluye entre sus cualidades tanto las que se desarrollan en el estudio científico como las que desarrollan aquellos a los que suele llamarse “intelectuales”. Alcanzar la humanidad en plenitud exigiría cultivar estas cualidades, pero lamentablemente surgen dos subculturas, cada una de las cuales dejaría languidecer una parte de ellas. Porque con el tiempo se quiebra la unidad del saber, se produce una fragmentación de la racionalidad científica, práctica y técnica, y se generan distintas subculturas.

En este segundo sentido, con “cultura” nos referiríamos a “todo grupo de seres humanos que vive en un mismo ambiente, y está vinculado por hábitos comunes, supuestos comunes y común manera de vivir”¹³⁶. Desde esta perspectiva, en el mundo del saber topamos con dos grupos culturales, los intelectuales y los científicos, que al parecer desarrollan formas de vida diferentes.

¹³² Jürgen Habermas, *Conocimiento e interés*, Madrid, 1982, pp. 298 y 299.

¹³³ Adela Cortina, *Ética mínima*, pg. 129.

¹³⁴ Charles Percy Snow (1977): “La Conferencia Rede, 1959”, en *Las dos culturas y un segundo enfoque*. Versión ampliada de “Las dos culturas y la revolución científica”, Alianza, Madrid, 9-61. Para este apartado ver Adela Cortina, *Ética cosmopolita. Una apuesta por la cordura en tiempos de pandemia*, cap. 7.

¹³⁵ Charles Percy Snow, o.c., p74.

¹³⁶ *Ibid.*, 75.

A juicio de Snow, los intelectuales tratan de monopolizar toda la cultura y la identifican con la cultura tradicional, que es la suya, dejando a las ciencias en un segundo puesto; por otra parte, son *luditas*, o, lo que es idéntico, irresponsables. Por eso no han aceptado la revolución industrial, cuando es, a juicio de Snow, la única esperanza de mejora que existe para los pobres. Mientras los científicos trabajan con optimismo por un futuro mejor, porque les preocupa el bien de los hombres, los intelectuales se envuelven en la capa de su pesimismo y demonizan esa revolución que es la que en realidad puede mejorar la situación de los menos aventajados. Por último, entre las dos culturas existe una gran incomunicación.

Frente a las afirmaciones de Snow debemos reconocer que los intelectuales en ocasiones practican un ludismo inadmisibles, pero no siempre ni siquiera las más de las veces, como muestra sobradamente el libro de Rens Bod *A New History of Humanities*¹³⁷. Como bien dice Bod, parece que las ciencias han sido motor de inventos y descubrimientos que han beneficiado claramente a la humanidad porque se han escrito historias de las ciencias, pero no de las Humanidades. Una historia de las Humanidades como la que él ha publicado muestra cómo las Humanidades han sido fuente de invención y progreso de modo abrumador. En este contexto quisiera mencionar al que ha sido el más célebre alumno de la Universidad de Valencia, Juan Luis Vives, humanista de pura cepa, y no sólo por su conocimiento del mundo clásico, sino sobre todo porque escribió el primer trabajo sobre la pobreza que ha visto la luz, el *De subventione pauperum* de 1526, en el que aclara que el problema de la pobreza no se resuelve sólo con la limosna individual, sino sobre todo convirtiendo la asistencia social en una cuestión municipal e institucional. Como se echa de ver, se va abriendo tímidamente el camino a lo que más tarde será el Estado del bienestar. Las Humanidades abren caminos desde el comienzo para mejorar la vida de los menos aventajados y para crear sociedades justas, transfiriendo a la realidad social sus conocimientos.

En cuanto a la conferencia de Snow, provocó un gran debate y el autor se sintió invitado a retomar el tema cuatro años más tarde en “La dos culturas: un segundo enfoque”, texto en el que, entre otras cosas, sugiere la existencia de una tercera forma de saber: las ciencias sociales. Las únicas formas de saber no son, pues, las ciencias naturales y las humanidades, sino que existe ya un mundo intermedio entre unas y otras, que es el de las ciencias sociales. ¿En qué difieren entre sí y cuál de ellas ostenta la primacía en el ámbito del saber?

A esta cuestión respondió cincuenta años más tarde, en 2009, Jerome Kagan en su libro *The Three Cultures: Natural Sciences, Social Sciences and the Humanities in the 21st Century*¹³⁸. Un libro en el que, curiosamente, se refiere a un declive de las Humanidades frente a la anterior primacía de los intelectuales. Es decir, introduce una jerarquía entre las culturas, en virtud de la cual considera que las ciencias naturales están situadas en el pódium del aprecio social, las sociales se encuentran en segundo lugar, y las Humanidades son las que gozan de más baja valoración social.

A esta conclusión llega Kagan después de establecer una comparación entre los tres tipos de saber, atendiendo a nueve parámetros, de los que conviene destacar sólo los más relevantes.

En principio, las ciencias naturales pretenden describir hechos y explicar los fenómenos naturales por causas, lo cual abre la posibilidad de predecir fenómenos futuros y de aplicar estos conocimientos a la mejora de la naturaleza y de las sociedades. Pero además estas ciencias recurren a un método razonablemente controlable, que es el método experimental de comprobación de los hechos, lo cual permite alcanzar la verdad,

¹³⁷ Rens Bod, *A New History of Humanities. The Search for Principles and Patterns from Antiquity to the Present*, Oxford University Press, 2013, first published in paperback, 2015.

¹³⁸ Jerome Kagan, *The Three Cultures: Natural Sciences, Social Sciences and the Humanities in the 21st Century*, 2009.

entendida como verificación o como falsación. Por otra parte, estas ciencias expresan sus resultados mediante un vocabulario que refiere a entidades materiales, de modo que el lenguaje que utilizan es en gran medida unívoco, lo cual favorece la comunicación y la discusión abiertas, frente al lenguaje críptico y polisémico que utilizan las Humanidades.

Las Humanidades, por su parte, cuentan con hechos, pero no se limitan a ellos, porque su especificidad no consiste en describir y explicar, sino en tratar de *comprender el sentido* de los acontecimientos humanos, en tratar de desentrañar cuál es la *intención* del actuar humano, personal y colectivo, por qué las personas y las sociedades hacemos unas opciones u otras, y, en el caso de la ética, por qué deberíamos actuar siguiendo determinadas normas y determinados valores, y no otros, cuál es el fundamento del deber. Qué duda cabe de que el *sentido* y la *intención* son particularmente huidizos, y el mundo de la *fundamentación* extremadamente intrincado.

Y es justamente en este contexto en el que se sitúa la pregunta por la ética que hemos tomado como tema central en este trabajo: en el ámbito del sentido de la vida, del propósito del sujeto ético, de la autognosis, de la fundamentación del deber moral, que se expresa en el hecho de la existencia de los juicios morales.

Por otra parte, el *método* de las Humanidades sería –continúa Kaganel del diálogo con los sujetos humanos y con los textos, que requieren una gran dosis de hermenéutica, de interpretación de los textos y de las conductas, que siempre deja un amplio campo de indeterminación y no permiten hacer inferencias claras. Ciertamente, no es éste un método que permita garantizar predicciones para el futuro.

Como se echa de ver, resulta complicado adentrarse en el mundo misterioso del acontecer humano y de la fundamentación moral, pero además para hacerlo el investigador no puede desprenderse de sus propias valoraciones, sino todo lo contrario, no puede atenerse al Principio de la *Wertfreiheit*, de la Neutralidad weberiana. Justamente, la necesidad de conocer las propias valoraciones para poder comprender a otros es lo que lleva a Gadamer a afirmar que la hermenéutica es filosofía práctica¹³⁹.

Pero las ciencias sociales, que según Turienzo irían invadiendo el terreno de lo que antaño era la ética, no quedan tampoco en un lugar de honor en la jerarquía de Kagan, sino sólo en un complicado lugar intermedio entre lo que Ortega y Gasset llamaría las “Naturalidades” y las Humanidades. No es extraño que con el tiempo sean las Naturalidades las que han ido avanzando.

A mi juicio, sin embargo, estas esquematizaciones de las distintas formas de saber son más bien simplificaciones, porque también en el mundo de las “ciencias duras” las dificultades de investigación son grandes y los resultados, sumamente interpretables, y porque es muy difícil deslindar las ciencias sociales, que utilizan métodos empíricos, de las Humanidades. ¿La Historia o las Filologías son ciencias sociales o Humanidades? ¿Dónde en encuadra el amplísimo mundo del arte? Trazar las fronteras entre las tres formas de saber con un bisturí es imposible.

Y, por otra parte, ¿es verdad que los saberes que componen las Humanidades no cuentan con métodos específicos; con términos y conceptos peculiares que es preciso conocer para manejarse en ellos, componiendo un vocabulario propio que conviene enriquecer, pero al que no se puede renunciar; con tradiciones que ayudan a resolver mejor los problemas actuales; con un modo propio de comprobar la verdad, la adecuación o la validez de las propuestas?

Como bien dice Ortega, las Humanidades se ocupan de hechos exclusivamente humanos y proporcionan un conocimiento *estricto*, aunque no pretenden que sea exacto;

¹³⁹ Hans-Georg Gadamer (1981): *La razón en la época de la ciencia*, Alfa, Barcelona.

trabajan con hechos, pero no se limitan a ellos, sino que tratan de articularlos desde el *sentido*, que es la *materia inteligible* en el mundo humano¹⁴⁰.

Por tanto, en lo que respecta a la ética como filosofía moral, debe proporcionar un conocimiento estricto, comunicable y argumentable, aunque no precisa ser exacto. Tiene que hacer pie en los hechos y no perderse en especulaciones sin alguna base en la experiencia, pero no debe reducirse a ellos, porque se dirige a la comprensión del sentido, que es la materia inteligible del mundo humano, aunque no sea verificable.

Y deberíamos añadir a todo ello que la ética debe distinguir entre la base y el fundamento de lo moral, porque para que haya sujeto moral necesitamos contar con una base biológica determinada, pero la pregunta por la base no se identifica con la pregunta por el fundamento, con el intento de responder a la pregunta “¿por qué debo?”. Los juicios morales deben nutrirse de razones y en el punto de “dar razón” es en el que entra la cuestión del fundamento. Como bien decía Aristóteles, importa el “qué”, pero sobre todo el “por qué”.

4. La pregunta por la ética: los caminos de la ética como filosofía moral

El pluralismo ético, el conjunto de propuestas éticas del que hablábamos al comienzo de este trabajo, se ha mantenido con el paso del tiempo, adobado con nuevos impulsos, como el pensar posmoderno, que ha sido caracterizado también como una sensibilidad, más que como una propuesta filosófica elaborada; las pretensiones transhumanistas y poshumanistas de acceder a una nueva humanidad, libre de enfermedad y de muerte; el imparable auge de las éticas aplicadas, que se encarnan afortunadamente en todos los ámbitos de la vida social, local y transnacional con una presencia incontestable¹⁴¹; el desafío de la globalización, que reclama una ética universal con mayor fuerza todavía de la que Apel requería en 1973, en su *Transformación de la Filosofía*¹⁴², y que yo me estoy permitiendo sustanciar en una ética cosmopolita, enraizada en esa secular tradición que surge desde hace 25 siglos al menos y recorre la historia¹⁴³; los retos que la política y la economía plantean a la ética. Pero con todo ello queda todavía abierta la pregunta que planteábamos con Turienzo, y cuya respuesta es más urgente que nunca: ¿cómo acceder al sujeto moral, que es el núcleo de la ética y de las Humanidades?

La vía de la autognosis, la vía de la interioridad, es siempre ese ineludible camino, que recorrieron, entre otros, Sócrates y Kant¹⁴⁴, pero el método con el que se recorre ese camino no es indiferente, sino decisivo. A mi juicio, debe ser un método específicamente filosófico, como es el caso del método trascendental, que desde Kant toma como punto de partida de la reflexión un hecho fehaciente, innegable, y trata de reconstruir las condiciones que hacen posible ese hecho. En el caso de Kant, el punto de partida es la conciencia del deber en su forma de imperativo categórico que manda incondicionadamente. En el caso de la ética del discurso, el punto de partida es el hecho de las acciones comunicativas, que descubren un deber puesto en diálogo. En los dos casos el punto de llegada es ese sujeto moral que da sentido a la ética y a la existencia de las Humanidades. Recordemos brevemente los pasos que ambos tipos de reconstrucción

¹⁴⁰ José Ortega y Gasset (1961): “Prospecto del Instituto de Humanidades”, *Obras Completas*, Revista de Occidente, Madrid, 1961; vol. 7, 11-24; “Boletín número I del Instituto de Humanidades”, *Obras Completas*, Taurus, Madrid, 2009, vol. 9, 1177-1181.

¹⁴¹ Adela Cortina, *Ética mínima*, pp. 44 y 45; *Ética aplicada y democracia radical*, Tecnos, Madrid, 1993; Adela Cortina y Mauricio Correa (eds.), *Ética aplicada desde la medicina hasta el humor*, UC, Santiago de Chile, 2020.

¹⁴² Karl-Otto Apel, *La Transformación de la Filosofía*, Taurus, Madrid, 1985, vol. II.

¹⁴³ Adela Cortina, *Ética cosmopolita*, Paidós, Barcelona, 2021.

¹⁴⁴ Álvarez Turienzo, 1983.

dan para intentar responder a la pregunta por la ética a través de una vía intrasubjetiva, pero también *intersubjetiva*.

En lo que hace a Kant, como intenté mostrar en otro lugar, la clave es la conciencia moral, que tiene sin duda unas bases biológicas, en la medida en que se origina a través del proceso evolutivo. Pero como “origen” y “fundamento” no se identifican, para responder a la pregunta por el fundamento es necesario recurrir a algo más¹⁴⁵. La conciencia moral descubre en sí misma un componente de *obligación interna*, que no procede evolutivamente de la presión del grupo social para que incorpore sus normas, y que sólo puede explicarse por la presencia en ella de una ley de la naturaleza, considerada metafísicamente, de la ley de Dios, o de la ley de la propia humanidad. En los tres casos se trata de una fuente que se presenta con una *fuerza obligatoria incondicionada*, que no sirve para sobrevivir, sino para vivir *bien*, de acuerdo con la propia conciencia. Lo que los estoicos llamaron “vivir de acuerdo con la naturaleza”, las filosofías de cuño religioso, “vivir según la ley de Dios”, y filosofías como la kantiana, “vivir de acuerdo con la ley de la propia razón”¹⁴⁶.

En este último caso, surge la *conciencia de auto-obligación*, la conciencia de que el sujeto no sólo tiene obligaciones con su colectividad, ni tampoco sólo con Dios, sino primariamente consigo mismo. Y que justamente es este sentido de la auto-obligación el que le exige también cumplir las normas para con Dios y para con el grupo, siempre que el sujeto las valore como justas desde su propia razón. Esta forma de conciencia no resulta explicable por el mecanismo de la selección natural, ligado a la alabanza o el reproche ajenos, sino que es preciso recurrir a una “ley de la humanidad”, descubierta con la ayuda de tradiciones culturales que reclaman incondicionalmente el respeto a la propia dignidad. Justamente, en el caso de Kant, la dignidad se muestra en esa capacidad de ir más allá del mecanismo natural en nosotros que recibe el nombre de “libertad”, entendida como autonomía. Aunque pueda parecer contradictorio, dirá Kant abiertamente “yo no puedo reconocer que estoy obligado a otros más que en la medida en que me obligo a mí mismo: porque la ley en virtud de la cual yo me considero obligado, procede en todos los casos de mi propia razón práctica, por la que soy coaccionado, siendo a la vez el que me coacciono a mí mismo”¹⁴⁷.

De todo ello se sigue que las explicaciones naturalistas de cuño darwinista son insuficientes para dar cuenta de la *incondicionalidad* con la que obliga la conciencia moral. Internalizar las reglas del grupo para sobrevivir, por temor al castigo y el desprecio, es propio de un ser calculador, pero la obligación moral pretende valer sin condiciones; precisamente porque la ley moral exige, cuando es necesario, ir más allá de los impulsos sensibles, acuñados por la evolución, y realizar acciones que inician una serie nueva. Esa capacidad humana es la que lleva el nombre de “autonomía”, o, dicho de otro modo, “libertad moral”. El móvil para cumplir las leyes de la libertad no es empíricamente accesible, sino que es el respeto por la dignidad de seres que son en sí valiosos por ser libres¹⁴⁸.

Y en el segundo caso que hemos mencionado, en el de la aplicación de la reconstrucción trascendental al hecho de la existencia de acciones comunicativas, se trata de un punto de partida que no es intrasubjetivo, sino intersubjetivo, porque acontece en el seno del diálogo entre los sujetos dotados de competencia comunicativa, entre los sujetos humanos. Sin embargo, a mi juicio, el punto de llegada ineludible sigue siendo el sujeto autónomo, que se obliga a sí mismo a dar por justas las normas que como tales

¹⁴⁵ Adela Cortina, “La conciencia moral: entre la naturaleza y la autonomía”, o.c.

¹⁴⁶ Para un análisis riguroso de las raíces religiosas del lenguaje moral ver el libro de Jesús Conill *Nietzsche frente a Habermas. Genealogías de la razón*, Tecnos, Madrid, 2021.

¹⁴⁷ Immanuel Kant *Metaphysik der Sitten*, Ak. VI, pp. 417 y 418 (trad. esp. en Madrid, Tecnos, 1989).

¹⁴⁸ Sin embargo, existe un puente entre la base biológica y la conciencia moral, que es una “estética de la libertad” en Kant, como la denomina y analiza Jesús Conill en *Ética hermenéutica*, Tecnos, Madrid, 2006, pp. 41 y ss. Por su parte, Ana M^a Andaluz saca a la luz la armonía de la razón en la filosofía kantiana en *Las armonías de la razón en Kant*, Universidad Pontificia de Salamanca, 2013.

reconocerían los afectados por ellas en una situación ideal de habla. Por lo tanto, aun siendo indispensable promover el diálogo para descubrir qué es lo justo, la conciencia del sujeto como criterio último es irrebalsable¹⁴⁹.

Podría parecer, en principio, que la vía intrasubjetiva kantiana y la intersubjetiva de la ética del discurso se contraponen, de modo que es la kantiana la que da con el sujeto ético en estado puro. Como dice Álvarez Turienzo, acceder al núcleo moral de la persona, que existe como fin en sí misma, supone instalarse en él sin nada de apegos. “Es el *locus* de la moral sobre el supuesto de la libertad, por lo mismo, también *locus* de la soledad. Para ascender a esa altura se exige ir solo, como le ocurrió a Moisés cuando hubo de subir al monte para hablar con Dios”. Por eso –dirá poco más adelante Turienzo el compromiso ético “nos lleva siempre a lo hondo de la soledad”¹⁵⁰.

Y hasta cierto punto es verdad, pero también es verdad que Moisés se encontraba a sí mismo en el diálogo con Yahvé, de igual modo que el místico se encuentra a sí mismo en el diálogo con Dios. También es verdad que, a través del proceso de socialización, el niño va descubriendo que es libre y responsable cuando se le encomiendan tareas que puede cumplir o eludir. Es entonces cuando se hace patente para él la célebre afirmación kantiana: si debo, es porque puedo. Se hace patente la auto-obligación, que es la fuente de la obligación hacia los otros y la especificidad de lo moral frente a otras formas de obligación, sea religiosa, jurídica o social. Las vías intrasubjetiva e intersubjetiva son entonces complementarias para acceder a ese sujeto sin el que no hay moral cotidiana, ética, ni tampoco Humanidades.

¹⁴⁹ Adela Cortina, *Ética aplicada y democracia radical*, Madrid, Tecnos, 1993, pp. 137 y ss.

¹⁵⁰ Saturnino Álvarez Turienzo, 1983, p. 405.



POR TU PALABRA

“Por esto que has dicho, vete, el demonio ha salido de tu hija” La mujer sirofenicia (Mc 7,24-30)¹⁵¹

Carlos Rey, SDB

Estimados lectores.

Os presento el comentario a un nuevo texto bíblico, el que narra el encuentro de una mujer pagana con Jesús (Mc 7,24-30).

Una frase desconcertante

La primera sensación que nos causa la lectura de este relato es de extrañeza e incomodidad ante la agria respuesta de Jesús a esta mujer tan necesitada de ayuda:



Deja que se harten antes los hijos, pues no está bien tomar el pan de los hijos para echárselo a los perros.

Estas palabras nos desconciertan. ¿Qué pensar? ¿Qué decir de Jesús? ¿Será que estaba en un mal momento? ¿Cómo entender que siendo bueno sea tan agresivo con esta pobre mujer? Y más cuando ella “se postra a sus pies... y le suplica”. ¿Por qué Jesús le responde de esta manera?

Ser perrito en una familia

Consultando varias Biblias me he dado cuenta de que hay una que utiliza el término “perros”, mientras que otras traducen “perritos” (Biblia de Jerusalén o de la Conferencia

¹⁵¹ Todos los comentarios bíblicos de Carlos Rey están disponibles en la página web <https://soto.salesianos.es/parroquia/comentarios-biblicos/>.

Episcopal Española), o “perrillos” (Universidad de Navarra), detalle que suaviza mucho la expresión de Jesús. Decir “perro” tiene una fuerte carga de agresividad y desprecio, mientras que decir “perrito” o “perrillo” expresa afectividad y cariño.

Nos ayuda a entender mejor la respuesta de Jesús recrear la escena a partir de la presencia, tan común entonces y también hoy, de perros y otros animales en las familias y los lazos afectivos que se crean con ellos, sobre todo por parte de los niños, tan generosos en gestos de cariño, abrazos, caricias, besos... y que incluso duermen con el animalito. ¿Quién no conoce algún caso así?

Es este contexto de cercanía, afecto y cariño que evoca tanto el texto como el término “perrito” o “perrillo”, contexto que ve al animalito como un miembro más de la familia y amigo fiel de los hijos, que sufren enormemente cuando, por el motivo que sea, desaparece o tiene que ser sacrificado.

Apelar a esta experiencia, de entonces y de ahora, da un nuevo sentido a la respuesta de Jesús, quien viene a decir que, así como en la familia la preferencia la tienen los hijos, sin que esto signifique desprecio por el perrito, en la misión que ha recibido del Padre les corresponde a los miembros del pueblo elegido de Israel, no a los paganos como ella, sin que eso implique despreciarla.

Lo que hace Jesús es poner a la mujer en el lugar que le corresponde, según el modo judío de concebir sus relaciones con los demás pueblos. Para ellos el mundo se dividía en dos grupos: los hijos de Israel, pueblo elegido por Dios, y todos los demás, los gentiles. En este contexto, era lógico que fuesen postergados, como los perritos con relación a los hijos. Las palabras de Jesús evocan esta mentalidad.

No nos extrañe que la Biblia refleje la cultura y modos de ver de la época, tan diversos de los nuestros. ¿Qué otra cosa podría reflejar? Pero lo central no es eso, sino lo que Jesús hace a partir de todo ello, como veremos.

Lo dicho ayuda a entender las palabras de Jesús, pero no nos quita todavía la impresión de excesiva dureza por su parte. Añadamos un detalle más: ¿con qué tono pronunciaría Jesús estas palabras? Si lo hizo de forma brusca y agresiva, ciertamente la mala impresión que nos causan se acentuaría; pero si fue con su tono habitual, suave y delicado, hipótesis mucho más probable, entonces se nos confirmaría que la mujer no fue objeto de desprecio, sino del cariño y consideración que le corresponde, como el de una familia para con los animalitos que comparten su mismo espacio familiar. De hecho, la mujer así lo entiende y confirma lo que dice Jesús:

Cierto, Señor, pero también los perros comen debajo de la mesa las migajas de los hijos

¿Qué reflejan sus palabras? Dos cosas:

- LA CERCANÍA FÍSICA Y AFECTIVA entre los niños y los perritos que están debajo de la mesa en la que comen los hijos, aun siendo inferiores a ellos.
- QUE LOS PERRITOS PARTICIPAN DE LA MISMA COMIDA DE LOS HIJOS, aunque solo sea de las migajas, tanto si caen al suelo por descuido de estos como si son ellos mismos quienes se las echan. Es lo que dice Jesús: “echar el pan a los perritos”.

Esta mujer reconoce que no tiene derecho y se sitúa en el lugar que le corresponde, al tiempo que suplica y espera, como los perritos, las migajas de los dones de Dios en favor de su hija. Sus palabras muestran una gran HUMILDAD y su mucha FE, una fe sencilla, pero robusta. Ante esto Jesús no puede permanecer impasible porque es esto, precisamente, lo que busca en aquellos a quienes se siente enviado.

El drama de esta mujer

Pero volvamos al inicio del texto porque, impactados y centrados en la respuesta de Jesús a la mujer, hemos pasado por alto su situación personal y familiar. Su hija “tenía (estaba poseída por) un espíritu inmundo”. ¿Qué implica un drama como este en la vida de una madre? ¿Y en la de su hija?

La vida de la persona “poseída” por un mal, el que sea, queda condicionada e incluso determinada por él, lo que le impide hacer muchas de las cosas que desearía hacer. Es dependiente y lo seguirá siendo mientras alguien no le cure o le libere de esta lacra que le sobrepasa. No podrá ser libre nunca, y no solo ella, sino tampoco quienes viven con ella y tienen que cuidarla.

Todos sabemos hasta qué punto cambia la vida de una familia la presencia en ella de alguien con mucha edad y dependiente o de un enfermo crónico, de la edad que sea, que no puede valerse por sí mismo. Y más si esta situación se prolonga por semanas, meses y años, sin esperanza de que acabe algún día.

¿Qué genera en las personas tener que vivir en un contexto así cuando este se extiende en el tiempo y sin perspectiva de que termine? En muchas desánimo, desazón y hasta desesperación, que puede traer graves consecuencias. Pero hay casos en los que, sin saber por qué ni cómo, ante una situación sin salida que les supera, las personas se suavizan, se vuelven humildes, mantienen viva la esperanza, buscan a Dios y ponen toda su confianza en él. Esta mujer es una de ellas. ¿En qué se nota?

- EN SU ACTITUD DE BUSCAR A JESÚS, pues quien busca algo espera. El texto dice que había oído hablar de él y puede que esto suscitara en ella la esperanza de que él “sí podría” liberar a su hija.
- EN LA POSTURA Y LA ACTITUD QUE ADOPTA ANTE JESÚS: “se postró a sus pies... y le suplicaba que curase a su hija”. Tanto el postrarse como el suplicar expresan humildad y esperanza, una esperanza no fundada en sí misma sino en Jesús. Suplica algo que no merece ni puede exigir. Si lo recibe será por puro don.
- EN SUS PALABRAS: “Cierto, Señor, pero también los perritos comen debajo de la mesa las migajas de los hijos”.

¡Qué bien se sitúa esta mujer! Sabe que no pertenece al pueblo de Israel y que por eso no tiene derechos, pero sabe también que siempre caen migajas de la mesa de los hijos y que algo tiene Dios para ella. Intuye que, como la familia con sus perritos, también Dios cuidará de ella y le dará de su misma vida, aunque solo sean unas migajas. Por eso suplica y se abandona.

Cuando Dios es Dios

Esto toca el corazón de Jesús que, al instante, rompe con los esquemas culturales y religiosos de su época y se muestra tal cual es: como Dios. Su corazón va más allá de las fronteras establecidas por los hombres y se derrama sobre esta mujer y su hija, sin importar su raza, pueblo o religión. Al ver el fondo de su corazón, que es el propio de los auténticos hijos de Dios, Jesús da un salto y se sitúa al nivel que le es propio: el de Dios, rompedor de todo lo que divide y separa.

A sus palabras iniciales: “Deja que se harten antes los hijos, pues no está bien echar el pan de los hijos a los perritos”, se superponen otras, las más suyas y definitivas. Y no le ofrece unas migajas, sino que le llena de sus dones:

Por esto que has dicho, vete, el demonio ha salido de tu hija.

El poder de la fe humilde

Pero hay un detalle en esta respuesta de Jesús que nos descoloca: “Por esto que has dicho...” ¿Qué significa? ¿No es por el poder de Jesús que la niña queda curada? Por lo que dice Jesús no, pues no pone el foco en su persona sino en las palabras de la mujer y en lo que revelan: la calidad de su fe, su certeza de que Dios vela por ella y atiende también a los que son indignos, como lo son los perritos en una familia.

Cuando Jesús percibe esto es como si pulsaran en él un misterioso botón que abre de par en par las puertas de su bondadoso corazón, dejando que su gracia se derrame sobre ella y la niña. De aquí viene el protagonismo de la mujer, que Jesús destaca: “Por esto que has dicho...” ¡Qué poder tiene la fe!

Os aseguro que si vuestra fe fuera como un grano de mostaza, le diríais a aquella montaña que viniera aquí, y vendría. Nada os sería imposible (Mt 17,20).

Al escuchar las palabras de Jesús la mujer no duda ni pide garantías sino que, confiando plenamente en Jesús, se vuelve a su casa, donde encuentra a su hija sana. Una vez más, su fe.

Conclusión

Al final de nuestro comentario queda claro qué es lo esencial del relato: la FE HUMILDE de esta mujer, presente de principio a fin. Es su fe la que le impulsa a buscar a Jesús, postrarse ante él y suplicarle por su hija; es su fe la que le hace reconocer su indignidad frente a los hijos, confiar y esperar, aunque solo sean “las migajas”; es su fe la que mueve a Jesús a romper fronteras y derramarse sobre ella; es su fe la que le lleva a fiarse y creer que su hija está curada. Es su fe humilde, en definitiva, la que cura a su hija.

¡Inmenso todo lo que contiene y revela este texto! ¡Admirable la pedagogía de Jesús que, a partir de una agria respuesta inicial, nos lleva a percibir la grandeza de esta mujer pagana y la inmensidad del corazón de Dios!

¡Ojalá, mis queridos amigos, este comentario os sea útil para vuestra vida cristiana! ¡Y ojalá que todo lo que os toque vivir os lleve a Jesús, como a esta mujer!

Dios os bendiga y a los vuestros.

Hasta nuestro próximo comentario bíblico.

Carlos Rey - SDB

EL ANAQUEL

Aprendizajes vividos ante el fenómeno de los abusos en la vida religiosa¹⁵²

Fernando García Sánchez, SDB¹⁵³

0. Introducción

«El tiempo es superior al espacio. Este principio permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos. Ayuda a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad. Es una invitación a asumir la tensión entre plenitud y límite, otorgando prioridad al tiempo»¹⁵⁴.

Este principio enunciado por el papa Francisco, que se aplica a muchos ámbitos de la vida de nuestras congregaciones religiosas, también puede orientar la perspectiva desde la que se afrontan los casos de abusos sexuales vividos dentro de nuestras instituciones. Quien intenta dominar el espacio se siente abrumado por aquellas cosas que escapan de su control y por la imposibilidad de encontrar soluciones rápidas e inmediatas para problemas complejos. Aprender a habitar el tiempo nos ayuda, en cambio, a entrar en la lógica de los procesos y a desarrollar la capacidad de escuchar, contemplar y compartir lo que se vive para generar aprendizajes.

1. Aprendizajes vividos

En enero de 2018 comencé a tomar conciencia de la complejidad y gravedad de los casos de abusos sexuales sufridos dentro de la Iglesia. Me ayudó a ello una víctima de un antiguo religioso que quiso compartir conmigo su dolor y mostrarme posibilidades de reparación que para mí eran desconocidas.

Desde entonces he ido realizando diferentes aprendizajes que en este momento quiero compartir con vosotros. Tal vez el más importante, porque sirvió para abrir un camino, fue el darme cuenta de que por muy buena voluntad que pusiéramos, las congregaciones

¹⁵² Artículo publicado en la revista “CONFER”, volumen 61 (núm. 234) de abril-mayo-junio 2022, pp. 207-222.

¹⁵³ Superior provincial. Inspectoría Salesiana “Santiago el Mayor”.

¹⁵⁴ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, de 24 de noviembre de 2013, AAS 105 (2013) 1019-1137.

no podíamos estar directamente en la solución de este grave asunto, porque para muchas de las víctimas éramos parte del problema.

Había que encontrar caminos externos, rigurosos y profesionales, que fueran desentramando esa complicada madeja de emociones y dolor para poder satisfacer las necesidades de quienes habían sufrido este delito contra su integridad. Así conocí las posibilidades de la justicia restaurativa y con profesionales externos comenzamos a explorarlas.

Recuerdo vivamente el primer encuentro que tuve con una de las víctimas tras un largo período de preparación. Eran demasiados años de dolor como para precipitarse en ese encuentro en el que yo llevaba conmigo a toda una institución a la que había pertenecido aquel religioso que, en lugar de protegerle, se había aprovechado de él. Fueron momentos para acoger el dolor y el reproche; para escuchar para poder comprender y de ese modo, ofrecer cuanto estuviera en mi mano para satisfacer la necesidad de respuestas a tantas preguntas que habían permanecido durante años sin ni siquiera formularse.

Aceptar la primacía del tiempo sobre el espacio nos ayuda a huir de la tentación de buscar cortafuegos ante la presión social y realizar aproximaciones superficiales y rápidas ante heridas tan complejas de sanar.

2. Las víctimas y sus necesidades

Uno de los aprendizajes que el tiempo me ha dado es que las víctimas de abusos no responden a una “foto fija” que pueda realizarse en un momento de ese proceso biográfico de recordar, narrar y sanar el daño sufrido. Haber participado en procesos restaurativos me ha enseñado que cada persona necesita su tiempo y su espacio para poder recorrer ese camino lleno de vaivenes emocionales en el que hay momentos para el enfado o el reproche, y momentos donde las emociones se remansan y los nudos que le atan a la institución y a quien cometió la agresión, comienzan a aflojarse.

En todo este proceso quien tiene la responsabilidad de guiar a una institución necesita aprender a caminar al ritmo que el otro necesita y nunca por otras necesidades o conveniencias. Solo así se puede acoger el dolor con honestidad y dar una respuesta creíble a las demandas que se formulan.

Un nuevo aprendizaje nace del recuerdo de un encuentro que comenzó con un duro reproche por la dilación que se había producido entre el momento que la víctima se puso en contacto con nosotros y el momento en que tuvimos algo que ofrecerle. Recuerdo perfectamente la escena. Expresaba un dolor añadido porque no habíamos sido lo suficientemente rápidos y eficaces. Escuché con atención para intentar entender sus sentimientos. Tras ello le dije con total transparencia: «Perdona si no hemos respondido como esperabas, pero tengo que decirte que sabíamos que teníamos que hacer algo, pero no sabíamos cómo».

Después de estos años, muchos de esos “cómos” se han ido aprendiendo. Porque la realidad es que los casos de abusos en el pasado no fueron tratados adecuadamente ni en las instituciones religiosas, ni en el conjunto de la sociedad. Hace cinco años yo no estaba preparado para encontrarme con esta historia de dolor y al igual que me ha pasado a mí, muchos han tenido que ir encontrando los caminos más adecuados, a medida que se recorrían, equivocándonos y aprendiendo de los errores.

Considero que, en estos años, las instituciones de Iglesia hemos sido más reactivos que proactivos. No hemos sido capaces de llevar la iniciativa desde el primer momento de una forma conjunta, porque no estábamos preparados para ello o por otras razones más complejas de analizar. Al hablar de esto, resuena en mí la advertencia de Hans Zollner,

situada en el contexto del debate sobre la creación de una comisión externa impulsada por la Iglesia para analizar las dimensiones de este fenómeno: «lo que no hagamos, otros lo harán por nosotros».

Estos años me han enseñado la importancia de acoger con rapidez a quien se pone en contacto con una institución y tener claro qué, cuándo, cómo y quién se pondrá de inmediato en contacto para iniciar un proceso. El tiempo de espera que transcurre desde que una víctima se comunica con la institución a la que ha pertenecido quien perpetró los hechos, hasta que recibe una respuesta corre a diferentes ritmos y con diferente calado para uno y para otro.

Aunque las necesidades de las víctimas no son imágenes fijas y varían en función de cada uno, el aprendizaje vivido y compartido con personas expertas me ha mostrado algunas cosas que se repiten con insistencia en casos muy diferentes entre sí: ser reconocidos en el daño causado y creídos en su versión; poder expresar los hechos y las emociones en espacios de seguridad y confianza; narrar las consecuencias que generaron los abusos; saber si la institución conocía los hechos y escuchar un relato coherente del impulso que motivó al religioso a agredirle; liberarse de toda responsabilidad y pasar el peso de la misma a quien cometió la agresión; evitar que situaciones así puedan volver a repetirse; resignificar la relación que han tenido con el colegio o la institución en que ocurrieron los hechos pidiendo a sus representantes una explicación de los mismos.

3. La trama de los conflictos

Mi siguiente aprendizaje me ayudó a entender la trama de los conflictos y me lo ha posibilitado la lectura del libro *Biografía de la reconciliación*, del profesor Julián Ríos¹⁵⁵. En él utiliza la siguiente metáfora para referirse a los conflictos y agresiones:

«Cuando una persona agrede a otra, ambas quedan relacionadas de cierta manera. Cuanto más grave sea la agresión, más intensa puede ser la vinculación. La incomodidad que se genera ante el recuerdo del conflicto es proporcional al vínculo que exista entre ambas. Posiblemente ambos necesitarán tomar distancia y separarse. Este proceso no suele resultar sencillo. Pareciera que una cuerda elástica, invisible y anclada emocionalmente en el cuerpo de una y otra persona les siguiera relacionando en un nivel inconsciente. No pueden huir. Buscan distanciarse y durante un tiempo esto resulta útil para amortiguar el impacto emocional del conflicto o la agresión; y, sin embargo, esta distancia en espacio y tiempo no diluye tal vínculo. Unos quedan atados por el odio y la venganza, los otros, por la autojustificación y la culpa».

La experiencia ofrece muchos ejemplos de esa realidad por la que la víctima queda ligada a su victimario en un proceso que puede llegar a convertirse en una victimización múltiple. El nudo creado por la agresión se va haciendo cada vez más grueso por actuaciones de la institución que son percibidas como inadecuadas, por publicaciones en los medios que son recibidas como una justicia paralela a la civil o canónica, por intervenciones de personas de círculos próximos a víctimas o victimarios. Situaciones que provocan que este nudo sea cada vez más difícil de desatar y que generan nudos nuevos que van haciendo la trama de los conflictos cada vez más compleja.

Hay victimarios que se sienten atacados por su congregación, por el desprestigio social o por las acusaciones recibidas y en los que nace un sentimiento de víctimas que les impide recorrer el camino de asumir la responsabilidad y la culpa. Hay víctimas que se enfundan de tal manera este traje, que en lugar de desatar los nudos que les vinculan al perpetrador

¹⁵⁵ Julián Ríos Martín es profesor de Derecho Penal en la Universidad Pontificia Comillas. Cf. J. RÍOS MARTÍN, *Biografía de la reconciliación. Palabras y silencios para sanar la memoria*, 2ª ed., Comares, Granada 2020.

los hacen cada vez más prietos, dificultando el camino necesario para cerrar una etapa y liberarse de quien le causó un daño y así poder seguir viviendo sin que el pasado les condicione para siempre.

En este camino ha habido muchas personas a las que encontrarse con otras que han sufrido situaciones similares les ha ayudado en su proceso personal de salir del anonimato y narrar el dolor sufrido. En una visita a uno de los centros de escucha y acogida de víctimas que se han puesto en marcha en estos años, pude conocer la fuerza sanadora de experiencias grupales en los que la persona se siente reconocida en las experiencias del otro y ayudada para recorrer su propio camino. También es innegable la función social de las asociaciones que han permitido dar voz y visibilizar situaciones que muchas personas han llevado durante años en un silencio anónimo para provocar un cambio en las instituciones y en la sociedad.

Junto a esta realidad, también observo el peligro que supone trasladar el proceso restaurativo que cada persona tiene que realizar en su biografía vital, a una generalización en la que se habla de todas las víctimas, ya sea por parte de quienes se erigen en sus representantes, ya sea por parte de las instituciones o sus miembros cuando hablan de ellas.

La colectivización del dolor puede llevar a que ciertas entidades se erijan en portavoces de lo que todos sienten, piensan o necesitan, especialmente cuando el discurso sobre los abusos sexuales se sitúa en un ámbito influenciado por el contexto sociopolítico. Esta colectivización excluye implícitamente a quienes no se sienten reconocidos en ciertos discursos y no favorece ese trabajo artesanal de ayudar a cada persona a desatar su nudo para poder volar libre y así dejar de ser víctimas. Igualmente, las respuestas genéricas y defensivas por parte de las instituciones religiosas o los comentarios generalizadores hacia las víctimas que en diversas situaciones realizan algunos de sus miembros, impiden generar los espacios de acogida y escucha que necesita una persona que ha sufrido un dolor único e intransferible.

Desde el máximo respeto por las formas elegidas por una persona para gestionar el dolor sufrido, las experiencias personales que he vivido me han hecho aprender que la biografía real de cada víctima es la que precisa ser sanada y para ello la persona no puede quedar diluida en números, estadísticas o expresiones colectivas del dolor, ya que despersonalizan las demandas y los caminos que es preciso recorrer.

4. Ayudar a conocer la verdad

La necesidad de verdad de las víctimas es también una necesidad de verdad para la propia institución. La tarea es mucho más profunda que investigar una situación concreta acaecida en un momento determinado y en la mayor parte de las ocasiones fuera de la presencia y conocimiento de quienes habitaban la casa, aunque vivieran bajo el mismo techo.

La necesidad de verdad reclama realizar un análisis crítico del pasado de nuestras congregaciones para comprender y aprender de las sombras de una época. Acercarse sin prejuicios, sin justificaciones o condenas de antemano a la vida de aquellos momentos, a la formación recibida por los religiosos, a la comunicación que se realizaba sobre el mundo de los afectos o sobre el modo de vivir el voto de castidad, al funcionamiento de los mecanismos de control de la vida religiosa del momento ante el ejercicio del poder sobre otras personas.

En definitiva, comprender un contexto para situar en él la agresión realizada y poder entender la gravedad de unos hechos que, en no pocos casos, fueron normalizados en su

momento por quienes los cometieron, por esa impunidad que genera el silencio, y así, causaron un daño muy difícil de reparar.

Esa necesidad de verdad me llevó a buscar en nuestros archivos y a solicitar con pedagogía todas las referencias del pasado que cualquier miembro de nuestra provincia conociera, para poder tener así una imagen nítida de lo que estaba en nuestro conocimiento colectivo y recogido en los archivos documentales. La realidad es que los casos de abusos sexuales, salvo en situaciones contadas, fueron tratados sin el rigor documental que hoy se exige y por ello resultaba muy difícil reconstruir la historia con los testimonios disponibles. Así fue dentro de la vida religiosa y también fuera de ella.

Cuando la necesidad de verdad de una víctima se encuentra con el esfuerzo honesto de una institución para poder responder a las preguntas que se formulan en un espacio de seguridad y confianza, se camina hacia la sanación. Hay que asumir que no tenemos todas las respuestas ante las preguntas que nos realizan y que no todas las demandas que se nos presentan se pueden satisfacer. La necesidad de conocer qué pasó y cómo pudo pasar, conlleva implicar a personas. Unas porque estaban allí, otras porque permanecen en la memoria de la víctima como referencias positivas o negativas en aquel momento de su vida.

He podido comprobar que no todos los religiosos están preparados para verse involucrados en un proceso así, porque pueden afrontarlo con temor y a la defensiva, colocando barreras e intentando que esta historia, que de repente ha irrumpido en su vida, le toque a cada uno lo menos posible. Por ello, es indispensable el apoyo de personas externas que preparen los encuentros y ayuden a entender a cada religioso, la importancia de contribuir a sanar la memoria de quien sufrió los abusos, aportando una narrativa que se acerque a los hechos con una honesta búsqueda de la verdad vivida. De lo contrario, estos encuentros en lugar de ayudar a sanar, acaban revictimizando a quien sale de ellos con frustración.

5. Prevención y sanación

Un nuevo aprendizaje nació en un encuentro entre una víctima y su victimario y tiene que ver con el valor de las medidas preventivas implementadas por una institución. Se me pidió que estuviera presente como representante de la congregación, asistiendo con una escucha activa y discreta. Allí estaban cara a cara, después de muchos años, el adulto que había crecido con la herida del abuso sufrido de niño y la persona que lo perpetró. Observaba en silencio cómo se desarrollaba el encuentro, siguiendo las indicaciones de quienes ayudaban a canalizarlo. Tras más de dos horas, aquella persona fijó su mirada en la mía: «Ahora te toca a ti, me dijo. ¿Qué estáis haciendo para que esto no se vuelva a repetir?».

Afortunadamente esta pregunta nos la habíamos hecho muchas veces y tenía algo que contar. Ese día aprendí que la prevención no era un camino paralelo a la atención de las víctimas, sino que las medidas preventivas puestas en marcha para hacer de nuestros lugares ambientes seguros, tenían una enorme fuerza de sanación para quienes en el pasado había sido agredidos.

He tenido una experiencia similar cuando he contado con humildad el camino institucional por el que hemos estructurado la prevención dedicando personas, generando estructuras, documentos, protocolos, formaciones, códigos de conducta, comisiones de supervisión y sistemas de medida y evaluación. Todo esto ha ido acompañando durante estos años el camino de atención a las víctimas y paulatinamente se ha ido convirtiendo en parte de la cultura de una organización compleja que tiene una enorme presencia en ambientes educativos.

Las medidas preventivas no pueden ser recursos cosméticos o respuestas rápidas a esa urgencia documental que nos viene de una sociedad que pide un plan y un protocolo para todo, aunque luego quede en un papel guardado en un escritorio que no tiene repercusión en la vida. En este caso, un programa de prevención no podía caer en este error de una sociedad burocratizada con un exceso de reglamentación. Para ello planteamos dos caminos diversos que tenían que engarzarse en la estructura de la organización para dotarles de consistencia y sostenibilidad.

El primero tenía que ver con todas las medidas a tomar para generar un sistema de protección haciendo de cada uno de nuestros ambientes entornos seguros en la relación de nuestros educadores con menores y adultos vulnerables. Ahí nacieron estrategias concretas como elaborar un código de conducta, un plan de formación en el buen trato, un protocolo de denuncia, una comisión local de protección con un cometido concreto y un sistema organizado de tratamiento de las denuncias para todas nuestras casas.

El segundo tenía que ver con nuestra tarea de observadores de situaciones que ocurren en la vida del menor de las que tenemos constancia por la confianza y el vínculo que se crea en nuestras casas. Ahí nacieron iniciativas para coordinar la respuesta que damos ante las situaciones que detectamos de maltrato infantil en el seno familiar y relacional de los menores, con la responsabilidad de quien sabe que, en nuestros proyectos sociales, escuelas, centros juveniles, parroquias acuden personas como quien va a un hospital de campaña para sanar sus heridas.

El rigor en la elaboración de los protocolos y códigos de conducta, la difusión de los mismos, la canalización de los avisos y denuncias y la supervisión de los procesos hace que la prevención, además de ser un valor en sí misma, satisfaga la demanda de no repetición que con tanta fuerza surge en la conversación con muchas víctimas y así ayude a sanar la herida causada.

6. Comunicación y presión mediática

Otro importante aprendizaje ha tenido que ver con la comunicación de lo que se hace y con la gestión de la presión mediática. Las noticias de la prensa siempre generan inquietud y en los primeros años de esta historia de aprendizaje, un gran desconcierto. Para muchas instituciones las llamadas de un periodista pueden generar posiciones defensivas y malestar. Pasados estos años, considero que las empresas de comunicación no pueden ser quienes nos marquen los ritmos de actuación y atención a las personas. Es cierto que la difusión en los medios de los casos de abusos sexuales ha ayudado a tomar conciencia de la gravedad del problema. Así ha sido especialmente en los primeros años en los que las víctimas no sabían cómo y a quién podían contar su historia y las instituciones desconocíamos la magnitud del problema.

Pero, también es cierto que la información publicada se ha convertido, en no pocos casos, en un juicio mediático que genera tanto ruido alrededor que dificulta los procesos personalizados de sanación de la víctima y de asunción de la culpa del victimario. Un juicio sin garantías que hace mucho daño a historias personales e íntimas que rebosan de un dolor tan complejo y profundo.

En uno de mis últimos encuentros con una víctima me expresó esa necesidad de poder narrar en un entorno de seguridad y confianza el daño sufrido, pero en un contexto ajeno a la institución. Hemos tardado demasiado en facilitar medios adecuados para poder hacerlo y en ocasiones ha sido a través de soluciones fragmentadas con cada diócesis o congregación por su lado, generando multitud de buzones de correo difícilmente accesibles para quien ya de por sí, tenía serias dificultades para narrar lo sufrido.

En este momento, el encargo del Congreso al Defensor del Pueblo por el que se ha puesto en funcionamiento una comisión asesora externa o la auditoría solicitada por la Conferencia Episcopal Española, ofrecen posibilidades para canalizar esa necesidad que está ahí en muchas personas y que, si no se atiende, acaba dirigiéndose a otros lugares como son las empresas de comunicación que responden a diferentes intereses económicos y editoriales.

También valoro positivamente la decisión de la Conferencia Episcopal Española de trasladar en bloque a la Fiscalía, por iniciativa propia, todo ese conjunto de datos, informaciones y testimonios que conforman los dos informes publicados por el periódico *El País*, de modo que sea la sede competente a nivel civil quien proceda a guiar la investigación que se estime procedente tras la evaluación de cada caso.

7. Sanción penal y sanación personal

A lo largo de estos años he ido aprendiendo a armonizar el recorrido de los procesos penales, ya sean civiles o canónicos, con los servicios terapéuticos y los procesos de justicia restaurativa. Hemos ido aprendiendo a saber situarnos en cada uno de ellos, aun siendo conscientes de que no siempre es posible satisfacer todas las necesidades y que no somos los responsables del devenir de procesos que no están en nuestras manos.

Sanar la memoria requiere que se haga justicia. El Derecho Canónico ha sido el gran olvidado de muchas de nuestras instituciones y ahora ha irrumpido con fuerza la necesidad de una formación y una competencia en su aplicación. La ausencia de procedimientos sancionadores afrontados con rigor y garantías hizo que en el pasado ciertas conductas crecieran como una bola de nieve. No siempre hemos contado con personas especialistas dentro de nuestras congregaciones para abordar los procesos con el rigor que estos exigen.

La Iglesia ha actualizado sus procedimientos y ahora nos toca a cada congregación llevarlos a la práctica con exquisitez, respeto a las personas y búsqueda de la justicia. Los diferentes pasos que canónicamente hay que realizar desde que se tiene la noticia de un delito, requieren de personas expertas que los dirijan con precisión y delicadeza. Un proceso penal bien llevado, puede abrir las puertas a una sanación profunda.

La experiencia de estos años me ha enseñado una lección de prudencia, rigor y respeto. Prudencia para analizar con detalle las noticias recibidas y dar los primeros pasos con firmeza y determinación. Bajo la categoría “abusos sexuales” se engloban comportamientos muy diversos que no pueden escribirse con trazo grueso. Hace un tiempo leía un titular en un periódico, referido a comportamientos de una conocida persona en la jerarquía eclesiástica, calificados de esta manera. La letra pequeña del artículo en el que se desgranaba el contenido y el contexto de la denuncia difería enormemente de las expectativas que me había generado ese titular. Sin embargo, no son pocas las personas que no van más allá del trazo grueso de los titulares, donde cosas muy diversas pueden englobarse en unas mismas palabras.

El daño que genera en las personas esta manera tan superficial de hacer justicia es difícil de reparar. He recibido noticias que han demostrado ser difamaciones y chantajes y, por otra parte, he escuchado reproches por no haber trasladado con la rapidez deseada a la justicia civil la noticia de hechos que estábamos analizando. La elaboración de protocolos para los casos del presente nos ayuda ahora a determinar el camino que tenemos que recorrer una vez que se hace un primer análisis de una noticia recibida.

El rigor del que hablo hace referencia a la pulcritud de los procedimientos, a las garantías de los mismos y a la documentación de todo cuanto se realiza, siguiendo las indicaciones de los expertos. El respeto alude a esa presunción de inocencia que tan difícil resulta

defender en esta sociedad y que en más de una ocasión se vivencia vulnerada por la necesidad de imponer medidas cautelares con la apertura de un proceso canónico.

Un superior religioso tiene la difícil tarea de acompañar a quien ha cometido un delito asegurándole una asistencia terapéutica, espiritual y procesal y al mismo tiempo, velar por la aplicación rigurosa de los procedimientos canónicos de los que él es responsable. Para ello, una adecuada organización en la que se diversifican las funciones en personas cualificadas es de inestimable ayuda.

Los procedimientos canónicos son una aproximación indispensable a la realidad de los abusos sexuales en la Iglesia, ahora bien, no puede ser la única que se realiza. Recientemente el jesuita Hans Zollner reflexionaba sobre la necesidad de crear comisiones independientes que ayudaran a conocer la verdad de lo ocurrido: «Como hemos visto en tantas partes del mundo, las personas ya no se fían de la justicia interna de la Iglesia, porque quieren entender, de fuentes independientes y objetivas, lo que ha pasado»¹⁵⁶.

Además, un procedimiento canónico o civil realizado con las debidas garantías y con el respeto a todas las partes, tiene la misión de buscar la verdad jurídica que puede ser demostrada. La necesidad de las víctimas es muy diferente en este punto, pero todas ellas precisan, como ya he señalado, ser creídas en su versión y poder expresar los hechos y las emociones en espacios de seguridad y confianza. Una aproximación exclusiva desde la búsqueda de la verdad jurídica que no se complementa con una oferta de procesos terapéuticos o de justicia restaurativa, me parece insuficiente. Tanto para las víctimas a las que el resultado de los procesos penales puede dejarles con la herida abierta, como para los victimarios a los que una pena civil o canónica no basta para romper ese vínculo con el pasado por un proceso de responsabilización y reparación del daño causado.

Por otro lado, un proceso penal canónico marca la modalidad y el límite cronológico en el que una persona tiene que pagar por la culpa cometida. La aplicación del derecho penal por sí sola no garantiza la reinserción del culpable y por ello, junto a las medidas civiles o canónicas impuestas por la autoridad competente según la gravedad de los hechos, es necesario ofrecer un camino terapéutico y restaurativo que permita a la persona, una vez cumplido el límite de la pena, reinsertarse en la vida que él ha elegido. Esto es una norma del derecho penal y una exigencia del evangelio que es necesario cumplir con la misma valentía que se exige al superior religioso a la hora de actuar con inmediatez aplicando medidas cautelares cuando se tiene la primera noticia de un hecho criminal.

8. Concluyendo

El tiempo es superior al espacio. Este tiempo es el que me ha hecho desarrollar estos aprendizajes que he compartido con vosotros en este artículo. Un tiempo que ha permitido que la ansiedad con la que he vivido estas situaciones en sus momentos iniciales haya ido evolucionando hacia la serenidad que nace de asumir una responsabilidad sin cargar con mochilas que no son propias.

Mejorar las medias preventivas no garantiza que no suceden más casos en el futuro. Ofrecer con honestidad a víctimas y perpetradores ayuda terapéutica y procesos restaurativos, no implica que sean acogidos y que desaparezca el resentimiento y la rabia hacia la institución. Rodearse de personas que lleven adelante programas de justicia restaurativa no asegura que todos ellos consigan los objetivos previstos, aunque las personas los hayan iniciado y hayan dado los primeros pasos.

¹⁵⁶ D. MENOR, *Zollner pide a la Iglesia que ponga en marcha comisiones independientes sobre abusos antes de que se vea "obligada por el Estado"*, Vida Nueva Digital de 31 de enero de 2022.

El tiempo es superior al espacio y nuestra tarea es iniciar procesos con honestidad y autenticidad. Cada persona con el misterio de su vida será quien decida o no recorrerlos según el momento biográfico en el que se encuentra.

Artémides Zatti, un santo de la puerta de al lado

Samuel Segura, SDB

Todos los cristianos estamos llamados a la santidad, a ser santos. Independientemente del género o estado de vida en el que nos hallemos. Modelos a seguir no nos faltan, aunque como bien nos recuerda el Papa Francisco, para cada uno de nosotros tiene pensado Dios un modelo de santidad distinto. Ajustado a nuestro ser: físico, carácter, cualidades personales... Quiero ejemplarizar estas afirmaciones generales con el ejemplo de un salesiano que las hizo vida, y del que la Iglesia ha reconocido la santidad: San Artémides Zatti, el primer salesiano no sacerdote (salesiano laico, pero no seglar...) canonizado.

Es muy sencilla la historia de este salesiano coadjutor. Un claro ejemplo de lo que el Papa Francisco denomina como “un santo de la puerta de al lado” (GE 7). No desempeñó grandes funciones públicas, no predicó de palabra, no celebró, no tuvo funciones de alta cualificación. En realidad, se une a la amplia tradición de los salesianos laicos (coadjutores) que han desarrollado tareas humildes y aparentemente secundarias (portería, sacristía, enfermería, cocina, manutención de la casa...) Pero que no han dejado de ser educadores-evangelizadores en el contacto con los jóvenes. Y ejemplos de santidad, que han tenido como lema aquello de Cagliero de que “¡fraile o no fraile, yo me quedo con Don Bosco!”

Artémides nació en 1880. Emigrante de Italia con su familia (¡ocho hermanos!) llega a Bahía Blanca (Argentina) con 17 años. Allí ya había salesianos que animaban una parroquia, un liceo y un centro de formación profesional. El salesiano párroco, Don Carlos, se convierte en amigo, confesor, director espiritual de Artémides. Éste pasaba su tiempo libre en la parroquia y acompañaba al párroco en las visitas a los enfermos, en los funerales, ayudándole a misa, haciendo de sacristán. Asistía a los círculos de obreros que se reunían los domingos. Así durante tres años.

Artémides leyó la biografía de Don Bosco y quedó fascinado por su figura: fue el verdadero inicio de su vocación salesiana. Entra de aspirante a salesiano en 1900, con 20 años, entre otros chicos de 11-14 años, en Viedma. Vive esta etapa con optimismo, sumisión a los superiores, siempre sereno, piadoso y hacendoso. Su ilusión era ser salesiano sacerdote. Hay un antes y un después en su vida. Asistiendo a un joven sacerdote enfermo de tuberculosis, contrajo la enfermedad, y no terminaba de curarse, así durante varios años. En una carta a sus padres en 1902 les decía: “No olvidaréis el dicho de que ‘no se mueve hoja que Dios no quiera mover’. Si yo me encuentro en Viedma con la tos, ha sido porque así agradó a Dios, ya sea para su mayor gloria, ya para el bien de mi alma

y penitencia de mis pecados. Estad tranquilos y que se cumpla la voluntad de Dios en todo”.

Artémides tenía a los superiores, preocupados: en 1904 no terminaba de curarse. Si quería ser sacerdote, le quedaba un currículo de estudios largo y ya tenía 24 años. Le propusieron que, cuando curara, profesara como coadjutor. Y aceptó la propuesta de sus superiores, cambiando su deseo.

Hasta años más tarde, en el 1915, Artémides no comentó cómo sucedió su curación. Así lo cuenta él mismo: “El Padre Garrone (el salesiano que animaba el pequeño centro de salud llevado por los salesianos en Viedma) me aconsejó que hiciera una promesa a María Auxiliadora: que si, por gracia de Dios, me curaba, permanecería siempre a su lado, ayudándole en la cura de los enfermos. Y yo CREÍ, porque sabía por fama que María Auxiliadora lo ayudaba de manera visible. PROMETÍ, pues siempre fue mi deseo ser de provecho en algo a mis prójimos. Y habiendo Dios escuchado a su siervo, SANÉ”. (Firmado) ARTÉMIDES ZATTI.

A partir de ese momento, en 1911 y con 31 años, y habiendo profesado ya como salesiano coadjutor, y hasta cuarenta años después (murió el 15 de marzo de 1951), fue un “buen samaritano a tiempo pleno” en el Hospital y la Farmacia de la obra salesiana en Viedma. Todo el resto de su vida, ¡cuarenta largos y laboriosos años! Él mismo preparó para el médico el certificado de su propia muerte, acaecida por un tumor en el hígado.

Esta fue su jornada diaria el resto de su vida, salvo un pequeño paréntesis en que viajó a Italia con ocasión de la canonización de Don Bosco: se levantaba a las 4:30 h, y hacía oración personal antes de participar en la meditación comunitaria y la eucaristía. A continuación, acudía a despertar a los enfermos del Hospital, visitándoles y saludándoles cama por cama. Desayunaba en comunidad y comenzaba la ronda de consulta, recogiendo las distintas necesidades de los enfermos. Y después, con su bata blanca y su bici, a recorrer la ciudad para los diversos encargos, y para atender a otros enfermos en sus propias. A las 12:00 h, estaba de nuevo en comunidad para las oraciones de mediodía y la comida. La sobremesa la pasaba de nuevo con los enfermos más sanos, jugando a las bochas o con otras distracciones. Por la tarde, dependiendo de las necesidades, una nueva ronda de bicicleta visitando enfermos o haciendo gestiones en la ciudad; o visitando las salas del Hospital, o haciendo números y papeleos. Alas 18:00 h le encontrábamos de nuevo en comunidad con las oraciones de la tarde. Después, acudía a dar la cena a los enfermos, rezar con ellos algunas oraciones y darles las “Buenas Noches”. A las 20:00 h, la cena en comunidad. Un último vistazo a las salas de enfermos para asegurarse que todo estaba bien... y se recogía en su habitación.

Una vida ciertamente sencilla, monótona, poco llamativa si se quiere... pero profundamente santa. El papa Francisco, en la “Gaudete et Exultate” ofrece algunas “notas de la santidad en el mundo actual” (nº 110-157). Os invito a repasarlas, ejemplificándolas con notas de la vida y santidad del propio Artémides.

a.- “Aguante, paciencia y mansedumbre” (Cfr. 112-121)

Así dice el Papa: “Cuando se está centrado y firme en Dios que ama y que sostiene, desde esa firmeza interior es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos (...) Esto es fuente de la paz que se expresa en las actitudes de un santo (...) Es la fidelidad del amor, porque quien se apoya en Dios también puede ser fiel frente a los hermanos, no se deja llevar por su ansiedad y se mantiene estable, no dejándose vencer por el mal, sino venciendo al mal a fuerza de bien” (Cfr. nº 112-113).

No fueron pocas las vicisitudes en la vida de Artémides: miembro de una familia italiana numerosa emigrante en Argentina, con todo lo que eso supone. El contratiempo de la enfermedad de tuberculosis durante años, que puso al traste su deseo inicial de ser sacerdote, y la mansedumbre con la que aceptó que se le invitara a ser salesiano coadjutor. La confianza puesta en Don Garrone, que buscaba en él un buen ayudante en el Hospital y le invitó a hacer esa promesa... ¡poco pudo ayudarlo al curarse, porque al año siguiente Don Garrone falleció y Artémides tuvo que encargarse del Hospital! La opción, recibida como voluntad de Dios, de dedicarse todo ¡y siempre! a los enfermos, en una vocación como la salesiana, diseñada para el encuentro con jóvenes en contextos educativos... y posteriormente, el tremendo disgusto, que llevó con aguante y paciencia, de que derribaran su hospital por estar en terreno de la diócesis y querer construir esta la sede del obispado. Y el inmenso trabajo que con paciencia realizó para reubicar y construir de nuevo el Hospital.

Son ejemplos vivos de este rasgo de paciencia, aguante y mansedumbre, solo comprensibles y asumibles por la confianza total en Dios, en “Dios proveerá”, de Abraham. Buen motivo de reflexión para cada uno de nosotros: ¿cómo asumimos y vivimos las contrariedades y desconciertos que van surgiendo en nuestra vida? ¿Los planes personales truncados por una obediencia? ¿La esterilidad de frutos después de un esfuerzo personal grande en un campo de la misión?

b.- “Alegría y sentido del humor” (Cfr. 122-128)

“El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado. La consecuencia de la caridad es el gozo. ‘Alegraos siempre en el Señor, os lo repito, alegraos’, nos repite San Pablo. Puede haber momentos duros, tiempos de cruz, pero nada puede destruir la alegría sobrenatural que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado.

Y la alegría cristiana está acompañada del sentido del humor. A veces la tristeza tiene que ver con la ingratitud, con estar tan encerrado en sí mismo que uno se vuelve incapaz de reconocer los regalos de Dios. Dios nos quiere positivos, agradecidos y no demasiado complicados”.

La alegría es un rasgo fundamental del carisma salesiano, y como tal así lo asimiló Artémides al profesar como salesiano. Pero era ya, ciertamente, un rasgo no tanto de su carácter, sino de su profunda experiencia de Dios. Una alegría que surgía de su entrega a los enfermos, y que se manifestaba en sentido del humor, en “quitar hierro” a situaciones que, en sí mismas eran objetivamente dramáticas: el dolor, la enfermedad.

Hay muchos episodios que lo muestran. Empezando por el momento en el que Don Zatti despertaba a los enfermos cada mañana, con su: “Buenos días nos dé Dios, ¿respiran todos? ¿eh? ¿Respiran todos? Díganmelo”. Y los distintos enfermos, según iban despertándose, sonreían y respondían los que podía: “Sí, Don Zatti, respiramos, gracias a Dios”. Él sentía mucho rubor cuando le llamaban “Don Zatti”, porque, aunque en castellano es normal hacerlo con cualquier persona como signo de respeto, por su cultura italiana, el “Don” estaba reservado solo para los sacerdotes (de aquí lo de “Don Bosco”). Así que él, cuando le llamaban así, solía responder cariñosamente: “Don Zatti, Don Zatti, menos Don y más... ¡algodón!”, haciendo referencia a los materiales necesarios para las curas. En una ocasión, en un encuentro con una autoridad, le dijeron al terminar la conversación: “Salude Vd. a su esposa, que no tengo el gusto de conocerla”. A lo que él respondió: “No se preocupe, yo tampoco tengo el gusto de conocerla”. Su presencia entre los enfermos era siempre animadora y estimulante. Se solía comentar que la principal medicina con la que Don Zatti curaba era él mismo, su persona, su forma de ser, su actitud, sus bromas, su alegría, su afecto. Realmente creaba un clima de familia, llena de ternura y afecto y de capacidad de superación de las dificultades.

c.- “Audacia y fervor” (Cfr. nº 129-139)

“Al mismo tiempo, la santidad es parresía: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo. Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite: “No tengáis miedo. Yo estoy con vosotros”. Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico que nos invita a gastar nuestra vida en servicio de los otros. Necesitamos el empuje del Espíritu para no ser paralizados por el miedo y el cálculo, para no dejarnos vencer por la costumbre, por la rutina, o la tentación, como en el caso de Jonás, de huir a los lugares seguros del individualismo, espiritualismo, encerramiento en pequeños mundos, instalación, nostalgias o pesimismo. Dios siempre es novedad, que nos empuja a partir una y otra vez y a desplazarnos para ir más allá de lo conocido, hacia las periferias y las fronteras”.

La ciudad de Viedma no tenía secretos para Don Zatti, ni Don Zatti para ninguno de sus habitantes. Todos le conocían, todos le trataban. Cada día, recorrer con su bicicleta las calles, era una aventura un estar abierto a descubrir las necesidades nuevas de atención que surgían. Todos los enfermos y necesitados tenían cabida en su corazón, y en cuanto era posible, una cama en su pequeño hospital.

Y durante su vida, Artémides fue asumiendo una serie de retos: de ser ayudante del director del Hospital a dirigirlo él; de ocuparse de labores complementarias de curación, a terminar formándose y poder mostrar con un sano orgullo su carnet de enfermero de la república argentina; del contacto con los enfermos, a llevar la contabilidad, y echar horas de consultas, negociaciones y contactos con autoridades. De acompañar a los propios médicos en los momentos de operaciones graves. Uno de ellos testimonia. “Cuando tenía tras de mí a Don Zatti, con una mano puesta sobre mi hombro, y en la otra desgranando el rosario, sabía que nada podía ir mal”. Y el gran reto de su vida: asumir que toda su obra se viniera abajo con el derribo y la construcción de un nuevo edificio en el emplazamiento del Hospital, y con toda la audacia y energía que ya no le procuraba su lejana juventud, tener que construir en otro sitio un nuevo edificio.

Vivir en novedad de vida, abiertos a lo que Dios quiera pedirnos como reto hecho servicio, obediencia generosa... una lección más que nos da Don Zatti.

d.- En comunidad (Cfr. 140-146)

“Si estamos demasiado solos, fácilmente perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior, y sucumbimos. La santidad es un camino comunitario. La comunidad está llamada a crear ese ‘espacio en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado. Compartir la Palabra y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera. Una vida comunitaria que está hecha de pequeños detalles. Se trata de identificarnos con aquel deseo de Jesús: Que todos sean uno, como tú Padre en mí y yo en ti”.

Artémides tenía todas las papeletas para sentir esta soledad, e incluso para justificar sus pocas ocasiones de hacer vida comunitaria. No había salesianos que trabajaran con él en el Hospital. Y los horarios de la atención a los enfermos coincidían con los propios horarios comentarios. Sin embargo, analizando la jornada diaria de Don Zatti, observamos que él nunca faltaba a los actos comunitarios. Aunque tuviera que duplicar momentos de comida, de oración, de convivencia. La atención a los enfermos no fue para él una excusa para faltar o evitar la vida de comunidad. Para él, la oración comunitaria diaria (meditación, oración de la mañana, eucaristía, oración del mediodía, oración de la

tarde, “Buenas Noches”) eran no solo alimento espiritual, sino momento para la sana convivencia con el resto de hermanos de la comunidad.

Todo un ejemplo, cuando en ocasiones la actividad nos puede, en dedicación y en esfuerzos, y dejamos para los momentos de convivencia comunitaria el resto de fuerzas que nos quedan. Cuando nos cuesta aportar en comunidad lo mejor de nosotros mismos, y simplemente dejar que se nos dé todo hecho. Cuando nos cuesta romper nuestro ritmo personal de vida para atender una necesidad, para colaborar en una tarea común, para prestarse a un servicio necesario...

e.- En oración constante (Cfr. 147-157)

“La santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración. La oración a Dios, la adoración al descubrirlo en el rostro de los más pobres y al servirle en ellos. San Juan de la Cruz recomendaba: procura andar siempre en la presencia de Dios, de acuerdo con lo que te permitan las obras que estés haciendo. Sea que coma, beba, hable con otros, o haga cualquier cosa, siempre ande deseando a Dios y apegando a él su corazón. No obstante, para que esto sea posible, también son necesarios algunos momentos solo para Dios, en soledad con él, porque todos tenemos necesidad de este silencio penetrado de presencia adorada, como decía San Juan Pablo II”.

Artémides, ya por carácter y por tradición familiar, tenía un sentido profundo de la presencia de Dios en su vida, y una disponibilidad plena a hacer su voluntad. Su atracción por Don Bosco, y su confianza en María Auxiliadora fueron una constante en su vida. Siempre se le representa, además de con su bata blanca, su fonendo, y su bici... con un rosario en la mano. Fue esa confianza en María Auxiliadora, y en su intercesión, lo que le hicieron creer, prometer y sanar de su enfermedad.

Hemos comentado cómo, a pesar de sus múltiples obligaciones, nunca faltó a las prácticas comunitarias de oración. Todo ello, aparte de su oración personal previa a la meditación comunitaria, y su oración final antes de dormir. Y, sobre todo, esa capacidad de vivir en presencia de Dios y de descubrirlo en aquellos en los que contemplaba las propias heridas de Cristo: en los enfermos, los pobres, los más necesitados. Así, por ejemplo, decía: “Por favor, necesitamos un vestido y una cama para un Jesusito de 10 años” (refiriéndose a un niño abandonado o enfermo que ingresaba en el Hospital).

Siempre se pidió atender personalmente a los enfermos contagiosos, los más repelentes en sus heridas y marginados: no permitía que nadie le quitara esa posibilidad de tocar, en sus heridas, las propias heridas del Señor. Y también se reservó preparar al encuentro con Dios a los enfermos moribundos, consolándoles con su presencia, sus palabras, y anunciándoles el encuentro con el Padre Dios, bueno y misericordioso.

Desde estas claves de la vida y santidad de Don Zatti, recuperemos nuestra decisión, nuestra “determinada determinación”, de ser santos. Un poco con la sencillez, inocencia y profundidad de un Don Zatti con su “Creí, prometí, sané”. Y otro poco, desde la experiencia de nuestra debilidad y de la inmensa misericordia de Dios para perdonarnos, y de su gracia para animarnos a intentarlo una y otra vez.



HISTORIAS DE PROBADA JUVENTUD

En busca del verdadero camino

Me he acostumbrado a escuchar y a orientar historias de peregrinos como parte de mi tarea pastoral. A la vez he recorrido muchos caminos, donde la vuelta a casa da, en muchas ocasiones, sentido al camino. Pero ninguno de los caminos que regresan a casa es definitivo. Se puede volver a repetir la andadura no las experiencias. Esas siempre serán nuevas y distintas.

El camino no es tanto un horizonte al que tender como la tierra que tenemos bajo nuestros pies. Un camino mezcla sabiamente el cielo y la tierra. Sin camino no hay horizonte, pero sin horizonte tampoco hay camino. El ser humano se encuentra a gusto cuando está en camino, sea cual sea dicho camino: intelectual, físico, espiritual. Sin camino, nos encontramos perdidos. Pasamos toda la vida buscando caminos, dibujando horizontes, ensayando posibilidades y soñando proyectos. Hasta descubrir que es el camino el que nos busca a nosotros. Necesitamos el camino para vivir.

Resulta, pues, que el mes de agosto, de vacaciones en el pueblo, Cristina y yo hemos recorrido todos los caminos. Algunos conocidos, casi todos nuevos, porque su trazado es muy reciente. Y en estas caminatas de la tarde hemos decidido hacer y asimilar en nuestra historia una breve etapa del Camino de Santiago, después de recorrer muchos lugares y andar y desandar muchos caminos, siempre en mutua compañía.

Lo primero fue ir en busca del camino allá por Valdezá y Valdecomedor. Luego nos adentramos en Bercianos del Real Camino para iniciar nuestra "peregrinación" hacia el Burgo Ranero, camino de Santiago. Bajo la invocación al Apóstol, caminamos en solitario unos cuantos kilómetros. Nos sorprende la gente que está de vuelta del camino haciendo un trayecto inverso, sin dejar de hacer camino. Contamos, a lo largo del camino, historias del camino. Nos perdemos por la calle Mayor del Burgo para llegar a la Iglesia. Hay soledad y ausencia en este hallazgo del templo. Es un poco lo que deseaba en mi corazón. Porque el camino se hace solo aunque lleves compañeros de camino. Nadie acreditará, en este silencio, que hemos hecho un tramo del camino. Quedan como testigo los bastones, el cansancio y el rumor esencial del camino.

Para hacer el camino no se necesita nada especial. Lo importante es descubrir el camino, 'destapar' que el horizonte no está lejos de nosotros sino en nuestro propio corazón. Hemos descubierto que nosotros mismos somos el camino. Experimentamos que quien peregrina a Santiago ya no conocerá la vuelta. Se llega a casa, pero a la otra casa, esa realidad hogareña que vive dentro de cada uno de nosotros mismos. Todo camino es una imagen de esta realidad. Señor Santiago, estamos a punto de cruzar la Puerta Santa para llegar al Pórtico de la Gloria. Casi sin querer vuelvo a hacer memoria de aquello, no citado pero intuido, de que "Yo soy el Camino" (Jn 14,6).

Gracias, Cristina, por ayudarme en este descubrimiento, gracias por ser coprotagonista conmigo de esta **historia de probada juventud**.

Isidro Lozano

